

El estudio del desarrollo en el campo de las Relaciones Internacionales desde la perspectiva del Pensamiento Complejo

Maestranda: Lic. María Laura Fernández Pinola

Directora: Dra. María Elena Martín

Co-director: Dr. Norberto Consani

15/08/2019

Maestría en Relaciones Internacionales
Instituto de Relaciones Internacionales
Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales
UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA

ÍNDICE

Introducción	3
Capítulo 1: Hacia la definición del problema de investigación	5
1.1. Presentación del tema: el desarrollo y la crisis del desarrollo	5
1.2. Estado de la cuestión	9
1.2.1. Las principales escuelas teóricas de las relaciones internacionales y su concepción del desarrollo	14
1.2.1.1. Realismo Político	15
1.2.1.2. Liberalismo	21
1.2.1.3. Constructivismo	27
1.2.1.4. Realismo Periférico	30
1.3. Marco teórico-metodológico	38
Capítulo 2: La corriente. El devenir del desarrollo	53
2.1. Introducción	53
2.2. Breve historia de la idea de progreso y su influencia en el pensamiento económico ..	55
2.3. Crisis de la idea de progreso: de la Iª Guerra Mundial al crack del '29	77
2.4. Contexto de surgimiento de la idea de desarrollo	86
2.5. La “era del desarrollo”. La Guerra Fría, la conferencia de Bandung y la configuración del Tercer Mundo	90
2.6. El subdesarrollo como antónimo del desarrollo	95
Capítulo 3: La contracorriente. La crisis del desarrollo	102
3.1. Introducción	102
3.2. La crisis de la idea de desarrollo	103
3.2.1. El desarrollo como disyuntiva teórica	113
3.2.2. El desarrollo como dilema internacional	121
3.2.3. El desarrollo como un mito	123
3.3. El pensamiento complejo como camino teórico-metodológico para pensar la crisis del desarrollo del presente	125
3.3.1. Crisisología	126
3.3.2. Crisis del Desarrollo	128
3.3.3. Antropo-política: Hominización e itinerancia	131
Conclusiones	136
Bibliografía	145

Introducción

El presente trabajo de tesis adopta la perspectiva del pensamiento complejo para poner en cuestión el concepto de desarrollo y la insuficiencia de los enfoques parciales de las disciplinas y particularmente de las relaciones internacionales, para explicar su crisis, en relación con el contexto global del actual devenir humano. Por lo tanto, la investigación aspira a cuestionar el conocimiento disponible respecto al desarrollo. Es decir, explorar y describir las categorías mismas con las que el lenguaje común nombra al desarrollo en oportunidad de relacionar estas definiciones con la actual crisis del desarrollo, resignificándolos para avanzar hacia explicaciones acerca del por qué de la crisis.

De manera que las preguntas que guiarán este estudio son: ¿qué es el desarrollo?, ¿cómo lo han entendido los distintos enfoques?, ¿qué justifica entender al desarrollo como sustantivo y no como adjetivo o verbo?, ¿cuál es el origen de las teorías sobre desarrollo?, ¿en qué contexto histórico surgieron y con qué objetivos?, ¿en el marco de qué intereses, valores y propósitos se desarrollaron las teorías sobre desarrollo?, ¿cuál es la relación entre desarrollo y subdesarrollo?, ¿cuál es la diferencia entre subdesarrollo, tercer mundo y países en vías de desarrollo?, ¿por qué hablamos de crisis del desarrollo?

En este apartado, no podemos dejar de mencionar las dificultades metodológicas que surgen en la disciplina de las relaciones internacionales, siguiendo a Gonzalo de Salazar Serantes (2003), debido a la ausencia de un contacto directo con los fenómenos, por lo tanto, el acceso al fenómeno es resultado del análisis de fuentes secundarias. Así es que la presente investigación no busca compilar los trabajos existentes sino relacionar lo investigado hasta el momento con la descripción de la crisis actual del objeto, con el fin de ofrecer una visión alternativa y original desde el campo de las relaciones internacionales. Por este motivo, se tuvieron presentes las siete sugerencias de Salazar Serantes (2003) para la realización de esta investigación: la búsqueda de bibliografía y la descripción del estado de la cuestión o estado del arte que nos facilitan la delimitación del objeto de estudio; la selección de las fuentes y clasificación en primarias y secundarias según el acceso directo o indirecto al fenómeno; el reconocimiento de la inaccesibilidad o inexistencia de cierta información y, finalmente, la selección de la técnica de análisis de las fuentes.

Asimismo, creemos que “cuando nuevas evidencias importantes socavan viejas teorías y las predicciones no se cumplen, nos vemos obligados a repensar nuestras

premisas” (Wallerstein, 1998: 3). Es por ello que en el **primer capítulo** hemos comenzado el presente estudio con una descripción de los debates teóricos dentro de la disciplina, haciendo hincapié en aquellas premisas relacionadas con la noción del desarrollo. Éstas nos condujeron al interrogante que se pretende responder en esta investigación: ¿la ausencia de la percepción de la complejidad en el paradigma del desarrollo heredado es uno de los componentes principales de la actual crisis del desarrollo?

A continuación, en el **segundo capítulo**, exploramos, describimos y analizamos la construcción del recorrido intelectual y político del concepto progreso y su incidencia en el origen de la noción de desarrollo. Identificamos cómo el concepto de desarrollo se construyó históricamente al examinar su significado y descomponer sus fases hasta su penetración en el pensamiento internacional. Más específicamente, veremos cómo se va esbozando el concepto desde las teorías económicas hasta ser introducido en la disciplina de las relaciones internacionales a través del estudio de las relaciones económicas internacionales y de la labor de la Organización de las Naciones Unidas, así como también la vigencia de su uso en el lenguaje cotidiano.

Luego, en el **tercer capítulo**, examinamos la problemática relacionada con su crisis e incorporamos los aportes de Edgar Morin y de otros autores quienes ofrecieron una visión alternativa al respecto. Y así finalmente, **a modo de conclusión**, indagamos la relación entre ambas visiones. Es decir, desde la perspectiva del pensamiento complejo evaluamos los argumentos de la teoría del desarrollo que intentan explicarlo a partir de condicionamientos únicamente económicos, para dar cuenta que la noción desarrollo involucra más variables que aquellas y el reconocimiento de que las principales escuelas de relaciones internacionales resultan insuficientes para explicar la problemática que se plantea en el desarrollo de sociedades complejas como la nuestra.

En resumen, frente a la diversidad de propuestas teóricas parciales y/o reduccionistas, la realización de este proyecto de investigación que descubre los aportes del pensamiento complejo, para el análisis de las relaciones internacionales en general y las cuestiones de desarrollo y crisis del desarrollo en particular, representará una contribución al campo de las relaciones internacionales por su carácter original y por ser una temática no explorada con profundidad en la disciplina.

Capítulo 1: Hacia la definición del problema de investigación

1.1 Presentación del tema: el desarrollo y la crisis del desarrollo

Con el fin de la guerra fría, las profundas transformaciones que se produjeron en el sistema internacional nos presentaron el inicio de un nuevo escenario que cotidianamente denominamos globalización. Los avances en las tecnologías de la información y de las comunicaciones han permitido el acceso masivo a la información y a la comunicación instantánea entre diferentes lugares del mundo.

En cuanto al proceso globalizador, Aldo Ferrer (2006) identificó dos esferas la real y la virtual. La primera comprende el crecimiento del comercio mundial -con el aumento de valor agregado y contenido tecnológico- junto a la proliferación de corporaciones transnacionales, acumulación de capital y mayores ventajas competitivas. Y la virtual compuesta por el campo financiero y los adelantos en la transmisión de la información, en tiempo inmediato y de mínimos costos. Ambas globalizaciones real y virtual, agrega, generan la visión de un mundo sin fronteras por la ausencia del control estatal, la desregulación financiera y la transmisión de pautas culturales, modas y patrones de consumo entre los países. Asimismo, el autor considera que la globalización está enmarcada por un sistema de reglas definidas por los centros de poder mundial. En este sentido, le resulta selectiva puesto que está vinculada y tiene alcance en donde poseen intereses aquellos. Por lo tanto, la globalización también es un proceso político que implica la conjunción de factores y regulaciones establecidas por los agentes económicos. En estas condiciones, nos advierte que el desarrollo no es más un dilema, puesto que son los agentes poderosos en el mundo quienes toman las decisiones de inversión y asignación de recursos. Entonces, cree necesario que el desarrollo no se importe sino que sea un proceso endógeno, es decir, en el cual la presencia del Estado y las políticas nacionales son fundamentales para la integración al sistema mundial.

Este concepto de globalización se vincula con los planteamientos de Zygmunt Bauman (2010) respecto a las múltiples consecuencias sociales del proceso. Entre ellas, el autor identifica diversas transformaciones en la interpretación de los conceptos de poder, control, tiempo, espacio, orden, desorden, población local y global, entre otras, e indica dos inferencias posibles. Por una parte, la ingobernabilidad de los asuntos mundiales y la carencia de un poder centralizado. Y por otra, el sentido de universalidad asociado al orden

y a la esperanza de alcanzarlo. Vinculado a este último, el sociólogo incorpora al término desarrollo como parte del conjunto de conceptos del pensamiento moderno que transmiten la idea de mejorar las condiciones de vida, en todos lados por igual, para toda la especie humana. Asimismo, el autor considera que actualmente el significado de globalización ya no hace referencia a esta idea de progreso sino por el contrario a las consecuencias o efectos indeseados e imprevistos. Es decir, la globalización no trata sobre iniciativas, emprendimientos, deseos y optimismo sino sobre resultados o derivaciones inesperadas, fortuitas y azarosas, que nos involucran a todos.

La visión de nuestro interés se aproxima más a esta última, es el concepto de *era planetaria* expuesto por Edgar Morin (2006), quien sitúa el inicio de esta era en los tiempos modernos, en 1492 y 1498. Ambas fechas corresponden a los viajes de Cristóbal Colón hacia América, continente bautizado así por Américo Vespucio, y la ruta oriental de Vasco da Gama hacia las Indias, bordeando África. Así, la era planetaria comienza con el descubrimiento e intercambio entre los continentes, a través de la explotación de América y África por Europa, y la toma de conciencia de que la Tierra es un planeta.

Al entrar en comunicación el mundo, y al concientizarse sobre el potencial autodestructor de la humanidad (atómico, ecológico y quizás demográfico) nos conduce a plantear nuevos interrogantes en el campo de las relaciones internacionales. Pobreza, violación de los derechos humanos, crisis alimentaria, conflictos étnicos, desempleo, trata de personas, narcotráfico, son problemas que se intensificaron dentro y entre los Estados. A estos debemos agregarle aquellos que están vinculados específicamente con el cuidado de la Tierra o también conocidos como problemas ambientales: protección de la capa de ozono, desertificación, contaminación de las aguas, pérdida de diversidad biológica.

Cuando los inconvenientes trascienden las fronteras nacionales, la formulación de políticas públicas se vuelve más compleja; al respecto, Edgar Morin señala que “cuanto más planetarios se vuelven los problemas, se tornan más impensados; cuanto más progresa la crisis, más progresa la incapacidad de pensar la crisis” (2011: 15). Para el filósofo francés nos hallamos en una crisis que afecta a los principios de inteligibilidad, de las creencias asentadas y de los mitos motores de nuestra civilización. Esto se debe a que aquello que se creía como verdad ya no lo es, es decir, lo que era cierto dejó de serlo por lo que nos situamos en una condición de incertidumbre. Estamos en un período de crisis planetaria.

La mencionada crisis planetaria involucra muchas crisis. Por lo que aquí nos

concierno, a través de las obras de Morin, advertimos que nos enfrentamos a una crisis del desarrollo que deriva de la instalación, alrededor de los años sesenta, del “mito del desarrollo” asentado sobre la base de la sociedad industrial y el reduccionismo de carácter económico y burocrático. El desarrollo fue una idea clave de los años de posguerra, durante este período el escenario internacional presentó dos fenómenos: en primer lugar, hallamos el conflicto este-oeste entre Estados Unidos y la Unión Soviética, enfrentamiento conocido como guerra fría entre las superpotencias; y el segundo acontecimiento fue la promoción de la descolonización y el no alineamiento a cualquiera de estos bloques en la Conferencia de Bandung (1955). Por aquella época descubrimos dos modelos de desarrollo diferentes, el capitalista y el comunista en el norte del planeta junto a una zona ubicada en el sur que no se halla incluida en ninguno de estos dos: el Tercer Mundo.

La caída del muro de Berlín y el fin de la amenaza ideológica señalaron el comienzo de una nueva etapa. El sistema internacional ya no sería bipolar y estaría enmarcado por la globalización, donde el eje Norte-Sur sobresalía en la conciencia mundial. La agenda internacional estaba diversificada, establecía la importancia del fortalecimiento de la democracia, las cuestiones medioambientales, la preservación de los derechos humanos y el desarrollo. Sin embargo, el atentado del 11 de septiembre de 2001, producido en New York, Estados Unidos, hacia las torres gemelas modificó la perspectiva mundial jerarquizando nuevamente las temáticas de la *High Politics* (Alta Política) y desestimando el clivaje desarrollo-subdesarrollo. Se podría señalar que la bipolaridad del sistema internacional bajo las categorías capitalismo-comunismo, a partir del 2001 la reemplazó la oposición terrorismo-antiterrorismo. Y la brecha entre el norte y el sur no sólo persiste actualmente sino que se profundiza cada vez más.

La permanencia del subdesarrollo nos manifiesta que aún no se han encontrado respuestas válidas para revertir esta condición. Los modelos de desarrollo propuestos no han podido alcanzar esta meta en los países del tercer mundo. Esto podría deberse al mismo concepto de desarrollo porque el sentido de la palabra tal como se lo utiliza, conlleva al subdesarrollo. Para ejemplificar dentro de nuestras opciones teóricas encontramos al Paradigma de la Modernización en 1930, al Estructuralismo Cepaliano de 1945 y a las políticas públicas de los gobiernos desarrollistas iniciadas en la década del ‘60, como también la propuesta norteamericana de la Alianza para el Progreso de 1961.

El concepto de desarrollo se ha extendido en diversas áreas del conocimiento que abarcan desde las teorías económicas, pasando por las orientaciones sociológicas hasta la

práctica de la política internacional. Dentro de estas alternativas, consideramos reveladora la definición que Edgar Morin caracteriza como “onusiana” del desarrollo. Es decir, destaca la visión de la Organización de las Naciones Unidas (1945), la cual por su extensa presencia mundial y su deseo de universalizar sus propósitos y principios, será referencia para nosotros. En el art. 1, principio 3, de su carta fundacional hallamos el propósito de “realizar la cooperación internacional en la solución de problemas internacionales de carácter económico, social, cultural o humanitario, y en el desarrollo y estímulo del respeto a los derechos humanos y a las libertades fundamentales de todos, sin hacer distinción por motivos de raza, sexo, idioma o religión”. Basada en ese principio, la creación del concepto desarrollo humano es producto del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD). Éste es uno de los numerosos programas que junto a los Fondos de las Naciones Unidas integran el Grupo de las Naciones Unidas para el Desarrollo (UNDG), creado por el Secretario General en 1997 para articular la cooperación entre la Asamblea General y el Consejo Económico y Social. Su actividad ocupó un lugar especial en la labor para alcanzar los Objetivos de Desarrollo del Milenio (ODM), entre cuyos fines encontramos que el octavo tiene como designio fomentar una asociación mundial para el desarrollo.

De esta manera, a partir de los años 1990, el sentido de la palabra desarrollo ha sido ampliado. Mientras que la tradición teórica para comparar el grado de desarrollo alcanzado por los Estados tomaba como principal indicador el producto bruto nacional interno (PBI), el PNUD lo sustituyó por el grado de desarrollo humano siendo su medida el Índice de Desarrollo Humano (IDH), compuesto por cuatro indicadores: esperanza de vida al nacer, tasa de alfabetización, ingreso e incluye también al PBI.

En resumen, entendemos que las antiguas definiciones sobre el desarrollo estaban relacionadas únicamente a los aspectos económicos, y se medían por indicadores que sólo contemplaban esta dimensión del problema. Mientras que, al acercarnos al siglo XXI, la noción incluye consideraciones sociales como vivienda, alimentación, acceso a la salud, e incorpora cada vez más indicadores cualitativos, como es el ejemplo del nivel educativo. Aun así, estas incorporaciones no son suficientes para comprender la complejidad del término. Además continúan utilizando variables y gráficos económicos para analizar problemas más profundos como la contaminación, calculando la cantidad de emisión de monóxido de carbono por las industrias en diferentes países.

La agenda internacional sobre el desarrollo fue guiada por los Objetivos de

Desarrollo del Milenio (ODM) que establecían como fecha límite para su cumplimiento el año 2015. La crisis del desarrollo comenzó a ser reconocida en la Cumbre de Monterrey, celebrada en el año 2002, organizada por las Naciones Unidas bajo el título de *Conferencia Internacional sobre la Financiación para el Desarrollo*. Actualmente, las Naciones Unidas (2014) reconocen una crisis cuádruple que retrasó el progreso y cuestionó si el camino por recorrer puede ser sostenido conforme pasa el tiempo. Por este motivo y al considerar que lograr estos objetivos es una responsabilidad global, aspira a contribuir en la formulación de una nueva agenda internacional para el desarrollo post-2015, conocida como Agenda 2030.

En este marco, el interés del presente estudio surge por la insuficiencia y limitación de las teorías de las relaciones internacionales y, acorde a ello, la necesidad de repensar el desarrollo y su crisis desde una perspectiva más amplia e inclusiva como el pensamiento complejo.

1.2. Estado de la cuestión

La agenda internacional sobre el desarrollo, como hemos mencionado, fue guiada por los Objetivos de Desarrollo del Milenio (ODM) establecidos en la *Declaración del Milenio* (2000) de la Asamblea General de las Naciones Unidas, celebrada en el año 2000, en el marco de la Cumbre del Milenio que establecía como fecha límite para su cumplimiento el año 2015. Dos años después de la declaración, la crisis del desarrollo comenzó a ser reconocida en la Cumbre de Monterrey organizada también por las Naciones Unidas bajo el título de *Conferencia Internacional sobre la Financiación para el Desarrollo*.

La crisis del desarrollo puede ser entendida desde varios enfoques. La mayoría de los estudios, como el de Koldo Unceta¹ y María Luz Ortega Carpio², hablan de la **crisis de la cooperación al desarrollo** entendiendo a éste como una meta a la cual se aspira pero que no se ha logrado alcanzar por medio de la cooperación. También se menciona a la **crisis en la teoría del desarrollo**, por ejemplo en *La crisis de la teoría del desarrollo y las*

¹ Unceta, Koldo (2003) "El sistema de cooperación frente a la crisis del desarrollo" en la *Revista de Economía Crítica*, nº 1. Abril de 2003, pp. 189-200. Disponible en: http://www.revistaeconomiacritica.org/sites/default/files/revistas/n1/11_cooperacion.pdf

² Ortega Carpio, María Luz (1994) *Las ONGD y la crisis del desarrollo. Un análisis de la cooperación con Centroamérica*. Madrid: IEPALA.

relaciones de dependencia en América Latina de Theotonio dos Santos³ como también en el artículo *The crisis in economic development theory* de Thandika Mkandawire⁴. Del mismo modo, varias investigaciones asocian a la crisis con la idea de que el **desarrollo es un mito**⁵. Algunas de ellas son las de Oswaldo de Rivero⁶, Arturo Escobar⁷, Celso Furtado⁸, como también Edgar Morin en *El mito del desarrollo*⁹.

Para abordar la crisis del desarrollo es necesario, además, identificar las concepciones del concepto desarrollo y las teorías que le dieron origen a la palabra tanto como las que se desprenden a partir de la aparición de la misma. Para aproximarnos a la cuestión debemos, por lo tanto, comenzar a examinar el término desarrollo que si bien es muy utilizado, también es muy confuso. El *Primer Diccionario Altermundista*¹⁰ define actualmente al desarrollo como “la transformación de aspectos inseparables que abarcan la demografía, la producción, las técnicas, los conocimientos, la productividad del trabajo, las relaciones sociales, las instituciones, los valores y la cultura”. Y lo distingue de la noción de crecimiento económico; mientras que el desarrollo consiste en una noción cualitativa y más abarcadora definida como la mejora de bienestar, el crecimiento corresponde a una denominación cuantitativa, es decir, se refiere únicamente al aumento de la producción. Más específicamente, vincula el desarrollo a “la satisfacción de las necesidades esenciales de todos los seres humanos, el respeto por sus derechos y libertades, la utilización razonable de los recursos naturales, la prevención de los bienes comunes fuera de toda privatización y mercantilización, el reparto equitativo de las riquezas y la socialización del acceso a la educación, la cultura, la salud, la jubilación, el agua, la energía, etc.”. Esta definición se relaciona con las distinciones de Hecker y Kulfas¹¹, expuestas en su obra *Los*

³ Dos Santos, Theotonio (1976, 2017) “La crisis de la teoría del desarrollo y las relaciones de dependencia en América Latina” en *La Dependencia Político Económica de América Latina*, 8va. Ed., México: Siglo XXI. Disponible en versión digital en *Colección Clásicos Recuperados*, octubre de 2017, Biblioteca Virtual de CLACSO, Buenos Aires: CLACSO, ISBN 978-987-722-264-7: http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/se/20171110035406/Dependencia_politico_economica.pdf

⁴ Mkandawire, Thandika (1990) “The crisis in economic development theory” en *Africa development*, CODESRIA, Vol: 15, N° 3/4, pp. 209-230.

⁵ Entendemos al mito como un “relato de algo fabuloso que se supone acontecido en un pasado remoto y casi siempre impreciso”, según el *Diccionario de filosofía de bolsillo* de José Ferrater Mora (1992 [1983]), sexta reimpresión. Madrid: Ed. Alianza, p. 528.

⁶ De Rivero, Oswaldo (2001) *El mito del desarrollo. Los países inviables en el siglo XXI*. Perú: FCE.

⁷ Escobar, Arturo (2007) *La invención del Tercer Mundo*. Colombia: NORMA.

⁸ Furtado, Celso (1974) *El mito del desarrollo económico y el futuro del tercer mundo*. Bs As: Ediciones Periferia.

⁹ Morin, Edgar; Attali, J.; Castoriadis, C.; Domenach, J. M.; Massé, P.; Mendès, Cándido (Dir.) y otros (1979) *El mito del desarrollo*. Barcelona: Kairós.

¹⁰ Le Monde Diplomatique (2008) *Primer Diccionario Altermundista*. Bs As: Capital Intelectual, pp. 101-102.

¹¹ Hecker, Eduardo, Kulfas, Matías (2005) *Los desafíos del desarrollo. Diagnósticos y propuestas*. Bs As:

desafíos del desarrollo. Diagnósticos y propuestas, para quienes también el desarrollo excede a la esfera económica, puesto que “no es un fenómeno espontáneo que el libre juego de los mercados pueda forjar. Es una construcción y en sí mismo un proyecto estratégico” (2005: 13).

Podemos así observar que desarrollo es una palabra polisémica que toma sentido cuando la vinculamos al contexto en el cual está inserta. El concepto de desarrollo se ha extendido en diversas áreas del conocimiento que abarcan desde las teorías biológicas y psicológicas, atravesando las orientaciones sociológicas y económicas, hasta la práctica de política internacional. En ese sentido, podemos identificar al **desarrollo como atributo** y realizar una clasificación del término según el sustantivo que esté acompañando.

Entre las acepciones hallamos las vinculadas a la génesis y metamorfosis de los seres vivos, es decir, el **desarrollo embrionario** o como campo de conocimiento “biología del desarrollo” y, por otra parte, a procesos de la naturaleza física y psíquica del individuo, el **desarrollo cognitivo**. Podríamos inferir que el primero se refiere a las cuestiones físicas, es decir, a la conformación de las células y la construcción de los órganos. Mientras que la segunda, hace un especial énfasis a la capacidad cognitiva o cerebral del ser humano tanto en su forma física como en el ejercicio de sus funciones. Por ejemplo, Scott F. Gilbert¹² presenta el estudio del comienzo y construcción de un organismo. La biología del desarrollo como disciplina científica estudia el desarrollo embrionario y otros procesos del desarrollo. Como su prólogo indica, el autor defiende la necesidad de incorporar a los procesos de desarrollo una comprensión general de sus diferentes niveles de complejidad - molecular, celular, tisular, organísmico-. Respecto al desarrollo cognitivo, Mugny y Pérez¹³ indican más específicamente la aparición del **desarrollo cognitivo psicosocial y socio afectivo**, enfoque de la nascente psicología social y evolutiva, que sostiene que la inteligencia es un proceso social evolutivo generado en la relación que el individuo mantiene con su ambiente a partir del vínculo que tiene con los otros individuos.

En el amplio campo de la psicología, también encontramos la obra *Desarrollo social* de Rudolph Schaffer¹⁴ quien nos define al **desarrollo social** como la socialización, “la manera en que un ser esencialmente biológico se transforma en un ser social muy

Capital Intelectual, p. 13.

¹² Gilbert, Scott F. (2005) *Biología del Desarrollo*. Bs As: Médica Panamericana.

¹³ Mugny y Pérez Eds. (1988) *Psicología social del desarrollo cognitivo*. España: Anthropos.

¹⁴ Rudolph Schaffer (2000 [1996]) *Desarrollo social*. Barcelona: Siglo XXI.

complejo”. Además, Bower ¹⁵ señala el surgimiento de investigadores que se autoproclaman “psicólogos del desarrollo” y su intento de independizar al área que se ocupa del estudio del desarrollo humano. Entre las diversas investigaciones, Rice ¹⁶ presenta un esquema comprensivo de las teorías del **desarrollo humano** clasificándolas en cinco categorías -psicoanalíticas, del aprendizaje, humanistas, cognoscitivas y etológicas-. El autor indica que estudia al desarrollo humano durante el ciclo vital, es decir, desde los inicios de la vida humana, infantil, adolescente y adulto hasta la muerte, agonía y duelo. De este modo, revela que el desarrollo es un concepto multidimensional e interdisciplinario, un proceso complejo que él divide en cuatro dimensiones básicas que atraviesan cada etapa del ciclo vital: desarrollo físico, cognoscitivo, emocional y social.

Al mismo tiempo, el **desarrollo social** y el **humano** son entendidos desde el conjunto de la sociedad para definir los movimientos de ésta según diversas variables que van desde las económicas hasta las condiciones de vida. En este sentido, podemos mencionar su incidencia en las políticas públicas desde el Ministerio de Desarrollo Social en la Argentina, por ejemplo, que promueven la inclusión y la igualdad de oportunidades¹⁷. Asimismo, estas políticas están articuladas en relación a la política exterior del país, al contexto y la agenda internacional. Entre los organismo internacionales, la noción de desarrollo humano es conocida también a través del mencionado Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) y la elaboración del índice del desarrollo humano que, como hemos descripto, consiste en la medición de la esperanza de vida al nacer, el grado de alfabetización y académico esperado de la población, y el producto bruto interno.

Asimismo, el **desarrollo económico** es generalmente definido como sinónimo de crecimiento y la categoría utilizada es el producto bruto interno (PBI) –compuesto por un conjunto de indicadores tales como demanda y oferta agregada, exportaciones e importaciones netas, etc. - de una nación en comparación a otra y vinculado a distintos modelos que conducen a ese incremento. Debido a esta comparación y los diversos modelos que se proponen, se introducen diferentes conceptos desde las ciencias económicas que luego se enriquecerán con los aportes de la sociología, la política y las relaciones internacionales. Ellos son subdesarrollo, en vías de desarrollo, en desarrollo, Tercer Mundo. Algunos autores que tratan este enfoque son Joseph A. Schumpeter (1883-

¹⁵ Bower, T. G. R. (1983) *Psicología del desarrollo*. Madrid: Siglo XXI.

¹⁶ Rice, F. Philip (1997) *Desarrollo Humano. Estudio del ciclo vital. Segunda Edición*. México: Prentice-Hall, Hispanoamérica, S. A.

¹⁷ Ministerio de Desarrollo Social de la República Argentina. Disponible en: www.desarrollosocial.gob.ar
Fecha de consulta: 16/05/16.

1950)¹⁸, Walt Whitman Rostow (1916-2003)¹⁹, Gunnar Myrdal (1898-1987)²⁰, como también Fernando Henrique Cardoso (n. 1931)²¹ y Enzo Faletto (1935-2003)²².

Del mismo modo, el **desarrollo sustentable** o **sostenido** indaga cómo mantener la producción y el uso de los recursos evitando el deterioro ambiental y sin comprometer la satisfacción de las necesidades de las generaciones futuras. Entre las obras que tratan al tema hallamos *La transición hacia el desarrollo sustentable: perspectivas de América Latina y el Caribe* de Enrique Leff (coord.)²³. En relación al **desarrollo político** solamente mencionamos de la obra *Desarrollo Político* de Helio Jaguaribe²⁴ el segundo volumen sobre el sentido y las condiciones en que éste ocurre, puesto que allí encontramos una exhaustiva revisión bibliográfica y un esquema comprensivo sobre las diversas interpretaciones de la noción desarrollo político, sistematizadas en su capítulo 2.

Finalmente, respecto al **desarrollo internacional**, más específico en *¿Qué es el desarrollo internacional?*, Maggie Black²⁵ presenta la hipocresía que encierra la ayuda para los países en vías de desarrollo por cuanto sólo benefician los intereses de los desarrollados. La autora sostiene que la promoción al desarrollo ha sido utilizada para destruir medios de vida tradicionales. Y nos advierte que no existe una única receta del desarrollo sino diversas alternativas según el contexto. Asimismo, considera que el concepto es un invento posterior a la segunda guerra mundial para explicar la situación desfavorable de algunas naciones; un proceso por el cual gracias a la ayuda de los países industrializados, los países atrasados podían alcanzar a estos. Existen múltiples libros, artículos, y revistas especializadas alrededor de la temática sobre la cooperación hacia el desarrollo. Entre estas últimas, mencionamos la *Revista Española de desarrollo y cooperación*²⁶. Como también, la proliferación de institutos, fundaciones, organismos oficiales y aquellos no gubernamentales, destinados a la promoción del desarrollo tanto en la teoría como en la práctica. Sin embargo, ninguno de ellos lo aborda considerando la

¹⁸ Schumpeter, Joseph A. (1957) *Teoría del desenvolvimiento económico*. Bs As: FCE.

¹⁹ Rostow, Walt Whitman (1963) *Las etapas del crecimiento económico: un manifiesto no comunista*. México: FCE.

²⁰ Myrdal, Gunnar (1974) *Teoría económica y regiones subdesarrolladas*. México: FCE.

²¹ Cardoso, Fernando Henrique (1968) *Cuestiones de sociología del desarrollo en América Latina*. Santiago de Chile: Universitaria.

²² Cardoso, Fernando Henrique, Faletto, Enzo (1973) *Dependencia y desarrollo en América Latina*. Bs As: Siglo XXI.

²³ Leff, Enrique (coord.) (2002) *La transición hacia el desarrollo sustentable: perspectivas de América Latina y el Caribe*. México: Programa de Naciones Unidas para el Medio Ambiente (PNUMA).

²⁴ Jaguaribe, Helio (1972) *Desarrollo político: sentidos y condiciones*. Bs As: Paidós.

²⁵ Black, Maggie (2003) *¿Qué es el desarrollo internacional?*. España: Intermón, Oxfam.

²⁶ *Revista Española de desarrollo y cooperación*. Instituto Universitario de Desarrollo y Cooperación (IUDC). Universidad Complutense de Madrid (UCM). Donoso Cortés, 65. 6º planta. 28015, Madrid.

complejidad que encierra este fenómeno.

Por otra parte, interesa revisar las concepciones sobre el desarrollo de las diferentes corrientes teóricas de las relaciones internacionales, de las cuales se desprenden todas las demás. Para describir la concepción del concepto de desarrollo desde el campo científico de las relaciones internacionales, entre los diversos autores, hemos seleccionado a los más representativos de las tres principales corrientes porque son reconocidos en la comunidad científica como los fundadores de las mismas: **realismo** de Hans Morgenthau, **liberalismo** de Robert O. Keohane junto a Joseph S. Nye, y el **constructivismo** de Alexander Wendt. Además, incluiremos al **enfoque periférico** a través de la obra *Realismo Periférico* del argentino Carlos Escudé, uno de los tantos intelectuales latinoamericanos que todavía no han sido incorporados como una corriente de referentes teóricos en los trabajos científicos del “centro”, como podemos observar por ejemplo en la clasificación realizada por Mónica Salomón²⁷. Por cierto, coincidimos con Morgenthau (1992) en las limitaciones de la selección bibliográfica en relaciones internacionales puesto que además de ser selectiva y voluminosa, al ser una disciplina originalmente norteamericana, la mayoría de sus estudios son publicaciones en lengua inglesa.

1.2.1. Las principales escuelas teóricas de las relaciones internacionales y su concepción del desarrollo

En principio, debemos aclarar que existe una diferencia entre la teoría de las relaciones internacionales y las relaciones internacionales como disciplina. La primera es antigua y consiste en las visiones, interpretaciones, reflexiones sobre el mundo realizadas antes del surgimiento del sistema de estados. En este sentido se concibe como padre de las relaciones internacionales a Tucídides, autor de la obra *Historia de la Guerra del Peloponeso*. La historia diplomática, el derecho internacional y la diplomacia fueron los campos de estudio que comportaron los antecedentes que darían lugar al surgimiento posterior de la disciplina.

La incorporación de las relaciones internacionales como disciplina científica es reciente. La comunidad científica indica que la aparición de la ciencia remonta a la primera guerra mundial y se consolida en la segunda, especialmente a partir de la participación de

²⁷ Salomón, Mónica (2001) “La teoría de las relaciones internacionales en los albores del siglo XXI: diálogos, disidencia, aproximaciones” en *Revista CIDOB d’Afers Internacionals*, no. 56, dic.2001/enero 2002, pp. 7-52.

Estados Unidos en ella (Barbé 2007, Del Arenal 1994, Hoffmann 1991). Como señala Del Arenal (1994: 41), “no debe olvidarse que teoría internacional y ciencia de las relaciones internacionales, por encima de su distinción, están al mismo tiempo necesariamente unidas, pues toda ciencia supone en principio una teoría”. Y nosotros agregamos que esta teoría y esta ciencia a la vez suponen un contexto sobre el cual se interpreta el mundo. Entonces, a continuación expondremos la concepción sobre desarrollo analizada en su contexto histórico, junto a su interpretación de las relaciones internacionales como disciplina científica, a partir de las principales corrientes teóricas.

1.2.1.1. Realismo Político

La complejidad de los conflictos políticos
excluye soluciones tan simples.
Morgenthau (1992: 17)

El realismo es una corriente de las relaciones internacionales, cuyo principal representante es Hans Morgenthau quien es considerado el padre fundador o gestor de la génesis de las relaciones internacionales desde una perspectiva científica. Morgenthau elaboró los principios del ámbito internacional por la prolongación de aquello que observaba en el plano nacional, a través de la publicación de la obra *Politics among Nations: The Struggle for Power and Peace*²⁸, en 1948. De este modo, dio origen a una teoría y práctica realista de la política internacional cuyo propósito era explorar el proceso de las relaciones de poder a lo largo de la historia y, basado en esta experiencia del pasado, obtener el diseño de una práctica política exterior exitosa. Asimismo, el segundo objetivo fue asociar el conocimiento con la acción puesto que, en el momento que escribe su obra, Estados Unidos es considerado uno de los Estados más poderosos en el mundo; en virtud de la finalización de la segunda guerra mundial y el surgimiento de un nuevo orden internacional de carácter bipolar.

En pleno auge de la guerra fría, el autor (1992) considera que se produjo una triple revolución de la estructura política internacional. La primera se refiere al traslado del

²⁸ Traducido en castellano como *Política entre las Naciones. La lucha por el Poder y la Paz*. GEL, 1992, 3º Edición. El inconveniente de no conseguir utilizar el libro original de 1948 fue la constante edición realizada por su autor, y por Kenneth Thompson quien procuró hablar en nombre de aquel, puesto que al actualizar la obra considerando la incorporación de los emergentes acontecimientos internacionales han desilustrado el contexto de los inicios de la guerra fría que inspiró la idea inicial de Morgenthau.

centro de poder de Europa hacia fuera de ella, acompañado por el cambio de un sistema multipolar a uno bipolar. Al mismo tiempo, la unidad moral se dividió en dos sistemas de pensamiento y acción diferentes. Y finalmente, la aparición tecnológica de las armas atómicas, que otorga la facultad de la destrucción mundial. Frente al incremento de la fuerza y la necesidad de preservar la concordia entre las partes, su libro se planteó alrededor de dos conceptos: poder y paz. De esta manera, esboza el aspecto teórico y práctico de la política internacional cuyo cambio se produce por la aspiración de las naciones en pos del poder y, en ese marco, dos son los mecanismos para mantener la paz:

Uno es el mecanismo autoregulatorio de las fuerzas sociales, que se manifiesta a través de la lucha por el poder en el campo internacional, o dicho de otro modo, por el equilibrio de poder. El otro consiste en limitaciones normativas a esa lucha, bajo forma de leyes internacionales, moralidad internacional y opinión pública mundial. Morgenthau (1992: 36).

El **equilibrio del poder**, que comporta su lucha tanto como las **limitaciones normativas** a ésta **-leyes internacionales**, la **moralidad internacional** y la **opinión pública mundial**-, ante la triple revolución mencionada, no alcanzan para preservar la paz. Entonces, Morgenthau considera tres interrogantes que guiarán su obra: ¿cuál es el valor de las principales propuestas para el mantenimiento de la paz internacional?, ¿cuál es el valor de la propuesta de transformar la sociedad internacional de naciones soberanas en una organización supranacional semejante a un Estado mundial?, y ¿cuál debe ser el programa de acción que tenga presente las lecciones del pasado y que sepa adaptarlas a los problemas del presente?. Avanzando en la respuesta a estos cuestionamientos, y en tanto concibe la política internacional como lucha por el poder, afirma que el poder siempre será el objetivo inmediato, sin importar cuáles sean los fines últimos. De modo que un actor de la escena política internacional es considerado por él como tal desde el momento en que escoge el poder para alcanzar sus fines. Y lo hará de tres modos, a través de la **política del statu quo** para mantener el poder, el **imperialismo** para aumentarlo y la **política de prestigio** para demostrarlo.

En el tratamiento del pensamiento político del realista podemos inferir su interpretación de las relaciones internacionales como disciplina, tanto la complejidad de las mismas como el error y el futuro incierto están presentes a lo largo de la obra. Según Morgenthau, la validez de una teoría es empírica y práctica, por lo tanto, su comprobación es doble, lógica y empírica. La problemática de la teoría, dice, concierne a la naturaleza de toda política en la cual se confrontan dos escuelas que presentan diferencias en sus concepciones sobre la naturaleza del hombre, la sociedad y la política. Ellas son el

idealismo y el realismo. La escuela realista, sintetiza, obtuvo un principio universal aplicable a todas las sociedades pluralistas a partir de un sistema de represiones y equilibrios, y se preocupa por la naturaleza humana tal como es y por los procesos históricos tal como han ocurrido.

Morgenthau se muestra como un exponente de esta escuela realista. En su obra, señala los seis principios que dan fundamento a la teoría realista e identifica los límites del científico para comprender la política internacional. Entre los principios destacamos el primero que supone que la política “obedece a leyes objetivas que arraigan a la naturaleza humana” y, por lo tanto, el autor se propone “elaborar una teoría racional que explique, aunque sea imperfecta y parcialmente, estas leyes objetivas”. Del mismo modo, el segundo principio destaca la importancia del concepto de “interés definido en términos de poder” puesto que así diferencia a la política de otras esferas, como la económica que para el autor en ella el interés es el beneficio. Esta autonomía de acción y comprensión cree que le permite al estudioso distinguir cuándo un hecho es o no político. Pero no implica la desconsideración de las demás dimensiones, es decir, el realismo “se apoya en una concepción pluralista de la naturaleza humana”. (Morgenthau, 1992: 12-13, 22, 25).

Entre las dificultades que halla Morgenthau para la indagación teórica de la política internacional podemos señalar la ambigüedad de los hechos, son similares y únicos a la vez, además incluyen fuerzas contradictorias como también la incertidumbre a causa del constante cambio de la política internacional. En consecuencia, la “primera lección que debe aprender el estudiante de política internacional -y nunca olvidar- es que la complejidad de los problemas internacionales imposibilita las soluciones sencillas o las profecías infalibles. Allí bifurcan su camino el charlatán y el letrado”. (Morgenthau, 1992: 33).

Asimismo, Morgenthau advierte la importancia de la complejidad de los problemas políticos y su adecuado tratamiento. La realidad es defectuosa, en sus términos, por lo que sugiere como ideal al equilibrio de poder. Elementos como la personalidad, prejuicios y preferencias, o “desviaciones de la racionalidad” en palabras del autor, son claves para comprender que no todas las políticas exteriores siguieron un curso no emocional, racional y objetivo. En ese sentido, el padre del realismo considera que debido al fluir de los factores que caracterizan la inestabilidad del poder –y frente a “las incertidumbres del futuro” – el internacionalista ideal debería atender su curso, sus componentes, pronosticar su dirección y velocidad; no obstante afirma que “el éxito de la política exterior de una

nación puede atribuirse menos a la exactitud de sus propios cálculos que a los más grandes errores cometidos por la otra parte”. Por añadidura, para disminuir el error en los cálculos de poder, afirma que un buen analista internacional debería poseer una imaginación creativa capaz de apartar las supersticiones y abierta a las posibilidades del cambio; como también, “detectar bajo la superficie de las actuales relaciones de poder los desarrollos germinales del futuro, combinando el conocimiento de lo que es con la corazonada de lo que sería posible”. (Morgenthau, 1992: 193-194, 199).

Respecto al concepto **desarrollo**, el autor utiliza las expresiones “naciones ricas y naciones pobres” por primera vez en la obra al referirse al cambio de métodos del poder político -la diplomacia secreta y la guerra-, por un enfoque científico²⁹; desde el cual la relación entre las naciones ricas y las pobres, para el utopismo científico, sería un problema “técnico” más que “político” por lo que se encontraría una solución del caso. (Morgenthau, 1992: 56). Más adelante, a lo largo de su trabajo se hallan diversas referencias al tema desarrollo, en ocasiones manifiestas explícitamente con este término, por ejemplo naciones desarrolladas, y en otras indirectamente como los binomios naciones ricas y pobres, proletarias y capitalistas, industrializadas y del Tercer Mundo, o confrontación Norte/Sur.

Por ejemplo, al intentar esclarecer el significado de “imperialismo” como tipo de política exterior para aumentar el poder, Morgenthau (1992: 73-97) distingue tres teorías económicas: la marxista que considera “que todas las manifestaciones políticas obedecen a fuerzas económicas. Por lo tanto, el fenómeno político del imperialismo es producto del sistema económico que lo origina, eso es, el capitalismo”; la liberal, la cual ubica como “fuente del imperialismo al excedente de bienes y de capital que buscan canalizarse hacia mercados extranjeros”; y la demoníaca, que vincula al imperialismo con la guerra como “una conspiración de capitalistas malvados para conseguir ganancias personales”. Respecto a ellas, afirma que “no encuentran correlato en la experiencia del período histórico al que teóricamente deberían estar arraigadas, es decir al período del capitalismo”, en consecuencia, el imperialismo no puede ser explicado desde una interpretación económica dado que “la experiencia histórica señala la primacía de la política sobre la economía”. Entre los ejemplos de imperialismo como “política orientada a romper el statu quo” señala al colonial favorecido por la “existencia de estados débiles o

²⁹ El enfoque científico al que se refiere el autor (Morgenthau, 1992: 57) es aquel que busca la resolución de los problemas internacionales mediante métodos científicos, cuya aceptación logró alcance general luego de la primera guerra mundial.

con espacios políticamente vacíos que suscitan la apetencia de un estado más poderoso”; al económico, caracterizado en principio por “modificar las relaciones de poder entre la potencia imperialista y las otras naciones y, por otro, con el cuidado de realizarlo no mediante conquistas territoriales sino a través del dominio económico”; y al cultural, que pretende dominar la mente de los hombres, que junto al económico tomaron relevancia desde la desintegración de las colonias y desde que el imperialismo militar conlleva el peligro de una guerra nuclear.

En otro apartado, vinculado a analizar cómo ciertas políticas imperialistas se encubren tras ideologías, el teórico alemán (1992: 123-125) menciona a los países del Tercer Mundo. Así, sostiene que estos trasladan la responsabilidad de sus padecimientos económicos por la “extrema diferencia en los estándares de vida” hacia las naciones desarrolladas, ricas e industriales. A esta responsabilidad causal, le agrega la moral “de hacer cambios por los males previamente infligidos y para contribuir en una futura distribución más equitativa de la riqueza mundial”. Entre estas desgracias capta su atención la distribución desigual de alimentos, es decir, la coexistencia de exceso, gula o abundancia con necesidad, desnutrición y hambruna. Reconoce como un hecho “obstinado e inquietante” la gran disparidad entre ambas zonas que traduce en la idea de confrontación Norte-Sur, sin embargo, considera que es un mito porque esta desigualdad obedece a diversidad de causas “tales como pobreza natural, políticas económicas irracionales, corrupción o incompetencia”, en definitiva, “son el resultado de un complejo de factores naturales, culturales, económicos y políticos” donde la ayuda humanitaria es únicamente válida frente a una catástrofe natural. Según el autor la humanidad tuvo estas diferencias históricamente entonces esta aspiración, declara, resulta novedosa porque la tecnología moderna ayudó a concientizar las disparidades en el mundo al mismo tiempo que el principio de igualdad se encontraba en auge. De modo que ambas responsabilidades, causal y moral, sólo ocultan el verdadero objetivo de las naciones débiles que es alterar la distribución del poder “a expensas de los ricos y en favor de los pobres”.

Es extraña esta apreciación de Morgenthau si tomamos en cuenta que entre los elementos de poder de una nación frente a otra, que a su parecer se deben considerar, se halla la producción de alimentos como una ventaja. Incluso, menciona que la importación en un momento dado de productos alimenticios para un país es una debilidad tal que lo conduce a la pérdida de la condición de potencia, ejemplificado en Inglaterra, Alemania y la India. El alimento o carencia de éste al parecer es un importante factor a considerar en

política exterior cuando se evalúa la distribución de poder entre las naciones, es decir, el autoabastecimiento o la escasez serían signos de fortaleza y debilidad respectivamente en el análisis internacional.

Del mismo modo, como elemento de poder nacional, Morgenthau considera al rol de las materias primas y lo vincula a la mecanización de la tecnología bélica; entre ellas, la importancia del petróleo para la industria y la guerra. La capacidad industrial es también para el autor uno de los factores más importantes para alcanzar el rango de potencia; es por ello que “un cambio en el nivel industrial, hacia arriba o hacia abajo, va acompañado o seguido por un correspondiente cambio en la jerarquía de poder”. Lo mismo ocurre con el tamaño de la población que, según advierte el teórico alemán para naciones subdesarrolladas en lugar de favorecer su poder lo perjudica, incluso afirma que es “un obstáculo para su desarrollo”. Sin embargo, considera que una nación subdesarrollada tiene la posibilidad de incrementar su poder “si pudiera aumentar de modo espectacular la sanidad, el grado de alfabetización y el nivel de vida de su población”. (Morgenthau, 1992: 154-155, 162, 188).

En otro orden de cosas, al analizar el nacionalismo a fin de evaluar el poder nacional, el padre del realismo cree que la nación requiere poder para proteger su particularidad nacional y favorecer su propio desarrollo; al mismo tiempo examina el vínculo entre nación y Estado sobre el cual concluye que se necesitan mutuamente para el mantenimiento e incremento del poder de éste a la vez que el mantenimiento y desarrollo de la nación.

Por lo demás es significativo mencionar la apreciación que realiza Morgenthau respecto a la ambigüedad de la unificación del mundo a través de la expansión de las comunicaciones y la variación del significado del término atraso:

Hoy en día, el “un solo mundo” de la tecnología de nada le servirá si le falta uno de esos papeles gubernamentales sin los cuales ningún ser humano puede cruzar una frontera. Sin embargo, aún en 1914 se estigmatizaba como atrasados y casi bárbaros a Rusia y Turquía por ser los únicos dos grandes países que requerían un pasaporte para aquél que saliera o entrara en su territorio. Morgenthau (1992: 313).

Esta ambigüedad sobre la inmigración junto a otras políticas económicas que son imprecisas o no son reguladas por el derecho internacional, debido al carácter descentralizado de la función legislativa, según Morgenthau ha sido utilizada para promover intereses nacionales. Del mismo modo, el autor señala que lo ha sido la **ayuda internacional** puesto que quienes son serviciales en brindar alimentos, vestimenta y dinero

a necesitados de otras nacionalidades, sin embargo, no son afables a recibirlos como inmigrantes, es decir que “mientras que la ayuda internacional es compatible con el interés nacional, la libertad de inmigración no lo es”. (Morgenthau, 1992: 584). Tampoco son compatibles con el interés nacional los organismos para la asistencia económica y técnica que, especialmente durante la guerra fría, buscaban la adhesión al Este y al Oeste de las áreas subdesarrolladas. Si bien en esa competencia la promesa de una vida mejor era un arma importante para quienes la ofrecían, resultaron poco eficaces porque

lo que crea lealtades políticas por parte de los beneficiarios no es la ayuda como tal o sus benéficos resultados, sino la relación positiva que se establece en la mente del beneficiario entre la ayuda y sus resultados benéficos, por un lado, con la filosofía política el sistema político y los objetivos del donante, por el otro. Es decir que si el beneficiario continúa negándose a la filosofía política, al sistema y a los objetivos del donante, pese a la ayuda que de él ha recibido, se pierden los efectos políticos de esa ayuda. Morgenthau (1992: 608 - 609).

En definitiva, concluye que esta ayuda no sólo abandonará las cuestiones de paz internacional sino que además en el peor de los casos, “contribuirá a empeorar los conflictos internacionales por el fortalecimiento de las lealtades nacionales de los individuos a través de las áreas subdesarrolladas del mundo.” (Morgenthau, 1992: 609). Dicho de otro modo, los ciudadanos de las zonas subdesarrolladas que reciben asistencia conducirían al conflicto internacional por no transferir su lealtad nacional a las áreas desarrolladas.

1.2.1.2. Liberalismo

Junto al realismo político, el liberalismo -también conocido en la actualidad como idealismo, institucionalismo, institucionalismo neoliberal, neofuncionalismo o interdependencia compleja- se sitúa en las teorías racionalistas de las relaciones internacionales. Destacamos dentro de esta rama, la obra *Power and Interdependence. World Politics in Transition* (Poder e Interdependencia. La política mundial en transición, 1977) de Robert O. Keohane y Joseph S. Nye, surgida a comienzo de los años '70 para explicar aquello que el realismo político era incapaz.

Así lo expresan ambos autores cuando indican su incomodidad por esta teoría en tanto que les resulta un aspecto parcial de la realidad e incapaz de brindar explicaciones por ejemplo sobre las instituciones internacionales y especialmente destacan su insuficiencia analítica en el campo de la economía política internacional. Por lo tanto, conscientes de las “complejas relaciones” entre la política exterior y la interna, al considerar a la política mundial como “un tapiz confeccionado con diversas relaciones”, afirman que un solo modelo no es suficiente para comprenderla, por lo tanto proponen que la elección de

enfoques sea según cada circunstancia particular y fundamentalmente ofrecen una interpretación de la política mundial desde el nivel del sistema internacional. (Keohane & Nye, 1995: 9-10, 17).

Para la persecución de este fin, Keohane y Nye (1995) incorporan el término analítico **interdependencia** y proyectan elaborar un modelo teórico acorde a su análisis. Entre los cambios observados en la política mundial está el vinculado al desplazamiento del Estado como “figura dominante” (...) “eclipsado por actores no territoriales, como las corporaciones multinacionales, los movimientos sociales transnacionales y las organizaciones internacionales”, como también “la multidimensional interdependencia económica, social y ecológica” (Keohane & Nye, 1995: 15-16). De este modo, en su obra plantean la comprensión de las características de la política mundial en condiciones de interdependencia global. La interdependencia actúa sobre el comportamiento de los Estados y viceversa al “crear o aceptar procedimientos, normas o instituciones para ciertas clases de actividades” que “regulan y controlan las relaciones transnacionales e interestatales”, en su conjunto acuñados por Keohane y Nye (1995: 18) como **regímenes internacionales**.

En definitiva, podemos analizar la obra a partir de tres cuestiones que plantean los autores sobre las cuales extraeremos la interpretación sobre el concepto de desarrollo. En primer lugar la definición de interdependencia y luego sus variedades, para finalmente observar la relación entre ésta y poder -el cual es considerado aún un elemento fundamental de análisis en la política internacional-. Es importante señalar como aclaran los autores (1995: 18) que “la interdependencia no es simplemente un concepto analítico. También es un mecanismo retórico que emplean publicistas y estadistas.”. En ese sentido, para lo que aquí nos interesa es importante destacar que la **seguridad nacional** fue el simbolismo utilizado en el contexto de guerra fría por la amenaza que percibía a la suya Estados Unidos, en la búsqueda del respaldo internacional materializado en la “cooperación internacional y apoyo a las Naciones Unidas, así como también la justificación para alianzas, asistencia externa e intervenciones militares a gran escala” (Keohane & Nye, 1995: 19-20). Sin embargo, también propició cambios sustanciales en los regímenes por parte de los países del Tercer Mundo que al parecer de los autores (1995: 20-22) serían hostiles a la seguridad nacional, incluso señalan que a medida que el sentimiento de amenaza a ésta disminuía, “la competencia económica externa y los conflictos distributivos internos aumentaron”, llegando incluso a acompañar el lugar de

“primer símbolo del léxico internacionalista con *interdependencia*”. Es decir, “una situación parcialmente creada por la política” para “legitimar el liderazgo presidencial norteamericano en los asuntos mundiales”, que “reduce los conflictos de intereses y que la cooperación por sí sola es la respuesta a los problemas mundiales”. Estos son los referidos a la supervivencia de la raza humana que se encuentra amenazada por las acciones militares -bomba atómica- y del medio ambiente, sobre las cuales la teoría del equilibrio de poder y el concepto tradicional de éste tanto como el de interés nacional son insuficientes e ineficaces para el abordaje de estas cuestiones.

Keohane y Nye (1995: 21-22) consideran que la interdependencia -al igual que la idea de seguridad nacional- es producto de la retórica de políticos, para conservar su liderazgo frente al nacionalismo económico, y defender la idea de que los conflictos se reducirán a través de la cooperación internacional. Sin embargo, según los autores, la política de la interdependencia aparece cuando surgen intereses internos, transnacionales y gubernamentales y con ella los conflictos internacionales no sólo no desaparecen sino que incluso pueden aumentar al variar sus formas. Es por ello que proponen a la interdependencia como concepto analítico y, junto a ella, cuatro tipos de modelos de análisis para el estudio de cómo y por qué cambian los regímenes internacionales.

La situación conocida como interdependencia son los efectos de costos recíprocos producto de los intercambios que se realizan entre países o actores en diversos Estados. Ésta se diferencia de la interconexión por la dependencia mutua, que siempre involucrará efectos de costos significativos y reducción de la autonomía. Algunas situaciones como por ejemplo las relaciones entre “los países industrializados y los menos desarrollados”, resultan ambiguas para indicar su interdependencia o no. En consecuencia, para evaluar los costos y beneficios de la relación, la interdependencia compleja se vale de las teorías clásicas económicas sobre las ventajas comparativas e introducen las nociones de *ganancias relativas y absolutas*.

Al introducir estos conceptos surgen nuevos interrogantes políticos y conflictos distributivos, de modo que los autores (1995) consideran que la mayor interdependencia a través de la cooperación no significa necesariamente la disminución de los conflictos internacionales. Asimismo, desde la teoría de los juegos, incorporan a la competencia resultados de suma variable y las asimetrías en la dependencia que convierten a la política de la interdependencia económica y ecológica en un proceso de negociación como fuente de poder.

Así, la propuesta de Keohane y Nye toma dos dimensiones para explicar las relaciones que se establecen entre el concepto de poder e interdependencia: *sensibilidad* y *vulnerabilidad* frente a los costos provenientes de la acción externa. Mientras que la primera se refiere a la capacidad de dar respuesta a los cambios dentro de un marco político estable, la vulnerabilidad considera la afectación de dichos costos a tal situación. Es decir que identifica quienes definen las reglas a través de “la cláusula *ceteris paribus*”. Y nos revela los recursos de poder disponibles de los actores.

Estas reglas, procedimientos, normas, que generan redes y organizan la acción de los Estados a través de acuerdos gubernamentales, como hemos mencionado, los regímenes internacionales también son quienes guían la “ayuda a países menos desarrollados”. Para la interdependencia compleja, estos regímenes conectan la estructura del sistema mundial -distribución de las relaciones de poder- con el proceso -las negociaciones políticas y económicas-. Por esta razón, las modificaciones en los regímenes pueden variar la distribución de poder, la estructura. Para ejemplificar los autores señalan la labor realizada por los países menos desarrollados desde 1964 durante la Primera Conferencia de las Naciones Unidas para el Comercio y el Desarrollo como también, durante la década de los '70, reclamando un Nuevo Orden Económico Internacional.

Es significativo señalar que los autores al hablar de complejidad en la política mundial lo hacen como sinónimo de complicado, de confuso. Por ejemplo, señalan que “las fuentes que producen poder se han vuelto más complejas” y que tal “complejidad se compone de las diferencias en la utilidad de la fuerza en las distintas áreas de cuestiones o problemas”. Son tres las características que permiten comprender la interdependencia y que marcan el punto de inflexión entre esta teoría y el realismo: los canales múltiples, las relaciones son interestatales, transgubernamentales y transnacionales; la agenda contiene diversos temas y ausencia de jerarquía entre ellos; finalmente, la fuerza militar no es suficiente para la resolución en ciertas áreas. En otras palabras, los autores detallan que los países industrialmente avanzados poseen múltiples canales de contacto, que poseen solapamiento de cuestiones internas y externas en sus agendas, y que el uso de las fuerzas militares entre ellos carece de utilidad para alcanzar bienestar económico y ecológico. Sin embargo, más adelante, señalan que respecto a las relaciones Norte-Sur, Este-Oeste y entre los países del Tercer Mundo, “la fuerza a menudo resulta importante”, por lo tanto, dependerá de la situación en particular para escoger el enfoque tradicional/realismo o la interdependencia compleja en el estudio de la política mundial. (Keohane & Nye, 1995: 25, 40-47).

A continuación, Keohane y Nye explican el desenvolvimiento y declinación de los regímenes internacionales y presentan cuatro modelos para describir estos cambios. Entre ellos, el modelo basado en el **proceso económico** contempla que los cambios tecnológicos y económicos prescribirán a los regímenes internacionales. Asimismo, que la responsabilidad de las demandas por una elevación del nivel de vida -como sinónimo de bienestar económico- será del gobierno, cuya meta se convertirá en primordial y su índice será el producto bruto nacional. Por último, los beneficios económicos generados por los flujos de intercambio motivarán a los gobiernos a adaptarlos para que no pierdan su eficacia ni ellos su autonomía.

Por otro lado, el modelo apoyado en la **estructura de poder global** supone que los regímenes internacionales son el resultado de la distribución del poder entre los Estados en el sistema. En consecuencia, los cambios en la estructura mundial repercutirán y producirán las variaciones dentro de ellos. Seguidamente el modelo de **estructura de las cuestiones** nos manifiesta cómo el poder no es cómodamente empleado ni transferible, se puede tener en un área pero no en otra y serán los Estados fuertes quienes fijen las normas en cada una. La utilización de la fuerza militar también es desvalorada, no sólo su uso involucra un costo alto sino que incluso es ineficaz en ciertas cuestiones como las económicas. Además, entre las limitaciones de este modelo, la vinculación de cuestiones provenientes de Estados débiles y pobres, como sucedió durante las conferencias sobre el derecho marítimo, que son favorables a sus intereses es interpretado como una anomalía. Y, en última instancia, el modelo fundado en la **organización internacional** se refiere a los lazos o vínculos gubernamentales y transgubernamentales establecidos entre los gobiernos más allá de los canales formales a través de los ministerios de relaciones exteriores. Estos generan un contexto, pautas de conducta, en el cual los actores operan de tal modo que su abandono generaría dificultades para readaptarse por fuera de ellos.

Si bien los cuatro modelos son importantes, los autores consideran que son explicaciones limitadas, parciales de la realidad, ninguno es apropiado para explicar la política mundial, “se deben abandonar las tentaciones por las explicaciones más sencillas” y “los problemas deberían encararse desde el mismo nivel de complejidad” (Keohane & Nye, 1995: 79, 84, 173); sin embargo, destacan al primero porque creen que hace hincapié en el crecimiento económico y éste estaría orientado al bienestar; por lo tanto, consideran que los regímenes internacionales se ven superados por las relaciones económicas internacionales y transnacionales -es decir, las relaciones de producción e intercambio- a las

cuales no pueden hacerle frente.

En resumen, los autores parecerían no hablar explícitamente de desarrollo, sin embargo ofrecen ejemplos de ciertos tipos de comportamiento que se generan en el vínculo países desarrollados - menos desarrollados. Al desvalorizarse el uso de la fuerza, nos muestran que los Estados pobres y débiles utilizan la *estrategia de vinculación* de cuestiones no relacionadas para obtener “concesiones o pagos adicionales por parte de los Estados ricos y poderosos”, que “se encuentra gratuitamente disponible” en las organizaciones internacionales que “actúan como catalizadores para la formación de coaliciones”, y favorecen a congregarse a sus representantes que de otro modo no podrían. “Las estrategias tercermundistas de solidaridad entre los países pobres han sido desarrolladas en y por una serie de conferencias internacionales, muchas de ellas con los auspicios de Naciones Unidas”. (Keohane & Nye, 1995: 49, 54, 55).

Al mismo tiempo, hacen referencia a las relaciones Norte-Sur como un problema comercial que varió en la agenda internacional según la politización de los asuntos vinculados al mismo, tal como el alza de los precios efectuada por la OPEP (Organización de Países Exportadores de Petróleo). De igual modo, respecto a los debates sobre el Nuevo Orden Económico Internacional al asociar el precio del petróleo a otras materias donde aún no habían cumplido sus propósitos. Y durante las conferencias organizadas por las Naciones Unidas, como hemos mencionado, sobre derecho marítimo.

Finalmente, podríamos interpretar que el paso de la política de seguridad militar hacia la política de la interdependencia económica y ecológica que proponen los autores, en definitiva, está dado por la depreciación de la utilidad de la fuerza para ejercer el poder en cuestiones económicas y ecológicas, que se negocian en el marco de los regímenes internacionales. Esto significaría un desafío para el “mundo industrializado” o “los países industrialmente avanzados”, “Estados ricos y poderosos” o “desarrollados pluralistas” y un espacio oportuno para “los países menos desarrollados”, “Estados pobres y débiles” o “países del Tercer Mundo” como los titulan, a lo largo de su obra, Keohane y Nye.

En la misma época, desde el Realismo, más bien por superación a sí mismo y no por oposición a otras corrientes, había aparecido el **Neorealismo**, el cual enseña el descubrimiento del concepto de *estructura* y la descripción del *sistema internacional*, en la obra *Theory of International Politics* (Teoría de la Política Internacional, 1979) de Kenneth Waltz. En breves palabras, este paradigma considera al sistema internacional conformado por el conjunto de interacciones entre los Estados que constituyen la estructura, en cuyo

seno se produce el conflicto por ser un ámbito anárquico y se diferencia del realismo en que, mientras estos creen que el poder es un fin en sí mismo, para los neorealistas es tan sólo un medio para alcanzar el fin último que es la seguridad.

1.2.1.3. Constructivismo

A las teorías clásicas, en la década de los '90, se les presenta una alternativa que consideran que éstas son insuficientes para reflejar el mundo y que carecen de imaginación, razón por la cual son denominadas **teorías reflectivistas**, también conocidas como teorías no racionalistas, radicales o críticas. Esta corriente se caracteriza por considerar que el sujeto que conoce es inseparable del objeto que pretende conocer; y debido a esta interpretación de la realidad desde el sujeto, critican el método científico para el análisis de la política internacional y proponen la interpretación histórica junto a la reflexión humana.

En la misma época, e incorporado a estos enfoques radicales pero luego logra independizarse, aparece un nuevo aporte conocido como **constructivismo**. El constructivismo, como señala Salomón (2002) y Wendt (1999), es un término acuñado por Nicholas Onuf en 1989 pero que convirtió a Alexander Wendt en su autor más característico, quien publica, entre otras obras, *Social Theory of International Politics* (Teoría Social de la Política Internacional, 1999).

Este paradigma no es una teoría de política internacional sino que propone un análisis filosófico de ésta y, luego, el estudio del sistema internacional como una construcción social. Para este fin, el autor divide su obra en dos partes, la primera (capítulos 2, 3 y 4) trata sobre la epistemología o teoría social que lo conduce a localizar a las teorías según el nivel de análisis y la actitud hacia la vida social en individualistas-holistas y materialistas-idealistas. La disciplina de las relaciones internacionales, según Wendt (1999) están polarizadas en la incompatibilidad de los puntos de vista acerca de la epistemología, mientras que la mayoría positivista argumenta que la ciencia social nos brinda el privilegio de acceder a la realidad, en cambio para una significativa minoría post-positivista no es así. En el intento de compatibilizar el constructivismo con el realismo filosófico, media entre ambos de tal modo que propone cambiar los términos de este “tercer debate”. Por consiguiente, plantea de qué está hecho el mundo internacional -ontología- en lugar de girar alrededor de cómo lo conocemos. Dicho de otro modo, está de acuerdo con los positivistas.

Poetry, literature, and other humanistic disciplines tell us much about the human condition, but they are not designed to explain global war or Third World poverty, and as such if we want to solve those problems our best hope, slim as it may be, is social science. Post-positivist have reminded us that what we see out there is conditioned by how we see it, and also emphasized the importance of constitutive and interpretive processes in social life. Wendt (1999: 90)³⁰

Es decir que para el constructivismo, la pobreza en el Tercer Mundo tanto como la desigualdad y la explotación aún existen incluso si son constituidas por ideas. A continuación, la segunda parte (capítulos 5, 6 y 7) conforma la teoría sustantiva o política internacional, que estudia la naturaleza del sistema internacional condicionada pero no determinada por el acercamiento de la construcción social descrita en la primera parte. De acuerdo con este paradigma, el autor sostiene que los Estados son actores reales a los cuales podemos legítimamente atribuirles cualidades antropomórficas tales como deseos, creencias e intencionalidad. Asimismo, los Estados, los cuales no puede dividirse en partes, poseen identidades (lo que son, que refiere a sus creencias) e intereses (lo que quieren, que alude a sus deseos) propios de los cuales se desprende su comportamiento o acción en el sistema. La identidad es definida como una propiedad que genera disposiciones de comportamiento y motivaciones. Existen cuatro clases, identidad personal o corporativa; identidad tipo; identidad rol e identidad colectiva. Y dos tipos de interés, el objetivo que define el qué junto al subjetivo que establece el cómo.

Una vez conceptualizado el Estado, Wendt analiza los debates sobre la naturaleza anárquica del sistema internacional sobre los cuales considera que existen tres clases de estructuras -Hobbesiana, Lockeana y Kantiana- en el macronivel inspirada en la clase de rol que domina al sistema -enemigo, rival y amigo-. A su vez, las estructuras sociales que surgen de esta acción -la lógica hobbesiana, la lógica lockeana y la lógica kantiana- afectan al ser y al querer de los Estados. Y en consecuencia, surgen tres formas en que las normas son internacionalizadas por los Estados, la coerción, el autointerés y la convicción.

Estas tres estructuras pueden modificarse, indica el autor, a partir de los cambios en el micro-nivel que se producen mediante dos mecanismos, la selección natural y la cultural; como también debido al cambio en la identidad colectiva que de menor a mayor profundización las clasifica en las siguientes variables: interdependencia, destino común,

³⁰ La poesía, la literatura y otras disciplinas humanísticas nos dicen mucho sobre la condición humana, pero no están diseñados para explicar la guerra mundial o la pobreza del Tercer Mundo, y como tal, si queremos resolver estos problemas nuestra mejor esperanza, ajustada como fuese, es la ciencia social. Post-positivistas nos han recordado que lo que vemos por ahí está condicionado por la forma en que lo vemos, y también enfatizan la importancia de los procesos constitutivos e interpretativos en la vida social. Traducción propia.

homogeneidad, autorestricción.

Por lo demás, para terminar, hemos observado escasa referencia a la cuestión del desarrollo a lo largo de la obra. Incluso, los ejemplos más mencionados hacen referencia a la guerra fría y los vínculos entre Estados Unidos y la Unión Soviética. Asimismo, la mirada que tiene el autor sobre el sistema internacional contemporáneo a su estudio es el de un sistema Lockeano con elementos crecientes del Kantiano.

El Constructivismo, como corriente proveniente del idealismo y el estructuralismo, considera importante la estructura del sistema internacional y el lugar que ocupan sus elementos. La visión del sistema internacional para el estructuralismo, en la metáfora o imagen representativa de Barbé (2007), es un pulpo con varias cabezas que serían los países centrales y varios tentáculos por los cuales se alimenta, es decir, los países periféricos. En este sentido, hablamos de países desarrollados y subdesarrollados. Asimismo, coincidimos con la autora en que este paradigma no es reconocido a la par de los dos anteriores debido a la preponderancia estadounidense que propició los estudios orientados a su política exterior. A pesar de ello, se podrían identificar algunas ramificaciones teóricas a través de ciertas figuras que tomaron relevancia: la *Teoría de la Dependencia* promovida por André Gunder Frank (1929-2005)³¹, el análisis *centro-periferia* con Raúl Prebisch (1901-1985)³² y aquellos estudios teóricos del *sistema mundo* tal como Wallerstein (n. 1930)³³.

Resulta aquí oportuno recordar, sobre la estratificación en el sistema internacional, a Karen Mingst (2007: 170), quien nos interroga desde la visión radical: “¿por qué ciertos estados tienen ventajas económicas, mientras otros se encuentran en desventaja permanente?”. Desde Latinoamérica, y con la influencia de la Teoría de la Dependencia, surge el **enfoque periférico**. En este marco, aquí hemos escogido la figura del argentino Carlos Escudé quien a través de su libro *Realismo Periférico* (1992) elabora y expone la

³¹ Frank, André Gunder (1991) *El subdesarrollo del desarrollo. Un ensayo autobiográfico*. Caracas: Nueva Sociedad. Si bien nosotros seleccionamos a este autor como representante de la teoría de la dependencia, debemos indicar, en palabras de Puerto Sanz (2008: 51), que el libro *Economía política del crecimiento* (1959) de Paul Alexander Baran (1910-1964) “viene a ser la obra pionera de la escuela de la dependencia desde la aproximación marxista que convierte a su autor en el “padre” intelectual de la misma”. Por añadidura, a su vez, hallamos que la sede de FLACSO en Chile (www.flacsochile.org/personajes/enzo-faletto/) considera a la obra *Dependencia y Desarrollo de América Latina* (1969) de Enzo Faletto y F. H. Cardoso, como el “trabajo que dejaría a ambos como padres de la denominada Teoría de la Dependencia Latinoamericana”.

³² Prebisch, Raúl (1964) *Nueva política comercial para el desarrollo: informe de Raúl Prebisch a la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo*. Bs As: FCE.

³³ Wallerstein, Immanuel (1998 [1991]) *Impensar las Ciencias Sociales*. Madrid: Siglo XXI.

teoría conocida con este mismo nombre. Seleccionamos esta obra de las variadas opciones por diversas razones, entre ellas, porque hemos comenzado por analizar a Morgenthau quien escribe en los inicios de la guerra fría, mientras que Escudé lo hace en el final de la misma –más específicamente, el autor indica que la escribió entre diciembre de 1990 y junio de 1991-. Escudé estudia las teorías predecesoras, realismo político y la interdependencia compleja y las reinterpreta desde la periferia, es decir, presenta una visión alternativa a la de los intelectuales de los países centrales destinada a los países periféricos. El autor es argentino y su propuesta está especialmente diseñada para orientar la práctica de la política exterior de Argentina.

1.2.1.4. Realismo Periférico

Si bien la expresión “realismo periférico” es de Roberto Russell, admite Carlos Escudé que fue él quien le dio contenido al concepto. La importancia de su libro *Realismo Periférico* (1992) en las relaciones internacionales radica en la propuesta teórica destinada a proveer una política exterior ventajosa para países dependientes, vulnerables y poco estratégicos en el sistema internacional. La obra entonces, como su subtítulo indica, describe los fundamentos para adoptar en Argentina dicho modelo de política exterior.

Respecto a las **relaciones internacionales** como disciplina, Escudé (1992) señala que los países periféricos se encuentran en un estado de subdesarrollo puesto que su estudio está condicionado por el poder político y factores emocionales, que dificultan la objetividad científica y su tratamiento en las ciencias sociales del mundo entero. Parte de ello debido a la influencia de las perspectivas nacionales, nacionalistas y la política internacional en general. En el caso del tercer mundo esta dificultad es aún mayor, el autor advierte que no sólo porque las teorías surgieron desde y para los países centrales, por lo tanto son mal leídas y acríticamente importadas, sino también por el grado de tolerancia al libre pensamiento. Por ejemplo en cuestiones nacionales es muy diferente la situación de la que gozan los estudiosos en el primer mundo quienes son menos propensos a recibir críticas si presentan el análisis de un problema internacional desde la perspectiva del sur; caso contrario sucede para los intelectuales del sur que quieren reflexionar desde la visión del norte. Además, considera la influencia que ejercen los fondos que reciben los investigadores para quienes destaca que es conveniente no irritar a sus proveedores. Al mismo tiempo, opina que los internacionalistas contribuyen a mantener ciertos mitos que dificultan la percepción, el análisis y limitan al objeto de estudio.

Entre los mitos, el autor halla la **falacia antropomórfica** en el discurso de las

relaciones internacionales. Ésta es el traslado de valores como la dignidad, el orgullo y el honor de los individuos hacia la figura del Estado independientemente de su ideología, régimen político o sistema económico. Es la creencia en que “la nación es un todo superior a la suma de sus partes, y que el individuo (incluyendo sus derechos) estaba subordinado esencialmente a la nación y al Estado en torno al cual ésta se organiza” (Escudé, 1992: 151). Así, encontramos la postura del autor para quien en política exterior los derechos individuales no deben consagrarse a los intereses nacionales; en tanto que el Estado encuentra su razón de ser en los individuos y no a la inversa, estos están por encima de aquél. De este modo, agrega, que paradójicamente la política exterior de los países pobres, quienes no tienen qué comer, es más propensa a asumir ciertos costos materiales en la búsqueda de estos valores que la de los países ricos, quienes sí tienen asegurado su alimento. Al mismo tiempo que la falacia antropomórfica y el nacionalismo se acrecientan en los países subdesarrollados, por el contrario en los desarrollados, ambos se disuelven convirtiéndose en un obstáculo a la integración. El autor resalta que para un país empobrecido es más provechoso el alimento que obtiene de poseer una balanza comercial positiva que los costos materiales que recaen sobre los pobres por conducir una política exterior de dignidad, honor y orgullo nacional.

Tanto la falacia antropomórfica como el nacionalismo, para Escudé, han perdido a nivel planetario su funcionalidad a causa del surgimiento de fundamentalismos y la crisis ecológica. Al mismo tiempo que resultan disfuncionales para la integración, para limitar la soberanía estatal en cuestiones como la proliferación de armas de destrucción masiva y la contaminación ambiental. También la presencia del arma nuclear conduce al autor a reconocer que el poder militar es menos útil en el sistema internacional al volverse más peligroso y que tal cambio sobre la concepción de la capacidad del uso de la fuerza, transformó el análisis de las relaciones internacionales.

Además de la antropomórfica, el argentino se refiere a la **falacia de que los costos del poderoso equivalen a la libertad del débil** para señalar cómo la política exterior del Tercer Mundo percibe que los costos para el país central le otorgan mayor libertad a éste sin considerar que el central puede darse ese lujo siendo más rico y poderoso. En vinculación a ella se encuentra la **falacia de extrapolar las supuestas consecuencias de una aumentada interdependencia global**, que significa que lo que ocurre en el mundo no le ocurre necesariamente a un país. Y por último, la **falacia de autonomía como supuesta generadora del desarrollo**, que se refiere a que la autonomía dada por el grado de poder,

desarrollo económico y tecnológico, distinta a su uso, es generada por el desarrollo y no a la inversa.

Por estas falacias el **subdesarrollo**, en palabras de Escudé, es el académico e intelectual, y esto genera dependencia. Entonces, a lo largo de su obra, el porteño propone una política exterior para los países periféricos como Argentina que “creyendo estar aplicando una teoría realista a su política exterior” cometen el error de diseñar “políticas exteriores de poder sin poder” (Escudé, 1992: 18). La diferencia entre el **realismo** y el **realismo periférico** recae en que el primero es una teoría para grandes potencias, con intereses planetarios y capacidad operativa a escala mundial, mientras que el segundo está diseñado para países periféricos, geográficamente remotos, con escaso poder de negociación e irrelevantes para los intereses vitales de las grandes potencias. Especialmente perfilado para **Argentina**, un país caracterizado por el autor como subdesarrollado, periférico, endeudado, empobrecido e intrascendente para los países centrales con quienes mantuvo una política exterior de confrontaciones, que obstaculizó su inserción internacional benéfica para su progreso.

La **política exterior** propuesta para Argentina, y algunos otros países periféricos, es independiente de la evolución del orden internacional de posguerra fría -esto sólo es importante para los poderosos- y debería incluir actitudes y políticas que tengan como **interés nacional** el balance positivo de costos y beneficios materiales: el alineamiento con Estados Unidos reconociendo su liderazgo en el hemisferio y la búsqueda de convergencia de intereses entre ambos países; la renuncia a gestos confrontacionistas respecto del litigio de Malvinas; la resolución definitiva de los problemas de delimitación y demarcación de la frontera con Chile; la continuidad de la política de integración económica con el Mercosur y el permiso de inspecciones brasileñas a instalaciones nucleares. Asimismo, no confrontar con las potencias en asuntos que impactan en la pobreza y la riqueza del país -proteccionismo agropecuario europeo y norteamericano porque repercuten negativamente en la producción del campo en Argentina-. Y también participar como mediador en diversos conflictos para la solución pacífica de controversias.

El tipo de estrategia de política exterior que es válida tiene en cuenta las macro y micro-relaciones bilaterales en las cuales está en juego el interés del país más débil y donde el resultado no está asegurado ya que dependen de ambas partes involucradas. Para el realismo periférico la macro-política exterior de la potencia es conocida por su interés político planetario, por lo tanto, el país débil deberá orientar sus objetivos hacia ésta, al

mismo tiempo que su buena voluntad será inversamente proporcional a su ubicación estratégica para los intereses vitales de la potencia dominante. Podríamos inferir que en la obra de Escudé las ganancias del juego son asimétricas y el país más débil será siempre dependiente en su política macro-bilateral y sólo podrá obtener cierta ganancia en las la micro-relaciones. Mientras que cuando se trata de otro Estado que sea relativamente simétrico, el éxito de una buena macro-relación dependerá del resultado de las múltiples micro-relaciones.

Al mismo tiempo, la política exterior debe ser desideologizada y resuelta en la evaluación costo-beneficio. La consideración de los costos y beneficios como también de los riesgos de costos eventuales son asociados a situaciones de *emergencia internacional*. Es decir, en palabras del autor, “cuando se alteran las reglas habituales de la convivencia entre los Estados” y “como desencadenante potencial de premios y castigos (...) de parte de los Estados centrales frente a los periféricos”, “queda abierto el camino para discriminaciones de gran relevancia económica (...) que en situaciones normales serían poco habituales” (Escudé, 1992: 45, 140, 248). En estos momentos la *memoria histórica*, lo que equivale a los antecedentes de la relación bilateral, incide en la decisión de la política exterior de los países poderosos dirigida a los débiles a quienes disciernen entre Estados amigos y menos amistosos. Ambas variables son recomendadas por el autor a incorporarlas al análisis de la política exterior. Del mismo modo, puesto que generalmente se asocia la autonomía a la libertad de acción o decisión, en su lugar, propone su reconceptualización y redefinición como la capacidad de confrontación de un Estado y los costos de la misma, y dependiente del desarrollo interno del país.

Según Escudé el objetivo central de la política exterior es quitar las dificultades para alcanzar el **desarrollo**. Por lo tanto, para países dependientes, vulnerables y pocos estratégicos recomienda la práctica de un realismo periférico. Si bien en ciertas ocasiones el autor piensa que con el alineamiento al poderoso el éxito no está garantizado, no obstante es mejor que la confrontación puesto que ésta genera sanciones económicas. Y en la distribución desigual de resultados, perseguir como objetivo de la política exterior beneficios simbólicos no es recomendable para un país pobre. Para ejemplificar, el argentino considera las experiencias históricas de algunos países que aceptaron el liderazgo de Estados Unidos, después de la segunda guerra mundial, como muestra de la validez que posee el realismo político para el progreso económico de estos.

En ese sentido, entre las decisiones de política exterior de Argentina remarcamos el

abandono del Movimiento de los Países No Alineados en 1991; lo cual para Escudé significó, en otras, una medida en defensa de los valores occidentales que “rechaza subordinar o vincular los derechos humanos al derecho al desarrollo (también considerado legítimo)” (Escudé, 1992: 35). Asimismo, el autor señala a la corrupción como un obstáculo al desarrollo y al alineamiento con Estados Unidos puesto que fue interés de este país que sea incluida en la agenda de la UNCTAD (Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo) y, al ser interpretada como una estrategia de injerencia en los asuntos internos, fue rechazada por Argentina. También menciona la falta de seriedad institucionalizada en el Estado argentino como un síndrome del subdesarrollo poco estudiado y que junto a la corrupción –recurrente y endémica- no puede ser neutralizada por una política exterior de alineamiento e incluso este desorden interno, señala, tiene consecuencias en las relaciones con otros Estados.

En resumen, el realismo periférico y sus principios no son determinantes sino lo más acertado para un país en tales condiciones a alcanzar lo óptimo. Es un instrumento para construir una teoría sobre política exterior únicamente destinado a países dependientes, vulnerables, empobrecidos y pocos estratégicos para los países centrales, los cuales se diferencian de aquellos por poseer intereses políticos globales. El autor señala que “este modelo de política exterior ubica el bienestar de pueblos empobrecidos e incluso hambrientos por sobre la vanidad de las élites”. Además, agrega que “es compatible con cualquier modelo de política económica”. Es la estrategia de política exterior que “ayuda a atraer inversiones y a facilitar las tratativas con los bancos y organismos financieros internacionales”. En definitiva, si bien el realismo periférico es recomendado para mover los obstáculos que impiden el desarrollo económico, para Escudé emerger del **subdesarrollo** dependerá del “desenvolvimiento de las energías *internas* que de ninguna estrategia de política exterior”. (Escudé, 1992: 281-283, 287).

La fractura del conocimiento y división en disciplinas generaron distintas nociones acerca del desarrollo en sus respectivos ámbitos. Por ejemplo, como hemos visto, hallamos al desarrollo biológico, cognitivo, social, económico, nacional, tecnológico, sustentable, humano, etc. Al abordar el análisis del concepto desde las principales teorías de las relaciones internacionales, obtenemos dos reflexiones: en primer lugar observamos su insuficiente tratamiento en estas escuelas fundadoras de la disciplina; y en segundo término, se constata el escaso estudio específico de la relación entre desarrollo y relaciones internacionales.

Por lo tanto, aquí proponemos esbozar un incipiente esquema comprensivo de los abordajes al ubicarlos en la perspectiva teórica más cercana por la asociación de sus supuestos ontológicos.

De tal modo que actualmente podemos asociar como *enfoques realistas del desarrollo* a quienes lo conciben estrechamente vinculado a las cuestiones donde prevalece la figura del Estado como principal actor, y su seguridad es esencial. Entre los trabajos encontramos aquellos que consideran que la situación de subdesarrollo es uno de los desafíos a la seguridad mundial porque relacionan la pobreza con el surgimiento de conflictos internacionales. Por ejemplo, *En Respuestas globales a amenazas globales. Seguridad sostenible para el siglo XXI* (2006) los autores³⁴ señalan cuatro factores probables de conflicto: el cambio climático, la competencia por los recursos, la marginación del mundo mayoritario, y la militarización global. Y proponen reemplazar el paradigma de control por el de seguridad sostenible que significa que en lugar de controlar las amenazas por medio del uso de la fuerza, se utilice la cooperación para atacar las causas subyacentes de esas amenazas. Otra obra es la de Robert Gilpin (1992), para quien los países subdesarrollados son tales porque son débiles frente a los fuertes y esta condición los convierte en dependientes producto de su ineficiencia interna. Asociada a esta interpretación podemos mencionar a la conocida conceptualización de “Estados Fallidos” así como la “securitización del subdesarrollo” tratados, entre otros, por Edward Newman³⁵.

Mientras que para la teoría de Morgenthau (1992), concentrada en el concepto de poder, los asuntos jerárquicos eran los militares y la agenda se establecía verticalmente, en el paradigma de Keohane y Nye (1995) la agenda se vuelve horizontal y toman relevancia las temáticas económicas y ecológicas. La corriente liberal considera que los conflictos pueden erradicarse si los Estados adoptan como régimen político a la democracia, el libre comercio, y constituyen una federación. También reconocen a los organismos internacionales como actores del sistema puesto que consideran que estos existen merced a que los Estados pueden cooperar entre sí, incluso hasta alcanzar la integración. Por lo tanto, actualmente, en este apartado que llamaremos *enfoques liberales del desarrollo*, situamos los estudios que abordan al desarrollo provenientes de los organismos

³⁴ Abbot, C.; Rogers, P. y Sloboda, J. (2006). “Respuestas globales a amenazas globales. Seguridad sostenible para el siglo xxi” en *Documento de Trabajo*, Fundación para las Relaciones Internacionales y el Diálogo Exterior (FRIDE) y Oxford Research Group. Disponible en: <http://fride.org/publicacion/64/respuestas-globales-a-amenazas-globales>

³⁵ Newman, Edward (2009), “Failed States and International Order: Constructing a Post-Westphalian World” en *Contemporary Security Policy*, 30 no.3, pp.421–443.

internacionales y los no gubernamentales, como del Derecho Internacional Público que deriva de los mismos. Por ejemplo, el PNUD nos habla de “desarrollo humano” en su informe de 1994, asimismo, de estas ideas se desprende el concepto de “seguridad humana” que trata de complementar a la seguridad estatal al considerar a la pobreza mundial como una amenaza.³⁶ De igual modo, también se incluyen en esta clasificación a todos aquellos que centrados en el estudio de la política económica internacional, consideran los impactos de ésta en el medioambiente y se especializan en el “desarrollo sustentable”; para ejemplificar, mencionamos a las publicaciones del Banco Mundial como el destacado Informe sobre el Desarrollo Mundial de 1992³⁷.

Por otro lado, los *enfoques constructivistas del desarrollo* incluirán aquellas que se centran en la interpretación estructural del sistema internacional y su reivindicación. Entre los autores que promueven esta línea de pensamiento, en la cual la realidad es construida por las creencias y valores, destacamos a Immanuel Wallerstein ya que en su obra *Impensar las Ciencias Sociales* (1998) revela, utilizando como categoría de análisis al *Sistema-Mundo*, cómo se construyó el concepto desarrollo a partir del concepto de *Revolución Industrial*. Entre los estudiosos de las relaciones económicas internacionales podemos señalar a Krasner³⁸, *Conflicto estructural: El Tercer mundo contra el liberalismo global*. Y todos aquellos análisis vinculados a las teorías de la dependencia y análisis de la teoría postcolonial.

Finalmente, los *enfoques realistas periféricos del desarrollo*, entre las obras que se vinculan al realismo periférico, hallamos la edición de Stephanie G. Neuman³⁹ quien reúne diversas miradas, entre ellas la de Carlos Escudé, sobre la teoría de las relaciones internacionales y el Tercer Mundo.

Más allá de esta clasificación sobre la diversidad de perspectivas frente al desarrollo, todas las escuelas teóricas manifiestan las desigualdades entre las naciones y concordamos con Mingst en que además “coinciden en la necesidad de reducir esta brecha por medio del crecimiento y el desarrollo económico” (2007: 414).

³⁶ PNUD (1994) *Informe sobre Desarrollo Humano 1994*. México: FCE. Disponible en: http://hdr.undp.org/sites/default/files/hdr_1994_es_completo_nostats.pdf

³⁷ Banco Mundial (1992) *Informe sobre el desarrollo mundial 1992: Desarrollo y medio ambiente*. Washington: University Press, Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento, Banco Mundial.

³⁸ Krasner, Stephen D. (1989 [1985]) *Conflicto estructural. El Tercer Mundo contra el liberalismo global*. Bs. As.: Grupo Editor Latinoamericano (GEL). Colección Estudios Internacionales.

³⁹ Neuman, Stephanie G. (ed., 1998). *International Relations Theory and the Third World*. Nueva York: St. Martin's Press.

Por otra parte, como anticipamos, la carencia de trabajos referidos específicamente a esta temática revela que el vínculo entre desarrollo y relaciones internacionales no ha sido del todo explorado. Así lo observa Darby, quien reflexiona sobre los nuevos campos de estudio para el análisis de la política mundial, que van desde la cultura hasta la ecología, y señala que:

The costs of nonengagement are strikingly demonstrated by returning to the mutual "stand-off" that prevails between international relations and development studies. Largely as a result, I would argue, development has not been seen as a crucial constituent of the international order. Yet, were it not for the promise of redemption held out by development, neoliberalism could never have become international ideology.⁴⁰ Darby (2008: 102-103).

A partir de ello, cuestiona la capacidad explicativa de la disciplina desde la descolonización del pensamiento en la misma; puesto que con el fin de la guerra fría fueron todos los Estados del mundo incorporados a la visión norteamericana sobre el estudio de las relaciones internacionales. Varios son los autores (Manzo 1991⁴¹, Campbell 1996⁴², Slater 2004⁴³, Darby 2004⁴⁴) que comparten este análisis y podemos ubicarlos como la nueva “escuela postcolonial”. Entre ellos, Blaney & Inayatullah (2008) cuestionan las relaciones internacionales convencionales –realismo, liberalismo y constructivismo– desde su discurso como una expresión de la teoría del progreso occidental. Es decir, tal enfoque critica que el discurso de las relaciones internacionales es constituido desde una visión estatocéntrica –el desarrollo es posible sólo dentro del Estado– y occidental –al referirse a los conceptos de progreso, civilización, modernización, desarrollo y globalización–.

Ante la problemática científica respecto del debate interno teórico y metodológico de la ciencia de las relaciones internacionales, la presente tesis pretende incorporar el pensamiento complejo para analizar el problema del desarrollo y comprender su actual crisis. Es decir, nuestra propuesta inicial es presentar al pensamiento complejo como una opción teórico-metodológica para sumar al conocido espectro teórico de la disciplina -

⁴⁰ “Los costos de indiferencia son sorprendentemente demostrados volviendo al "punto muerto" que prevalece entre las relaciones internacionales y los estudios de desarrollo. En gran medida como resultado de ello, yo diría, el desarrollo no ha sido visto como un componente fundamental del orden internacional. Sin embargo, si no fuera por la promesa de la redención realizada por el desarrollo, el neoliberalismo nunca podría haberse convertido en la ideología internacional.” Traducción propia.

⁴¹ Manzo, K. (1991). “Modernist discourse and the crisis of development theory” en *Studies in comparative international development*, N° 26, pp. 33-36.

⁴² Campbell, D. (1996). “Violent performances: identity, sovereignty, responsibility” Pp. 163-80 en *The return of Culture and Identity in IR Theory*, ed. Y Lapid and F. Kratochwil. Boulder, Colo.: Lynne Rienner.

⁴³ Slater, D. (2004) *Geopolitics and the Post-Colonial: Rethinking North-South Relations*. Oxford: Blackwell.

⁴⁴ Darby, P. (2004) “Pursing the political: a postcolonial rethinking of relations international” en *Millennium: Journal of International Studies*. N°33, pp. 1-32.

realismo, liberalismo y radicalismo- que nos permite abordar el estudio sobre el desarrollo en el campo de las relaciones internacionales.

1.3 Marco teórico-metodológico

Un estado de insatisfacción es un acicate para la investigación. Los estudiosos de las relaciones internacionales tienen dos buenas razones para estar insatisfechos: el estado del mundo, el estado de su disciplina. ¡Si sólo estas dos razones convergieran siempre!.

Hoffmann (1991: 35)

La disciplina de las relaciones internacionales es la que más se acerca al estudio de las cuestiones planetarias. Desde sus orígenes, vinculada a la necesidad del restablecimiento de la paz, hasta los actuales debates sobre el subdesarrollo, el medio ambiente, los movimientos independentistas y la gobernanza mundial, entre otros, son temáticas que bajo su estudio se han amplificado cada vez más. Entre estos asuntos, su cuerpo teórico tiene un alcance parcial en la interpretación de la cuestión del desarrollo.

Los debates contemporáneos reflejan que la teoría en las relaciones internacionales resulta reduccionista puesto que su análisis sólo abarca aspectos parciales y fragmentados de la realidad que es cada vez más compleja. En su artículo *El estudio de las Relaciones Internacionales: ¿crisis o consolidación de una disciplina?*, Esther Barbé (1989) aborda esta temática a la cual nos referimos y señala que más que tratarse de una crisis, cree que la disciplina atraviesa una adaptación a los cambios que se producen en la sociedad internacional. De esta manera, sostiene, los acontecimientos internacionales influyen en la creación teórica de la disciplina; es decir que los cambios y continuidades que caracterizan al sistema internacional generan que el cuerpo de ideas y teorías lo hagan también.

En este punto podemos hacer hincapié en las consideraciones realizadas por Bartolomé (2006) para quien, con el propósito de explicar los acontecimientos internacionales y revalidar sus postulados, los autores de posiciones opuestas comienzan a acercarse y desarrollan un cuerpo teórico donde elementos del realismo son introducidos al liberalismo y viceversa, lo cual conduce a un consenso entre las visiones que dan origen, en palabras del autor, a los *cimientos* del panorama internacional contemporáneo. Los

cimientos son la aceptación del estado de anarquía del sistema internacional; la aceptación del Estado como el principal actor; el abandono de la visión del sistema internacional como inestable; la jerarquización del poder de diferentes formas (el poder militar es importante pero no útil para toda ocasión); y finalmente, la idea de que la interdependencia limita la autonomía del Estado. Podríamos decir que nos estamos manejando con la “síntesis multiparadigmática” que describen Legro y Moravcsik (1999).

A través del recorrido histórico del desarrollo académico de la teoría de las relaciones internacionales podemos identificar el predominio del realismo, al cual las demás teorías trataron de superar. Es acertado aquí recordar el mencionado artículo *Is anybody still a realist?* (1999) de Legro y Moravcsik quienes consideran que luego del fin de la guerra fría, aumentó la incapacidad de aquella teoría para explicar las relaciones internacionales. Entre las causas señalan que la racionalidad estatal está en crisis, que el estado no es capaz de controlar sus fronteras, siendo la anarquía y la lógica interestatal transgredidas por la lógica trasnacional. Asimismo, el alto nivel de cooperación internacional, el rol ejercido por las instituciones internacionales, la diversidad de la agenda y la división del poder en diversos actores. Los autores consideran que el futuro de la teoría en las relaciones internacionales será el reemplazo de la monocausalidad por una “síntesis teórica o multiparadigmática”. Resulta aquí oportuno rememorar la misma apreciación realizada en 1989 por Roberto Russell:

Es claro que la teoría de Morgenthau, escrita en el momento de incubación de la Guerra Fría, no alcanza para dar cuenta de la complejidad de los fenómenos y procesos que signan al orden mundial de fines de los años ochenta, cuyos perfiles y áreas de problemas centrales difieren de manera importante de aquellos que signaron al mundo de la posguerra. (...) como, por ejemplo, el monismo del poder, la concepción de un interés nacional supuestamente autoevidente, guía y criterio infalible de una política racional, la inadecuada separación entre política exterior y política interna, la visión del Estado-nación como un actor racional y unificado, su incapacidad para comprender y explicar la cuestión del cambio en la política y economía mundiales, la obsolescencia de la división entre “alta” y “baja” política y, estrechamente relacionado con este último punto, la ignorancia o relativización excesiva de la dimensión económica de las relaciones internacionales. Morgenthau (1992: 5-6).

La teoría realista es la más antigua, nació primero; la síntesis teórica o multiparadigmática resultaría corriente si partimos de su raíz que es el realismo e incluso, recordamos que cada teoría surgió para perfeccionar a aquella. En este caso, realismo y liberalismo, para ejemplificar ambas teorías tienen en común que son líneas de pensamiento evolucionista, positivista y racional. Dentro de nuestras opciones teóricas respecto al realismo, Morin (2006) nos plantea que hoy ser realista es imposible. En primer lugar porque hay que saber interpretar esa realidad. Y también porque comporta giros,

desenlaces que son inesperados. Al hablar de realidad se refiere a la realidad inmediata que tiene un sentido fáctico -hechos, acontecimientos y sucesos manifiestos en el presente que en el mañana pueden revelar otros inadvertidos- y el otro temporal -hechos, acontecimientos y sucesos imperceptibles en el presente que en el mañana recobran importancia por sus repercusiones-. Ambos sentidos no nos permiten tener certeza sobre la realidad sino aproximaciones, interpretaciones sobre la misma.

Para los internacionalistas los ejemplos más emblemáticos de la incertidumbre que podríamos señalar fueron la caída del muro de Berlín (Alemania) en 1989 y el atentado a las Torres Gemelas en New York (Estados Unidos) el 11 de septiembre del 2001. La incertidumbre y los numerosos acontecimientos inesperados en el rumbo de los asuntos internacionales reflejan la limitación o insuficiencia de las herramientas intelectuales para comprender el mundo. Los estudios internacionales, originalmente subordinados a la ciencia política, demarcaban su campo a la historia, la diplomacia y al derecho internacional. Luego de la segunda guerra mundial, cuando logra independizarse debió establecer sus límites disciplinarios, es decir lo que diferenciaría a las relaciones internacionales de otras ciencias, y lo realizó a través de la delimitación de su objeto de estudio. Mientras que las ciencias políticas implicaban la lógica estatal, las relaciones internacionales abarcarían la lógica interestatal. Actualmente, esta diferencia es cada vez más difusa ya que como hemos mencionado también las fronteras entre los ámbitos domésticos e internacional son cada vez más porosas. Incluso, a razón de que su objeto de estudio no ha sido acordado aún, podemos coincidir con el pensamiento de Barbé (1989: 178) para quien “en esta área científica no existe siquiera consenso en torno a su denominación”. Política internacional, relaciones internacionales, asuntos internacionales, política exterior, política mundial, son algunos de los títulos que, bajo cierta influencia de los paradigmas, hacen referencia a la materia. Por otra parte, diferimos con la autora en cuanto que designa a la sociedad internacional como el objeto de estudio de la disciplina, porque podemos considerar que nos limita a observar sólo un aspecto de toda la escena.

La disciplina todavía posee cierta dificultad además para identificar su método. Como señala Mesa (1980: 272), debe considerarse que en la selección del método también se incluye una elección política que involucra la personalidad del investigador. Esto se vincula a las distintas etapas que ha atravesado el desarrollo de propuestas metodológicas durante la formación de la disciplina. En cuanto a su discusión Salomón (2002) distingue a los racionalistas y los reflectivistas. Mientras los primeros se caracterizan por la

racionalización, la objetividad, el método empírico y la formulación de leyes sobre los comportamientos sociales, en cambio, los segundos consideran la subjetividad, el método interpretativo y la reflexión de una sociedad que construye su propio conocimiento. Por ejemplo, los racionalistas como el realismo y el liberalismo basan parte de su metodología en la teoría de los juegos (de suma cero o variable con ganancias absolutas o relativas) que proviene de las ciencias económicas.

Esta diferencia en cuanto al proceso de conocimiento se presenta, en las relaciones internacionales, como el segundo debate y se desarrolló en los años sesenta entre los filósofos, clásicos o tradicionalistas y los empiristas, modernos o cientistas. Los primeros están orientados al planteo de cuestiones esenciales -por ejemplo sobre la guerra y la paz- y sus deducciones son reflexiones filosóficas, supraempíricas e intuitivas. En cambio, los empiristas estudian los fenómenos concretos y obtienen como resultado definiciones rigurosas, relaciones causales y lógicas empíricamente comprobables y verificables. Este debate epistemológico estaba vinculado al metodológico entre los behavioristas –los mencionados métodos cuantitativos matemáticos con influencia de la psicología, sociología, entre otras– y los tradicionales –descriptivos, intuitivos y subjetivos–. (Barbé, 2007; 1989).

En la actualidad nos encontramos con una gran variedad de opciones teórico/metodológico/epistemológicas en el campo de la materia. Si bien el predominio del realismo ha sido cuestionado por los posteriores paradigmas, ninguno de ellos logró aportar una visión íntegra del panorama mundial. Barbé (1989: 185) menciona que este fenómeno en la disciplina ha sido apreciado por algunos autores quienes describen al hecho como “inexistencia de paradigma, complementariedad entre los diversos paradigmas o situación multiparadigmática”. En el presente trabajo consideramos repensar la naturaleza de las relaciones internacionales como disciplina. Si la describimos como campo de estudio, cuestionarnos qué temas estudia y por qué selecciona esos, y a su vez, concebirla como una práctica política e interrogarnos qué operaciones implica.

Por lo mencionado, para nosotros, a diferencia de Barbé (1989), se trata de una crisis de la disciplina de las relaciones internacionales por lo cual creemos que reconocerla nos guiará a nuevos caminos de conocimiento para poder comprender los fenómenos internacionales. En este sentido, frente a la disolución del orden medieval y el surgimiento del sistema de estados soberanos, el estudio de las relaciones internacionales toma como referencia al estado moderno para desarrollar una teoría internacional centrada en la

búsqueda de la supervivencia de este actor u orden. En sus orígenes, la concepción del campo de estudio era la lógica interestatal y luego las relaciones de interdependencia que conectaban a los Estados, junto a la aparición de nuevos actores en la década de los '60. Finalmente, tras el fin de la guerra fría nosotros concebimos la realidad internacional compleja por lo que nuestra perspectiva para abordarla es el pensamiento complejo y, desde la cual, tomamos como **objeto de estudio** para nuestra disciplina a la *Tierra Patria*. Es decir que nos estamos manejando con una transformación multidimensional de aquello que entendemos por ciencia, que se adecua al objeto a la vez que el objeto se adecua a ella, y con lo cual estamos también parcialmente inscriptos en la articulación del conjunto teórico/metodológico/epistemológico que reseña Morin (2008a).

La iniciativa del propuesto objeto de estudio tanto como la elección de pensar complejamente como metodología resultan de la revisión crítica de la bibliografía precedente de las teorías de las relaciones internacionales por su carácter reduccionista, simplificante y unidimensional, que recortan la realidad e intentan ajustarla a leyes inexorables. A medida que se van desarrollando nuevas entidades políticas –bloques de integración regional, organismos no gubernamentales, etc.- o frente a la aparición de nuevos fenómenos –planteo de la existencia o no de un cambio climático que afecta al planeta tierra, por ejemplo-, el objeto y método de la ciencia de las relaciones internacionales va mutando y/o actualizándose. Como hemos visto, con el surgimiento de las organizaciones no gubernamentales y las diferencias entre las diversas concepciones del poder, el estado fue cuestionado como referente para el análisis de la política internacional. Al presentarse esta objeción, de igual modo se discrepó con el método de estudio, puesto que la historia diplomática, el derecho internacional y la diplomacia no alcanzaban para comprender estos nuevos actores o fenómenos mundiales.

En este sentido, Stanley Hoffmann en su obra *Jano y Minerva* (1991) reflexiona sobre los logros y frustraciones de las relaciones internacionales como campo particular del conocimiento. Entre ellos, menciona el problema del nivel de análisis cuya conclusión resulta ser la insatisfacción ya que sea uno estudioso del sistema internacional o de la política exterior, argumenta que es difícil estar en ambas a la vez. Incluso, agrega, “lo que solía llamarse teoría de “linkage” (vinculación) – antes de que el linkage se convirtiera en una técnica inspirada por Kissinger – esto es, proposiciones sobre los vínculos entre la política exterior y la política internacional, ha permanecido en un estado congelado de taxonomías estáticas” (1991: 28-29). En segundo lugar, señala una fragmentación en cada

nivel de análisis al considerar que cada estudioso tiene su propia definición de lo que significa el esquema abstracto que llamamos sistema internacional. Del mismo modo, en tercer lugar, encuentra una fragmentación funcional que frente a la inexistencia de una teoría general satisfactoria, propone abarcar una escala más pequeña –desde investigaciones sobre integración regional hasta literatura estratégica de política exterior– donde cada autor ha promovido su propia jerga. Y finalmente, se cuestiona cuál es la metodología correcta para el estudio de las relaciones internacionales puesto que ninguna posición le convence en la medida de que le resultan inconsistentes.

Al parecer, como señala Stephen M. Walt (1998), no hay enfoque alguno capaz de capturar la complejidad de la política mundial contemporánea. Entonces, dejada constancia del debate teórico aún no resuelto, esto refleja que para comprender los acontecimientos en el ámbito de las relaciones internacionales las escuelas teóricas resultan insuficientes, reduccionistas, y unidimensionales. En este sentido, Barbé (1989: 192-193) también reconoce esta característica “por su carácter trasdisciplinario de las relaciones internacionales, que precisan de otras ciencias para llegar a comprender los distintos aspectos de que se compone la realidad internacional”.

Quizás las relaciones internacionales puedan ser el anticipo de la nueva transdisciplinariedad, propuesta por Edgar Morin (2013), que busca reemplazar el pensamiento que separa y que se basa en la causalidad unilineal y unidireccional, por una novedosa forma de pensar que una y que contemple tanto la complementariedad como el antagonismo, la causalidad en bucle y multirreferencial, como además que comprenda las partes en la totalidad a la vez que la totalidad en cada parte. Es decir, se trata tanto de separar para conocer, como de unir para comprender. Por lo tanto, la presente investigación pretende trascender los estudios tradicionales de las relaciones internacionales y en su lugar introducir al pensamiento complejo en la comprensión de la actual problemática científica que permitirá descifrar e interpretar la complejidad del sistema internacional junto a la crisis del desarrollo, en particular, y del *Planeta Tierra* en general.

De este modo, concebimos al ámbito internacional como complejo y debido a la complejidad del mundo, en consecuencia, para aprehenderla hemos seleccionado la concepción del método propuesto por Edgar Morin. Esto nos conduce al mismo tiempo a cuestionar la disciplina, porque resulta incompleta para explicar y brindar estrategias a los acontecimientos dentro del *Planeta Tierra* en la actualidad.

Para el internacionalista, la dificultad de comprender los problemas planetarios

podría ser considerada como la consecuencia de la forma en que se desarrolla la ciencia y el conocimiento. Es decir, cada vez más especializado y parcial. Como afirma Morin “El recorte de las disciplinas las vuelve incapaces de captar la complejidad (de la palabra *complexus*, <<lo que está tejido en conjunto>>)” (2011: 13). Incluso, consideramos que “estamos condenados a avanzar en la ignorancia, que se ve favorecida por ese pensamiento parcelario que no ve más que fenómenos separados y permanece incapaz de comprender sus relaciones” (Morin, 2011: 27). Así, el ***paradigma de la simplicidad*** tiene por principio develar la simplicidad escondida detrás de la aparente multiplicidad y desorden de los fenómenos. Desde esa perspectiva, lo simple no es nunca sino simplificado puesto que al someter un fenómeno complejo a la ***reducción*** y a la ***disyunción***, se convierte en algo simple. Se entiende por ***disyunción*** la separación entre el observador y el objeto observado mientras que la ***reducción*** consiste en el estudio no de las totalidades sino de las partículas elementales, mensurables. (Morin, 2008a: 29-32).

El ***paradigma de la complejidad*** propone una reforma del pensamiento que nos orienta a interpretar las cosas en su contexto y en el planeta. La autonomía humana, en este sentido, se vuelve compleja porque la autosuficiencia del hombre para hacer elecciones y tomar decisiones, sus actos, dependerán de su contexto. Es decir, el ser humano deberá adecuarse a estas condiciones conociendo el mundo en el cual está inserto para discernir según su criterio, con cierto grado de libertad. De esta manera, el pensamiento complejo plantea que las ciencias sociales deben rever el problema de la definición de los conceptos porque se necesita una epistemología más compleja. La complejidad está emergente, la imagen de la realidad es pobre, es necesario transgredir la organización enciclopédica, buscar alternativas que superen los discursos totalizantes y las visiones unidimensionales de lo real, que permitan la rearticulación abierta de la producción de saberes de la sociedad, articular los puntos de vista desjuntos del saber en un ciclo activo. (Morin, 2007: 14). La complejidad no es eliminar la simplicidad, tampoco es la completud, siendo uno de sus axiomas la imposibilidad de una omnisciencia.

¿Qué es la complejidad? A primera vista la complejidad es un tejido (*complexus*: lo que está tejido en conjunto) de constituyentes heterogéneos inseparablemente asociados: presenta la paradoja de lo uno y lo múltiple. Morin (2008a: 32)

En la búsqueda de un nuevo paradigma de la complejidad, Edgar Morin (2007, 2008a) considera que el método no es cierto y seguro como el planteado por **René Descartes** en la obra *Discurso del Método*, sino aquel que sólo se forma mediante la búsqueda, es decir, cuando el término se convierte en un nuevo punto de partida y el sujeto

(*ego cogitans*) se asocia al objeto (*res extensa*) conocido; por lo tanto, propone el método no cartesiano para el estudio de lo complejo, aquel que trasciende los compartimientos estancos del saber por una metaperspectiva con macroconceptualizaciones. Al mismo tiempo que, entre el ideal y la realidad, el autor (Morin, 2007: 63) se orienta a rechazar “una receta que encerraría lo real en un caja y proclamar la lucha contra la enfermedad del intelecto –el idealismo– que cree que lo real puede dejarse encerrar en la idea (...) y contra la enfermedad degenerativa de la racionalidad, que es la racionalización, la cual cree que lo real puede agotarse en un sistema coherente de ideas”. Es así como inspirado Morin (2007, 2008 a, 2008 b) en la frase del poeta **Antonio Machado**, *Caminante no hay camino, se hace camino al andar*, propone repensar la forma de organizar el conocimiento sobre la cual es necesario derribar las barreras tradicionales entre las disciplinas e imaginar cómo unir aquello que está separado. Es preciso contextualizar y globalizar, ubicar un conocimiento dentro de un conjunto organizado. De ahí que el camino recorrido por Edgar Morin está especialmente narrado en la colección de seis libros, identificada como *El Método*, sobre el aprendizaje en el error y la incertidumbre humana. Para superar el reduccionismo y la disyunción, a lo largo de sus obras el autor propone la **religazón** basada en siete principios: sistémico u organizacional, el principio de retroactividad, el principio dialógico, el principio recursivo o autoreproductivo, el principio de autonomía/dependencia, el principio de reintroducción del cognoscente en todo el conocimiento y el principio holográfico (Morin, 1988, 2002, 2007, 2008a, 2008b).

El **principio dialógico** considera que dos o más lógicas están unidas a su vez en la complementariedad y el antagonismo, que en lugar de suprimirse en una entidad superior, se conserva la dualidad misma en la unidad. Por ejemplo la dialógica orden/desorden/organización se refiere a que orden y desorden se suprimen entre sí mientras que se organizan y complejizan. El **principio de retroactividad** quiebra la causalidad lineal, “no solo la causa actúa sobre el efecto sino que el efecto retroactúa informacionalmente sobre la causa permitiendo la autonomía organizacional del sistema” (Morin, 2002: 30). E incluso, el **principio recursivo o autoreproductivo** supera la causalidad lineal por un espiral, porque comprende que los efectos son al mismo tiempo necesarios para su propia producción. Para ejemplificar, la sociedad es producto de las interacciones de los individuos a la vez que estos generan pautas culturales, lenguajes, etc. que repercuten en las interacciones de la sociedad. Asimismo, el **principio de autonomía/dependencia** considera que la organización necesita de su entorno para

conservar su autonomía, entonces, se basa en un proceso *auto-eco-organizacional* que incluye lo aleatorio e incierto. El **principio de reintroducción del cognoscente** en todo el conocimiento se refiere a unir al sujeto pensante y la cosa extensa. El **sistémico u organizacional** relaciona las partes con el todo y viceversa lo cual considera los emergentes como las restricciones productos del efecto organizacional. Y asociado a éste, el **holográfico** supone que la información del todo está en la parte como también la parte está en el todo. En este sentido, Edgar Morin nos habla de la “trinidad humana” que evidencia que cada uno de nosotros es a la vez individuo, como también parte de una sociedad y de una especie.

No sólo cada parte del mundo forma parte del mundo cada vez más, sino que el mundo como todo está cada vez más presente en cada una de sus partes. Esto se verifica no sólo para las naciones y los pueblos, sino también para los individuos. Así como cada punto de un holograma contiene la información del todo del que forma parte, así, de aquí en más, cada individuo recibe o consume informaciones y sustancias de todo el universo (Morin, 2006: 32-33).

En palabras de Barbé (2007: 106-107) “la función del teórico de las relaciones internacionales es la exposición y análisis del actual sistema internacional”. La autora considera que el sistema internacional es el instrumento adecuado para obtener un enfoque global. Al igual que Barbé, el presente estudio, asume la perspectiva del sistema internacional como marco adecuado para la investigación en relaciones internacionales, pero en conexión con el pensamiento complejo como clave para explicar el mundo actual. Nuestra disciplina se podría vincular a aquellas llamadas ciencias sistémicas en la concepción de Morin (2007: 70) que “han permitido articular entre ellas los conocimientos de las disciplinas diferenciadas”, y “su propio conocimiento consiste en el estudio de las reorganizaciones, de las reglas y de las regulaciones de los sistemas”. De este modo, se considera a las relaciones internacionales como una ciencia sistémica que, como tal, es abierta y cerrada. Si bien quiebra el aislamiento con las demás disciplinas a la vez mantiene elementos específicos de la misma que la distinguen de las demás.

Hoffmann (1991) señala una triple fragmentación en el campo de estudio de las relaciones internacionales. El problema del nivel de análisis refiere a la dualidad entre el estudio del sistema internacional y el estudio de las unidades que lo componen, del cual se derivan los estudiosos del sistema internacional por una parte, y por la otra, los estudiosos de la política exterior. La segunda fragmentación es en cada nivel de análisis puesto que no hay consenso respecto a cómo es el sistema internacional debido a su particular dinamismo. Finalmente, la última fragmentación es funcional a causa de la ausencia de una

teoría general satisfactoria y la emergencia de estudios de un área en particular. Desde esta nueva perspectiva, proponemos superar y trascender este saber reduccionista y fragmentario a través de la modificación del objeto de estudio de la disciplina que es el sistema internacional por el metaconcepto de *Planeta Tierra* propuesto por Morin. Más aún, Edgar Morin (2007, 2008a, 2008b) rescata las ideas de Blaise Pascal -matemático, físico y filósofo francés- quien reflexiona sobre la necesidad de considerar el todo por las partes y las partes por el todo. De modo que el paradigma de la complejidad tiene como principio la *Unitas Multiplex* que se libera del reduccionismo y del holismo a la vez y que nos permitirá la consideración del sistema internacional como uno abierto y auto-organizado para poder comprender dos propiedades: la primera es que se caracteriza por el desequilibrio y que su inteligibilidad se halla tanto en el sistema mismo como en su relación con el ambiente. La segunda, sobre la auto-organización, en relación al status ontológico del objeto, es fenoménicamente individual y está dotado de autonomía. Es una meta-organización al mismo tiempo que se distingue, se une al ambiente donde está inmerso, por lo tanto es auto-eco-organizador.

La vinculación de una redefinición compleja de la noción de sistema internacional nos conduce a la siguiente estructura articulada de conceptos:

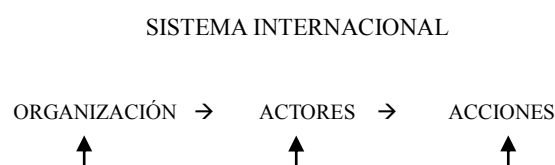


Ilustración 1 Fuente: Elaboración propia

El presente esquema refleja cómo no sólo la organización internacional interviene en el comportamiento de los actores y viceversa, así como también los actores producen nuevas acciones que generan una nueva organización y cómo las acciones repercuten en ellas mismas del mismo modo que los actores sobre sí. Al mismo tiempo, la redefinición compleja del término nos transporta también a repensar el objeto de estudio de la disciplina de las relaciones internacionales, y proponer la noción del *Planeta Tierra* como un metasistema, es decir que va más allá del sistema internacional y se concibe parte a su vez del sistema solar, o como un macro-concepto de la lógica de la complejidad que, en consecuencia, nos permita al mismo tiempo acceder al sistema internacional.

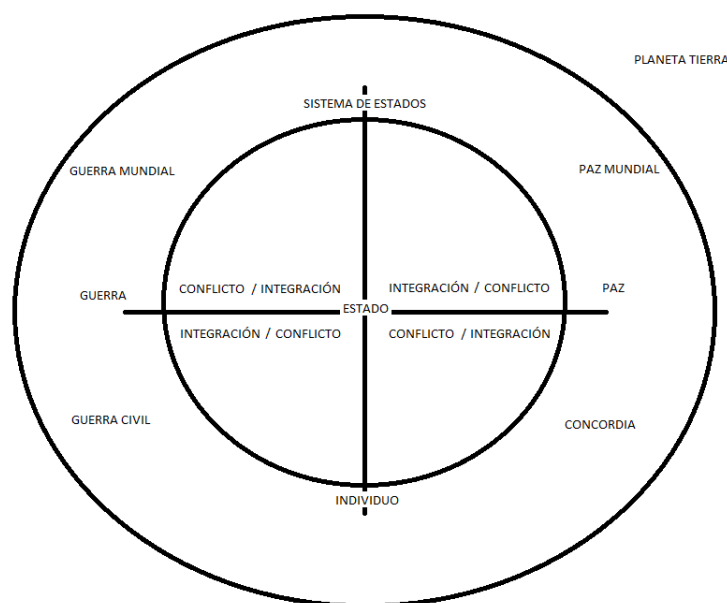


Ilustración 2 Fuente: Elaboración propia

Considerar al sistema internacional complejo como aquél donde “las partes y el todo se producen conjuntamente y se organizan mutuamente” (Morin, 2008b: 29) nos permitirá el tratamiento de cuestiones tan complejas en su seno que nos manifiesta la imposibilidad de una omnicomprensión como también de un reduccionismo sobre la realidad internacional. Es interesante, para lo que aquí exponemos, que Hoffmann (1991: 33) señala la búsqueda de certeza y, en ese sentido, define que “las relaciones internacionales deberían ser la ciencia de la incertidumbre, de los límites de la acción, de las formas en que los países tratan de manejar su propia inseguridad pero sin lograr nunca eliminarla del todo”.

Junto con la incertidumbre, la contradicción es un aspecto característico en los fenómenos internacionales que podemos examinar desde el principio dialógico. Por ejemplo, la reciente evolución del derecho internacional ha hecho emerger principios internacionales contradictorios que ponen en tensión la relación entre los ámbitos doméstico e internacional. Tal es el ejemplo del principio de autodeterminación de los pueblos con el principio de integridad territorial. Las mismas contradicciones de estas nociones indican su carácter político. El reconocimiento del derecho de los pueblos a la libre determinación es otro factor que infringe la existencia estatal y ésta erosiona a su vez la identidad de aquel. El Estado puede intervenir como garante o como amenaza a la integridad territorial de los estados y, en consecuencia, se convierte en un factor de

estabilización o desestabilización en la sociedad internacional.

La búsqueda de un paradigma de la complejidad consiste, para Morin (2007), en distinguir, separar, oponer, desjuntar al mismo tiempo que comunicar en circuito y asociar, sin reducir a las unidades elementales como tampoco a las leyes generales. “Hay que enraizar el conocimiento físico e igualmente biológico, en una cultura, una sociedad, una historia, una humanidad”. De este modo surge la **transdisciplina** que es “la ciencia que podrá desarrollarse a partir de estas comunicaciones”. La transdisciplinariedad propone elaborar un saber pensando en el contexto, y en el cual se incluya la presencia del sujeto pensante en la comprensión del objeto conocido. No significa negar los fundamentos pero sí cuestionarlos y manifestar su excesiva especialización. Debemos tener en cuenta lo que es contextual de las palabras, indica Morin, incorporando las condiciones sociales y culturales. Y, en este sentido resaltamos la **metadisciplina** que se refiere a sobrepasar al mismo tiempo que conservar. Es decir: “Uno no puede romper lo que ha sido creado por las disciplinas, uno no puede romper todo el encierro. Se trata del problema de la vida: es necesario que una disciplina sea abierta y cerrada.”. (Morin, 2007: 51, 60-62, 64).

La urgencia de promover una **transdisciplinariedad** (Morin, 2007), que no sólo separe, oponga, desjunte, sino que también una y comunique los diversos campos científicos significa incluso superar la reconocida necesidad interdisciplinaria en el estudio del desarrollo, por Juan Manuel Ramírez Cendrero (Puerto Sanz, 2008: 19) quien señala que se ha reconocido a “la Economía del desarrollo y los propios estudios sobre el desarrollo, cada vez más necesariamente interdisciplinarios”. Por lo tanto, en la presente investigación se pretende poner énfasis en el concepto de desarrollo desde la perspectiva del pensamiento complejo, particularmente en relación con el contexto global del actual devenir humano. Además, cuestionar el objeto de conocimiento disponible respecto al desarrollo, es decir, explorar y describir las categorías mismas con las que el lenguaje común nombra al desarrollo en oportunidad de relacionar estas definiciones con la actual crisis del desarrollo. A partir de allí, resignificándolos y así poder explicar el por qué de la crisis. La insuficiencia de las teorías de las relaciones internacionales para explicar la crisis del desarrollo y salir de la misma nos condujo a reconocer la propuesta del pensamiento complejo para abordar el concepto de desarrollo desde un método no cartesiano para el estudio de lo complejo. Por lo tanto, para el presente trabajo se utilizarán los conceptos teóricos de desarrollo, subdesarrollo y crisis desde la perspectiva del pensamiento complejo a partir de la noción del método concebidos por Edgar Morin.

Las diferentes escuelas de las relaciones internacionales han respondido a los fenómenos mundiales en forma diversa, respecto al desarrollo las opciones teóricas han resultado reduccionistas. Por este motivo, nos resulta importante incorporar en el contexto de la búsqueda del significado de desarrollo un enfoque que sea lo más integrador posible que el simplificador campo del quehacer científico cotidiano. Esta mirada nos permitirá interconectar las numerosas dimensiones de objeto de estudio, considerando su multidimensionalidad al mismo tiempo que su relación con el medio caracterizado por su aleatoriedad y el azar. En resumen, frente a la gran diversidad de propuestas teóricas defectuosas, descubrir los aportes del pensamiento complejo para el análisis de las relaciones internacionales en general, y las cuestiones de desarrollo y crisis del desarrollo en particular.

Ante la necesidad de complejizar los discursos teóricos y las prácticas en el campo de las ciencias sociales, proponemos transgredir las fronteras disciplinarias; no resumir en una palabra, no retrotraernos a una ley, no reducir a una idea simple; aspirar al conocimiento multidimensional; no aislar un objeto de estudio de su contexto, de sus antecedentes, de su devenir; no eliminar las contradicciones, la incertidumbre, la ambigüedad; ligar el orden con el desorden, lo uno y diverso/ lo uno y lo múltiple (*unitas multiplex*), lo complementario y antagónico, la interacción y la constelación. Así como superar la separación entre el sujeto pensante (*ego cogitans*) y la cosa extensa (*res extensa*); evitar la visión unidimensional, abstracta, y reemplazar la disyunción/reducción/unidimensionalización por la distinción/conjunción que permita distinguir sin desarticular, asociar sin identificar o reducir. Finalmente, pensar al *Planeta Tierra* en su contexto, atendiendo a las relaciones inter-retroactivas e inseparables “entre todo fenómeno y su contexto, y de todo contexto con el contexto planetario” (Morin, 2006: 189).

Estamos frente a una incertidumbre multidimensional en la cual es necesario un enfoque integral e interrelacionado de la diversidad de concepciones sobre el desarrollo. En este sentido, la presente investigación está dirigida a la búsqueda de un estudio complejo de la idea de desarrollo que comienza a ser cuestionada en el campo de las ciencias sociales a partir del siglo XX. Por lo tanto consideramos necesario revisar el surgimiento y metamorfosis del concepto para proponer nuevas hipótesis y reconstruir categorías sobre el mismo. Y, así, constituir un aporte para las investigaciones que se vienen realizando a nivel nacional e internacional sobre el pensamiento complejo, como

también para aquellas que se interesen en los procesos de desarrollo, políticas públicas y relaciones internacionales.

En lo referente al diseño metodológico específico, el presente trabajo de tesis consiste en un estudio explicativo correlacional, longitudinal, con una **hipótesis** explicativa multivariada que se conforma por tres **variables** (independiente, perturbadora o interviniente, y dependiente). En función del problema de investigación que enfrentamos, tomamos como **estrategia de investigación** un abordaje cualitativo. Siguiendo a Vieytes (2004) podemos señalar que el tipo de investigación que presentamos, según los diferentes criterios, es por su finalidad una investigación básica porque procura aportar a un área de vacancia del conocimiento; por sus objetivos, una investigación correlacional y explicativa; por el tipo de datos que utiliza, una investigación de datos secundaria; por el grado de control del investigador, una investigación no experimental; y por la secuencia temporal, investigación longitudinal (diacrónica).

Situándonos en el tipo de investigación, es explicativo correlacional porque se estudian a la vez que se procura interpretar las relaciones entre las variables independiente y dependiente junto a una interviniente o perturbadora. De esta manera, nuestra **hipótesis** será que *la ausencia de la percepción de la complejidad en el paradigma del desarrollo heredado es uno de los componentes principales de la actual crisis del desarrollo*. Dicho de otro modo, el análisis de la complejidad de la crisis actual del desarrollo implica una exploración histórica del concepto para revelar sus limitaciones y encontrar las razones específicas que nos permitan pensar dicha crisis. En cuanto a las variables ellas son el desarrollo (v. independiente), la crisis del desarrollo (v. dependiente), y la ausencia de la percepción de la complejidad (v. perturbadora o interviniente).

En consecuencia, el presente trabajo tiene por **objetivos** identificar el contexto histórico del surgimiento de la idea de desarrollo y su asociación a su propia formulación teórica; caracterizar el contexto histórico de la crisis del desarrollo; analizar la relación entre el surgimiento de la noción de desarrollo y su crisis; explicar el vínculo entre el origen del término de desarrollo y la crisis del desarrollo; y describir las teorías críticas al concepto de desarrollo contemporáneas a la crisis del desarrollo. En definitiva, realizar un rastreo histórico del concepto desarrollo para revelar sus limitaciones de modo tal de encontrar las razones específicas que nos permitan analizar la crisis del presente.

El propósito es realizar un abordaje novedoso del tema fundamental de investigación, interpretativo y crítico. Es decir, el interés se centra en la comprensión y la interpretación

ontológica del concepto desarrollo. Entonces, los pasos a seguir en nuestra investigación serán analizar las obras de los principales referentes del desarrollo; realizar un examen detallado de la noción de desarrollo desde las teorías clásicas; contextualizar el surgimiento y proyección de las principales corrientes de pensamiento sobre el desarrollo; identificar en cada autor los elementos y el alcance del concepto desarrollo; elaborar y replantear un enfoque crítico de la evolución del concepto de desarrollo; y dentro de este marco, profundizar en aquellos aspectos de la obra de Edgar Morin relacionados con su propuesta de repensar la idea de desarrollo, desde el enfoque del pensamiento complejo.

Frente a la necesidad de proceder al análisis del desarrollo y su crisis desde nuevos enfoques, en este trabajo de tesis se pretende poner énfasis originalmente en el concepto de desarrollo desde la perspectiva del pensamiento complejo, particularmente en relación con el contexto global del actual devenir humano, lo cual lo convierte en un abordaje original y diferente a la generalidad de los estudios internacionales dedicados al tema. Este enfoque nos permite explicar la crisis del desarrollo porque analiza el fenómeno desde una mirada multidimensional. Por lo tanto, la realización de este proyecto de investigación representará una contribución al campo de estudio por su carácter original y por ser una temática insuficientemente explorada desde la disciplina de las relaciones internacionales.

Capítulo 2: La corriente. El devenir del desarrollo

2.1. Introducción

Al considerar que en “el fundamento de la idea madre de desarrollo se halla el gran paradigma occidental del progreso” (Morin, 2006: 88), en el presente capítulo se realizará un recorrido histórico-conceptual que argumentará que lo que conocemos como *desarrollo* se sustentó en el recorrido histórico-conceptual del *progreso*. Para efectuar el análisis identificamos la consolidación de la idea de progreso y su influencia en los inicios del pensamiento económico, hasta el desenlace de la crisis del desarrollo situada por Edgar Morin en los años '60, atravesada previamente por la crisis de la idea de progreso. En su significado etimológico, progreso (*progressus, progrediens*) simboliza “caminar hacia adelante”, “el que se adelanta marchando”, es un “avance, adelanto y perfeccionamiento”; mientras que desarrollo es la “acción y efecto de desarrollar o desarrollarse”, la “evolución de una economía hacia mejores niveles de vida”. Y crisis proviene del latín *crisis*, tomado del griego *krisis*, “decisión”, “resultado”, “salida”, “desenlace”, actualmente significa “mutación grave que sobreviene en una enfermedad para su mejoría o empeoramiento”, “momento decisivo en un asunto de importancia”, o “la fase decisiva de proceso de incierto final”.

Respecto al recorrido histórico-conceptual del concepto **desarrollo**, además de las obras mencionadas en el primer capítulo que tratan la cuestión, haremos referencia a Marcel Valcárcel (2006) quien toma en cuenta a este término en la posteridad a la segunda guerra mundial y estudia los diversos enfoques desde la teoría de la modernización hasta la corriente del post-desarrollo entre los años 1990 y 2000. De igual modo, García (2010) señala también la utilización política del concepto desarrollo en el discurso del presidente norteamericano Truman (1949) y, a través de su trabajo, podemos ampliar la trayectoria del término a partir del año 2000 en adelante. Asimismo, respecto del camino realizado sobre la idea de **progreso**⁴⁵ identificamos como las obras más relevantes en la materia a las de Robert Nisbet (1996) y la de John Bury (1971), esta última escrita en 1920. La idea de

⁴⁵ Al respecto, Georges Friedmann (1977: 42) selecciona los trabajos de “J. DEVAILLE, *Essai sur l'histoire de l'idée de Progrès jusqu'à la fin du XVIIIe siècle*, Alcan, París, 1910; E. DUPRÉEL, *Deux essais sur le progrès*, Maurice Lamertin, Bruselas, 1928; y el ensayo de RENÉ HUBERT, *Essai sur l'histoire de l'idée de progrès*, <<Revue d'Histoire de la philosophie et d'histoire générale de la civilisation>>, 15 de octubre de 1934 - 15 de enero de 1935.

progreso, en palabras de Bury (1971: 16) destacadas por Nisbet (1996: 19), es “una teoría que contiene una síntesis del pasado y una previsión del futuro”, asimismo este último agrega que la idea “sostiene que la humanidad ha avanzado en el pasado -a partir de una situación inicial de primitivismo, barbarie o incluso nulidad- y que sigue y seguirá avanzando en el futuro”.

Por otra parte, entre los autores que realizaron un estudio sobre los vínculos entre los conceptos **progreso y desarrollo** se encuentran Mauricio Rojas Mullor (2011) quien al respecto señala que los antecedentes de esta relación residen en las tradiciones griegas y judías. En el mismo sentido, Marcel Valcárcel agrega que el término desarrollo “es heredero de la noción occidental de progreso surgida en la Grecia clásica y consolidada en Europa durante el período de la Ilustración” (2006: 4); además, indica que la “razón permitiría descubrir las leyes generales que organizan y regulan el orden social y así poder transformarlo en beneficio de la gente”. Finalmente, Kenneth Bock (1988) relaciona las teorías del progreso, el desarrollo y la evolución y Emilio Roger Ciurana (1999), quien también considera que la vinculación y la idea que tenemos en el presente sobre el progreso y desarrollo es la misma que la concebida en el período de la Ilustración, y que además ambas se basan en una determinada antropología fundada en cierto modelo de hombre, el *homo sapiens faber*.

Por consiguiente, en primer lugar realizamos una breve historia de la idea de progreso y su influencia en el pensamiento económico al tiempo que ubicaremos su consolidación y crisis. Esto para entender lo que sucedió luego entre los años 1930 y la década de los '60 puesto que sin la correcta interpretación de los hechos anteriores no se podrá comprender de manera cabal el período en estudio. De modo que identificaremos los acontecimientos históricos más destacados que tuvieron lugar a lo largo de tres períodos que consideramos claves, en tanto fueron indicadores de los giros semánticos que transformaron la idea de desarrollo: la crisis del '29, atmósfera sobre la cual emerge en las ciencias económicas el concepto de *desarrollo* como verbo; luego, en el año 1945 el modo de uso en correlato al *Tercer Mundo* y la significación *en vías de desarrollo*; y finalmente, en la década de los años '60, el *desarrollo* como sustantivo y junto a él la aparición de su antónimo, el *subdesarrollo*.

El tratamiento del término desarrollo, como hemos indicado, tiene sus antecedentes en diversas disciplinas. Para comprender el surgimiento del concepto nosotros hemos escogido realizar su recorrido histórico-conceptual en el pensamiento económico ya que en

la década del '80, según Puerto Sanz (2008: 23), es cuando la *Economía del desarrollo* surgida en los años cuarenta se independiza como una subdisciplina de la ciencia económica “orientada al análisis de la naturaleza y problemática de las regiones subdesarrolladas del planeta y de las diferencias económicas a escala mundial”. Notamos aquí, una vez más, la necesidad del cambio de escala en el estudio de las relaciones internacionales, debido a “la toma de conciencia en definitiva de la existencia de un problema de magnitud mundial” (Puerto Sanz, 2008: 26).

2.2. Breve historia de la idea de progreso y su influencia en el pensamiento económico

Después de la caída del Imperio Romano de Occidente (476 d. C.) hasta el descubrimiento de América (1492), nos ubicamos en la edad histórica conocida como Edad Media. En ella, entre los siglos IX y XIII, el poder político se vio fragmentado por las transformaciones de Europa Occidental y la nueva reorganización configuró un particular sistema conocido como feudalismo, que en su entramado social estableció un sistema jerárquico, estamental y sin movilidad social. En su aspecto político, el poder centralizado anteriormente en la figura del rey se fragmentó en las múltiples delegaciones que él estableció en los señores feudales en diferentes espacios territoriales llamados feudos. Por otro lado, la Iglesia (alto y bajo clero) conservó su poder, su estatus y los privilegios que hasta ese momento habían obtenido. En tanto que las clases basales, compuestas por los campesinos, artesanos y vasallos, quedaron ausentes de privilegios y sólo se atuvieron al trabajo de la tierra y pequeñas labores artesanales que simplemente garantizaban su subsistencia. Estos últimos, los vasallos, mantenían vigente el contrato feudal de sumisión y servidumbre a la figura de los respectivos señores.

A diferencia del imperio donde el poder estaba centralizado en la figura del emperador, aquí se distribuyó y multiplicó en distintos señores feudales quienes lo concentraban. Esta división generó paulatinamente una composición social de carácter piramidal, sin movilidad social entre ellos, compuestos por la nobleza y señores feudales, el alto y bajo clero, y los campesinos. Como sistema socioeconómico, la tenencia de tierras regía el ordenamiento de la sociedad. La seguridad recaía en el señor feudal quien administraba y gobernaba el feudo, es decir el territorio que trabajaban los campesinos. El campesino debía a su vez darle parte de su producción al señor feudal por la protección que recibía de éste. Los campesinos o siervos, ya que dependían del poder de los señores feudales dueños de las parcelas, sólo vivían con economías de subsistencia y sólo se quedaban con algún pequeño excedente de la producción, cuando ésta era abundante. Es significativo destacar

como características de este sistema feudal que los campesinos vivían en la pobreza, conocían todo el proceso productivo y que eran propietarios de las herramientas de producción.

Durante la Edad Media, la cosmovisión era teocéntrica, es decir, orientada a Dios como el creador del universo basada en dogmas y principios de la fe. Por lo tanto, la vida terrenal se regía por las consecuencias que ésta derivaría tras la muerte. La concepción de la historia para los cristianos era una secuencia de acontecimientos y revelaciones divinas hasta el día del juicio final; entonces, a pesar del abandono de la teoría cíclica griega, la creencia en la Providencia elaborada por San Agustín continuó con el pensamiento degenerativo, en el cual una parte elegida del género humano se aseguraría la felicidad en el más allá. Por esta razón, el tratamiento de las ciencias, gobernado por la teología, también estaba dirigido hacia la búsqueda de conocimientos que aseguraran la salvación de los seres humanos en la vida eterna.

En el concepto del tiempo humano, la idea de la Providencia varió entre pensarlo como un ciclo eterno en el mundo greco-romano a concebirlo por San Agustín como

la medida de un movimiento rectilíneo, único e irreversible, cuyos acontecimientos no se repiten a lo largo de la historia (véase *Confesiones*, libro XI). Tal irreversibilidad es el punto de partida de una idea nueva sobre el progreso, inseparable del crecimiento, del avance *paso a paso*, de la sucesión ordenada de hechos, del proceso gradual de las cosas. Burucúa y Glatzman (1997: 17).

Entonces, podríamos indicar que la idea de progreso se asocia con la idea de Providencia al concebir al pasado en vistas de un fin anhelado en el futuro. También podría vincularse el término a la degeneración si comprendemos al progreso como el tiempo histórico transcurrido en un proceso -inicio, desarrollo, degeneración-, dicho de otra manera, sería un único concepto que contiene “procesos que se producen en el tiempo histórico”. Así, durante la Edad Media se halla una relación asimétrica entre progreso y retroceso donde el primero hace referencia al camino hacia el reino de Dios, la perfección del alma, mientras que al mismo tiempo el mundo espera el regreso de Cristo con el juicio final. En esta época donde imperaba la doctrina de los dos mundos o dos reinos, el de Dios y el terrenal, la manifestación de la idea de progreso era a través de conceptos correlativos; es así como “el progreso del espíritu y la decadencia del mundo eran conceptos correlativos que impedían interpretar el futuro terrenal en sí mismo de forma progresiva” (Koselleck, 2012: 97, 101). El futuro en la Tierra era pensado a partir del fin del mundo, en cambio, en la Modernidad la idea de progreso se asoció a un futuro incierto. Es por esto que se identifica al progreso como una categoría moderna puesto que la idea se consolidó

en el inicio de esta época.

A medida que el proceso de disolución de la estructura feudal avanzaba, el poder de los señores feudales disminuía y se acrecentaba el de los monarcas quienes buscaban la unificación de sus territorios y la promoción de sus intereses nacionales. Durante este período, entre los siglos XV y XVIII, aparece la figura de los mercaderes por quienes se conoce a esta época como capitalismo mercantil o **mercantilismo**, término acuñado por Mirabeau en 1763. Como señala Galbraith (1998: 43), su final coincidió con el inicio de la revolución industrial y la norteamericana al mismo tiempo que la publicación del libro *La riqueza de las naciones* de Adam Smith, en 1776. El desarrollo de las ideas económicas que anteriormente estaban sujetas a la moral y procuraban la solidaridad y destino común de los pueblos, a través del mercantilismo estarían subordinadas al enriquecimiento de la Nación y de sus habitantes en detrimento de las demás; la economía vinculada al individuo se asociaría a la política a través del Estado.

Junto al ascenso de la clase mercantil y proliferación de los mercados, las vías de comunicación se propagaban y los mercaderes expandían su actividad comercial. En este contexto surgieron figuras aventureras como Cristóbal Colón quien abrió el camino hacia el “Nuevo Mundo”. Es aquí el inicio del período histórico identificado como la **Edad Moderna** -desde el descubrimiento de América (1492) hasta la Revolución Francesa (1789)-, donde Morin (2006) sitúa el comienzo en 1492 y profundizada en 1498 de nuestra era planetaria. Como hemos mencionado en el primer capítulo, la era planetaria comienza en el descubrimiento e intercambio entre los continentes, a través de la explotación de América y África, y en la toma de conciencia de que la Tierra es un planeta.

Además del descubrimiento de América, entre las transformaciones de la época encontramos la aparición de la pólvora que aumentó el poder de aniquilación en las guerras, la emigración de los campesinos a las zonas urbanas y el debilitamiento del poder político de la Iglesia y de los señores feudales. Asimismo, en el siglo XV, apareció un movimiento intelectual dentro de la literatura conocido como **Humanismo** que reelaboraría el ideal de humanidad, valorar al hombre desde una perspectiva terrenal como fin en sí mismo y no como medio para alcanzar a Dios, y estrechamente vinculado al surgimiento durante el fin de la Baja Edad Media, en Italia, del **Renacimiento** (XIV-XVII). Éste desplazó el teocentrismo por el antropocentrismo e inició el proceso de secularización que también impactó en la producción científica que cuestionaba lo producido en el medioevo. Ni Bury (1971) ni Nisbet (1996) encuentran aquí presente la

teoría del progreso. Éste último, atribuye como una de las causas a la ausencia de continuidad histórica en el pensamiento de los renacentistas, como también por su rechazo a las tradiciones, el interés por el ocultismo y la creencia en el destino, el azar y la buena fortuna.

Entre estos pensadores, podemos mencionar a **Nicolás Maquiavelo** (1469-1527) por su declaración de que el mundo ha sido siempre idéntico, mientras unas sociedades avanzan y otras declinan y viceversa, y a **Francis Bacon** (1561-1626), quien propuso un método de la observación empírica y la experimentación para demostrar la validez del conocimiento adquirido cuya aplicación consideraba fundamental para el progreso del conocimiento. Para él, el propósito de las ciencias era su utilidad puesto que permitirían, mediante la cooperación de la humanidad, aumentar el bienestar y la felicidad en la tierra presentados como un fin en sí mismos. Mientras tanto, en otra parte geográfica, más precisamente en Flandes también durante la Baja Edad Media, hallamos que el uso de la palabra “progreso” tuvo su origen en el proceso por el cual la agricultura era estimulada continuamente a través de “técnicas nuevas y renovadas, estudios científicos y aplicación intensiva de capital” que, en los siglos XVI y XVII, se difundió por Inglaterra y cuya consecuencia fue el aumento de la riqueza que a su vez condujo a cambios políticos y sociales. Entre ellos, podemos mencionar que “habían llevado la idea del progreso del campo a las ciudades; se habían puesto en marcha <<proyectos de progreso>>, y la legislación creó comisionados del progreso para supervisarlos. De este modo se aplicaban capital y conocimientos a la mejora de la localidad, al igual que se había hecho en la agricultura. Enseguida se extendió la idea a la vida moral” (Roberts, 1989: 65-66).

Paulatinamente, la idea de progreso reemplazaría a la idea de la Providencia al asociarse a las nuevas experiencias y hechos de la época como la invención de la imprenta, del compás, telescopio, microscopio, la expansión de la lectura, de las ciencias experimentales, de la industria, del capitalismo, la colonización en América y el ascenso de la burguesía. A partir de aquí el desarrollo de las ciencias que estaba dirigido a la búsqueda de la felicidad en el más allá, en la atmósfera del humanismo y el renacimiento se va a dirigir a la búsqueda de la felicidad terrenal, es decir de lo supra-humano pasa a lo humano.

Al mismo tiempo durante esta época, entre los siglos XVI y XVII, Europa estaba envuelta en la guerra de religión que culminó en la firma del Tratado de la **Paz de Westfalia** (1647-1648), que da fin a la **Guerra de los Treinta Años** (1618-1648), y a

través del cual aparece la instauración del sistema de Estados “soberanos” que desplaza a la autoridad religiosa y política -o diarquía entre el Papado y el Imperio- al consolidar el poder distribuido en una unidad central que no acepta otro por encima del mismo. Esta transición del feudalismo medieval al sistema europeo de Estados es significativa para la disciplina de las Relaciones Internacionales porque es, a partir de ella, que se concibe la noción de soberanía, que para aquel entonces estaba separada de la de igualdad, y formaba parte del denominado *Derecho Internacional Clásico* que permaneció desde el siglo XVI hasta 1945; época en la cual (a través de la emancipación de las colonias, el inicio de la guerra fría y la búsqueda de un nuevo orden internacional) surge el *Derecho Internacional Contemporáneo* y comenzamos a hablar de “igualdad soberana” como principio que fue introducido en la *Carta de las Naciones Unidas*, art.2, p.1.

Si bien las relaciones comerciales y económicas son anteriores al sistema de Westfalia, el sistema de Estados las agrupó bajo su tutela y los estudios sobre ellas comenzaron a transformarse a partir de este suceso. Las anteriores sociedades de comarca, a partir del comercio comenzaron a expandirse hasta el triunfo de la burguesía sobre la nobleza (los nobles eran una clase social con privilegios económicos y políticos). Con el ascenso social de la burguesía, se afianza la idea del comercio porque de allí provenían, eran comerciantes y artesanos. La estructura feudal social, política y económica comienza a ser cuestionada; la nobleza ponía como valores las armas, mientras que la burguesía que nacía tenía como valores al trabajo, la riqueza y la industria. Con ellos, la práctica comercial se expande y trasciende las fronteras, en razón de que comienzan a intercambiarse los excedentes de la producción. La escuela de la fisiocracia va a ir perdiendo fuerza en relación al mercantilismo que es la escuela que impera a partir del auge del comercio. La llegada de Colón a América va a poner en práctica esto dado que los nuevos productos van a cruzar los mares y pasaran de un lado a otro libremente. Por añadidura, en 1609, la publicación *Mare Liberum* del holandés **Hugo Grocio** (1583-1645) defendería el principio de la libre circulación en los mares para navegar y comerciar⁴⁶, de este modo la libertad de navegación y de comercio se convertirían en los valores de esa comunidad internacional. El eje de la economía se traslada de la tierra al intercambio comercial, en consecuencia, toma fuerza la escuela mercantilista y la acumulación de oro y

⁴⁶ A través de esta obra se colocaron las bases para la codificación del derecho del mar a partir de las conferencias de Ginebra de 1958 y 1960. Para ampliar el estudio sobre la evolución contemporánea del derecho del mar se recomienda la lectura del Capítulo XIX, de la obra *Instituciones de derecho internacional público* de Manuel Díez de Velasco Vallejo, decimoséptima edición, Ed. Tecnos.

monedas que van a respaldar los antecedentes del sistema conocido como *capitalismo*.

A medida que la disolución del mundo medieval avanzaba, la división entre la persona, lo religioso y la visión teocéntrica era reemplazada por lo racional, el individuo y la mirada antropocéntrica. Entre los pensadores influenciados por este contexto, nos interesa particularmente destacar a **René Descartes** (1596-1650) quien a través de la reconocida obra *Discours de la Méthode* de 1637, dio origen al método conocido como cartesianismo. Este método sostenía como axiomas a la supremacía de la razón y la invariabilidad de las leyes de la naturaleza. Su filosofía, según Bury (1971: 69,73), inspiró al surgimiento de una teoría del progreso que influenció -entre otros- a Pascal a pensar que la “totalidad de los hombres (dice) que han existido a lo largo de los siglos debe ser considerada como un solo hombre, que vive continuamente y aprende cada vez más”; aunque posteriormente en sus *Pensées* Pascal cuestiona al cartesianismo por el axioma de la supremacía de la razón.

A continuación, desde fines del siglo XVII hasta comenzar la Revolución Francesa, el ascenso de pensadores que buscaban explicar al mundo a través del uso de la razón y a través de ella alcanzar el conocimiento fue conocido como el movimiento de la **Ilustración** o también como el “siglo de las luces” porque la razón iluminaría todas las esferas del hombre; e identificado por Bury (1971: 299) como el primer período de la idea de Progreso, donde ésta es utilizada incidentalmente. En este contexto, como señalan varios autores (Nisbet, 1986, 1996; Bury, 1971; Bock, 1988; Burucúa y Glatzman, 1997), es cuando se consolida la idea de progreso a través de la querella de los antiguos y modernos sobre la cual se destaca la figura de **Bernard Le Bovier de Fontenelle** (1657-1757) por su obra *Digresión sobre los antiguos y los modernos* de 1688. Allí se basó en la premisa de Descartes sobre la invariabilidad de las leyes de la naturaleza: “Podemos suponer, argumenta Fontenelle, que a la luz de tal invariabilidad, la mente humana de hoy tiene las mismas facultades, es decir, la razón y la imaginación, y la misma riqueza y potencia que en el pasado. No existe ninguna prueba que atestigüe la degeneración de la razón humana desde la época de los griegos” (Nisbet, 1986: 10).

Del mismo modo, Bury explica que la idea de la permanencia de los poderes de la naturaleza sostenida por los modernos contradecía y desacreditaba a la teoría de la degeneración. Asimismo, ésta última era rechazada por el efecto paralizador que implicaba sobre la energía humana, incluso el autor exclama que el esfuerzo para mejorar el mundo es un “deber” para con la posteridad. Es importante destacar, como señala Bock (1988: 70-

71), que la Querella fue sobre el modo en que creció el conocimiento, no el avance de la sociedad. En este sentido, la comparación entre la antigüedad de Grecia y la modernidad de Europa se establecía teniendo en cuenta lo presente en ambas épocas y lugares: el “espíritu humano” manifestado en el saber. Éste había cambiado entendiendo al cambio como “un crecimiento: era lento y gradual, marcado por etapas o fases más que por sucesos.” (...) “El cambio se concibe como un desarrollo en el preciso sentido de desenvolverse o llegar a ser lo que está en potencia en la cosa que cambia”. Fontenelle es reconocido por los autores como el primero en formular una doctrina completa de la idea del progreso del conocimiento puesto que ofrecía pruebas de la estabilidad de las fuerzas naturales, incluía el futuro indefinido (porque el intelecto del hombre nunca degenerará), y a su vez lo consideraba seguro y necesario, independiente del azar y de una voluntad exterior, que otorgaría valor a la teoría del progreso del conocimiento.

Sin embargo, a pesar de brindar la hipótesis de la permanencia de las leyes de la naturaleza de los antiguos hacia los modernos por el espíritu humano, no pudo explicar la desigualdad entre los pueblos en diversas épocas y lugares. Bock manifiesta que “si las diferencias se definen como diferencias de grados de desarrollo de una misma potencialidad, lo que requiere explicación es la variación del ritmo de cambio (desarrollo del espíritu humano) de una época a otra y de un lugar a otro”. Estos son interpretados como fortuitos puesto que los modernos consideraban al avance del desarrollo del espíritu humano como “forzoso” -incorpora la certidumbre del progreso- y si éste no ocurría o era de menor grado se debía a “circunstancias especiales, que obstaculizaron o impidieron el proceso” y que quedaban sujetas al azar, a lo irracional y no al estudio científico. Finalmente, de su contribución, puesto que consideramos su influencia en el posterior pensamiento complejo propuesto por Edgar Morin, nos interesa resaltar la idea de que “las ciencias actúan juntas y están íntimamente vinculadas entre sí; no forman varios dominios aislados como se había pensado hasta entonces, sino que constituían un sistema en el cual el avance de una, contribuiría al avance de las restantes” (Bury, 1971: 107).

A partir del aporte de Fontenelle, la teoría del progreso del conocimiento, luego se convertiría en una teoría general del progreso humano al extenderse al terreno social a través de su amigo, **Abbé de Saint-Pierre** quien sostuvo que “siendo la razón humana capaz de rehacer el conocimiento, lo era también de rehacer las condiciones de la vida” (Bock, 1988: 71) y se ocupó de los problemas sociales en la búsqueda de un progreso de perfección social indefinido. Se interesaba por la Política y la Ética puesto que consideraba

que eran las ciencias más importantes para garantizar, a través del uso de la razón y eliminando los errores, su meta -la felicidad humana- en su concepción del progreso de la civilización. En ella, tres son los obstáculos que generan retroceso: la guerra, la superstición y el miedo; asimismo, los factores que aceleran el ritmo del progreso son: la expansión del comercio marítimo que produjo mayor riqueza y ocio, el estudio en los colegios de las matemáticas y físicas, y la fundación de academias científicas que permitió la propagación y difusión del conocimiento.

Es significativo destacar que mientras los modernos se comparaban con los antiguos para describir el avance de la sociedad, Bock (1988: 72) señala que a medida que los europeos iban descubriendo el mundo en el siglo XVIII, fueron incorporando a los “salvajes” de América y África como “representativos de una condición anterior de la especie humana” en las etapas de avance que consideraban en la idea de progreso, “y atribuyendo sus diferencias aparentes a diversos grados de realización en un proceso uniforme de desarrollo”. El descubrimiento del nuevo continente con las poblaciones que allí existían dio origen a la denominación de estos como *salvajes* –actualmente conocidos como pueblos originarios- por los colonizadores europeos quienes a través de la expansión territorial se autoproclamaban y diferenciaban entre ellos, *salvajes*, *barbarie* y *civilización*. Esta clasificación es realizada por **Lewis Henry Morgan** (1946) quien consideraba el progreso de la humanidad de forma lineal y evolutiva que atravesaba, mediante el cambio en la tecnología, invenciones y descubrimientos, estos tres estadios de forma natural e ineludible.

Así comienza paulatinamente el surgimiento de la ciencia moderna, que a través de la razón y el enciclopedismo sitúan al progreso como la base de la sociedad emergente. Si bien la idea de progreso de la humanidad tiene sus orígenes en la Antigüedad, en Grecia del siglo VI a.C., y continúa durante la Edad Media, siguiendo a Bury (1971), Koselleck (2012), Valcárcel (2006), a partir del siglo XVIII es donde señalamos el comienzo del triunfo o la consolidación de la **idea de Progreso**. Los científicos depositaban su confianza en la razón para explicar el mundo que los rodeaba, dejando detrás las herencias de la fe, de la superstición y de las razones divinas. Es así cómo la idea moderna de progreso, a diferencia de su interpretación religiosa en que el fin del mundo iba a presentarse, “se transforma en un futuro abierto.” (Koselleck, 2012: 99,101). En la concepción cristiana de la historia podemos identificar el pecado como origen y el Juicio Final, apocalipsis o parusía como el fin de los tiempos. Mientras que decadencia y degeneración estaban

vinculadas al sentido natural y biológico, la conciencia de un futuro incierto o abierto desnaturaliza el término progreso, desasociándolo de la metáfora del crecimiento que implica un final ineludible.

A partir de la aparición de la teoría del progreso, en la mitad del siglo XVIII, surgen nuevas concepciones de la historia. Entre ellas se encuentra la que concibe a “la historia como progreso” (Zaid, 2004), una historia universal de la humanidad “en que un despliegue gradual de potencialidades humanas recorre determinadas épocas, estadios o eras” (Bock, 1988: 73), de **Robert Turgot** (1727-1781). Él considera al progreso “constante, aunque lento, de la raza humana como un gigantesco todo, a través de períodos alternativos de calma y de crisis, hacia una mayor perfección”. En este progreso de la humanidad, la desigualdad entre las naciones se explica por la distribución desigual de talentos en las mentes de los hombres sumada a la variedad infinita de circunstancias que permiten o no desarrollar dichos dones. Al mismo tiempo que la irracionalidad e injusticia es considerada parte del desarrollo de las sociedades puesto que el “hombre avanza a fuerza de cometer errores. La historia de la ciencia muestra (como ya lo había apuntado Fontenelle) que la verdad se alcanza a partir de las ruinas de las falsas hipótesis”⁴⁷. Asimismo, resulta significativo mencionar la consideración de Turgot sobre el movimiento de la humanidad como un todo orgánico, donde el cambio en un área por encadenamiento repercute en las demás, comprendiendo así que cada estadio está conectado con el anterior como una sucesión de causa y efecto. Podríamos inferir la influencia de esta idea en el pensamiento de Edgar Morin que describiremos en el próximo capítulo.

Esta novedosa concepción moderna de la idea de progreso, basada en la reciprocidad de las ciencias y la popularidad del saber, da inicio a la sistematización del conocimiento humano plasmado en una obra colectiva, donde el progreso ilimitado es una constante, dirigida por el filósofo **Denis Diderot** (1713-1784). “Inspirada en un ejemplo inglés previo (la *Cyclopaedia* publicada por Ephraim Chambers en 1741)” (Burucúa y Glatzman, 1997: 39), y designada como la *Enciclopedia o Diccionario razonado de las ciencias, de las artes y los oficios* (1751-1765), consistía en la recolección de diversos estudios sobre el desarrollo del arte y de nuevos conocimientos científicos conocida como la principal obra del movimiento racionalista. Asimismo, mientras que en la *Suma Teológica* (1966), la teleología o creencia del curso de la historia como “la idea de que todo ser tiende a un fin - a una finalidad-” (Ferrater Mora, 1992: 714) de Santo Tomás de Aquino (1225-1274), se

⁴⁷ Podría asociarse esta idea al falsacionismo popperiano.

incorporará la totalidad del conocimiento humano unido entre sí. Es a partir de la Modernidad cuando de la historia, la filosofía y las bellas artes se desprenderían de todos los demás saberes, como veremos a través de la Enciclopedia donde el matemático y filósofo **Jean Baptiste Le Rond d'Alembert** (1717-1783) en el *Discurso preliminar* de dicha obra describe el “gran árbol del saber que echa sus raíces en una teoría cognitiva de la experiencia sensible, tomada del empirismo pregonado por Francis Bacon” (Burucúa y Glatsman, 1997: 40).

Así, los valores de razón y progreso impactaron especialmente en Francia e Inglaterra -Rousseau, Hume, Voltaire- y encontrarían su punto culminante o esplendor en la Revolución Industrial y la Revolución Francesa. Los enciclopedistas consideraban como un axioma a la progresividad del saber y creían que la naturaleza humana era infinitamente maleable a través de la educación y las instituciones. Entre ellos, junto a Bury (1971: 154-156) destacamos la figura de **Helvetius** y su obra *De l'esprit* (1758) puesto que allí expresa que la desigualdad entre los hombres se debe a diferencias de educación y circunstancias sociales, entonces, “no existe una barrera infranqueable entre las razas avanzadas de la tierra y las estacionarias o regresivas”, lo cual brinda la oportunidad de “moldear indefinidamente el carácter de los hombres mediante las leyes y las instituciones” y de “levantarse la teoría de la perfectibilidad de la humanidad” que impacta en el impulso de la teoría del Progreso. Y más aún, concibe “su aplicabilidad no sólo a los pueblos que se hallaban en la vanguardia de la civilización, sino también a aquellos que permanecían retrasados y podían parecer irremediabilmente bárbaros, incluyendo así potencialmente a toda la humanidad en los prospectos del futuro”. Es significativo señalar, como indica Bury, que esta creencia contemplaba así a todos los pueblos del mundo, puesto que en aquel momento en Francia había un gran interés por las civilizaciones desconocidas de Oriente, por las razas salvajes de América y de África.

Entre los enciclopedistas, si bien no coincidían en cuanto a principios, surge otro grupo que divulgaba la idea de progreso. Durante el siglo XVIII, aparecen “los economistas franceses o <<**Fisiócratas**>>, como se les llamó después, que formaron una escuela bien delimitada antes de 1760 –Quesnay era el maestro y el resto lo constituían Mirabeau, Mercier de la Rivière y otros-” (Bury, 1971: 160), quienes consideraban que el fin de la sociedad era la obtención de la felicidad terrenal y que las comunidades políticas constituían un “Orden Natural” -*Fisiocracia* es justamente la supremacía del Orden Natural-. Éste era el organizador de la sociedad, de él dedujeron sus enseñanzas

económicas que permitirían la mayor multiplicación posible de productos, a fin de procurar a la especie la mayor cantidad de felicidad con el máximo de población. La felicidad es entendida como “la mayor abundancia posible de objetos capaces de darnos satisfacción y en la máxima libertad para gozar de ellos”.

Es en aquel entonces como la economía de Francia estaba basada en la producción agraria, éste era considerado el único sector productivo mediante el cual se obtenía realmente excedente para ser distribuido a los demás sectores. Los fisiócratas además rechazaban las medidas proteccionistas y las regulaciones del comercio exterior, es decir, permitían hacer en el interior y el libre intercambio en el exterior, más conocida como política de *laissez faire* - “*laissez faire, laissez passer*”. Es significativo mencionar aquí, en palabras de Roberts (1989: 67) que la instauración del *laissez-faire* fue una adaptación pacífica social requerida ante la extraordinaria expansión de la riqueza que estaba experimentando Inglaterra. Contrarios a las políticas mercantilistas, los fisiócratas proclamaban reducir al mínimo la intervención del Estado y sostenían el funcionamiento de los mercados, precios y factores libres. Para ellos la verdadera riqueza se medía por la capacidad de producción y no por la acumulación de riquezas -oro y plata-, incluso, de acumularse no habría inversión en el sector agrícola que es lo que a ellos les importaba. Así creían que el interés individual, por la ambición de los actores económicos, conduciría al bienestar general. En resumen, mientras que los mercantilistas sostenían que los países debían tener capacidad para atesorar, los fisiócratas creían que en realidad debían tener capacidad de producir.

El fundador de esta escuela, **François Quesnay** (1694-1774) elaboró en su *Tableau Economique* la idea de “flujo circular de la renta” para la cual la riqueza producida por los agricultores circulaba entre las diferentes clases sociales -campesinos, artesanos, terratenientes- que consumían esta riqueza en distintas proporciones. Este reconocido pensador participaba en la redacción de artículos para la citada *Enciclopedia* de Diderot. Al respecto, Ekelund y Hébert (1992) destacan la contribución de los fisiócratas en proyectar el método deductivo en economía y construir los primeros modelos económicos.

Entre los fundadores de la escuela económica -y que no se identificaba con los fisiócratas- localizamos al mencionado Turgot quien, como anticipamos, propuso dos leyes de desarrollo: la primera consideraba que “cuando un pueblo se halla progresando, cada paso que da causa una aceleración en el ritmo de progreso”, y la segunda, prever la famosa *ley de los tres estadios* de Comte –estadios teológico, metafísico y positivo- en la

evolución intelectual (Bury, 1971: 145-146). En su pensamiento, como indica Bock (1988: 74) sobre las “teorías del desarrollo”, hallamos además la explicación a que las diferencias culturales en la humanidad se deben a los diversos grados de desarrollo -interpretados como cambios institucionales- que ésta presenta siendo ella una misma especie y el hombre siendo el mismo en todos tiempos y lugares, por lo que el progreso es uno solo para toda la humanidad. La influencia de su pensamiento en la creencia en el progreso la veremos más adelante manifiesta en la figura de **Condorcet** quien consideró a aquel como “el primer filósofo del progreso” y también presentó en 1793 su propio *Esbozo de un cuadro histórico de progresos del espíritu humano* donde declara que aun pasando por malos momentos, el ser humano avanza siempre hacia un futuro mejor.

A continuación, “los Economistas tuvieron como primer principio el valor eudemonístico de la civilización, mantuvieron que la felicidad temporal es alcanzable y lanzaron todo su peso en la balanza en contra de las doctrinas regresivas que habían encontrado un poderoso defensor en **Rousseau**” (Bury, 1971: 162). Éste, en su *Discours sur l'origine et les fondements de l'inégalité parmi les hommes* o *Discurso sobre la Desigualdad* (1992) relata cómo el derecho prevaleció sobre la fuerza, obligando a los fuertes a servir a los débiles y al pueblo a adaptarse a una felicidad ficticia por sobre la real. Al considerar el estado de naturaleza, mientras Hobbes (1588-1679) (2009) lo pensaba como un estado de guerra permanente y Locke (1632-1704) (1973) como uno de paz, Rousseau (1712-1778) (1992, 1999; Bury, 1971) consideraba a la familia como la más primitiva y primer modelo de todas las sociedades y que, luego de vivir separadas, cuando diversos grupos de familias comenzaron a unirse, desprovistas de un órgano superior o leyes, alcanzaron el estadio más feliz de la especie humana.

Asimismo, Rousseau (1992) concebía en la especie humana dos clases de desigualdades. La primera que llama natural o física, se refiere a la establecida por la naturaleza y que consiste en las diferencias de edad, de salud, de fuerza corporal, y de cualidades intelectuales o espirituales; mientras que la segunda la podremos llamar, dice, desigualdad moral o política porque ella depende de una suerte de convención y que es establecida o al menos autorizada por el consentimiento de los hombres. Esta consiste en los diferentes privilegios, en los cuales unos disfrutaban, en perjuicio de los otros, como de ser más ricos, más venerados, más poderosos, o incluso haciéndose obedecer. En consecuencia, se propone en su discurso “*marquer dans le progrès des choses le moment où le droit succédant à la violence, la nature fut soumise à la loi; d'expliquer par quel*

enchaînement de prodiges le fort put se résoudre à servir le faible, et le peuple à acheter un repos en idée, au prix d'une félicité réelle.”⁴⁸ (Rousseau, 1992: 168). A través de Rousseau, la teoría del progreso comienza a asociarse con la idea de igualdad, si bien se trata de una idea de igualdad parcial que desracionaliza determinadas jerarquías entre los hombres (presupone que deben desaparecer las jerarquías entre la nobleza y la burguesía tanto para el acceso al poder político como para el ejercicio de las libertades), pero deja fijas otras que son construidas como “naturales”, como las diferencias de género, étnicas y de clase social.

En ese sentido, Bury (1971: 169) señala cómo el llamado progreso se interpretó como una regresión por la desigualdad que produjo al originar una minoría ilustrada privilegiada con masas de campesinos ignorantes, y cómo Rousseau intenta a través del *Contrato Social* (1999) revertir esta idea al destacar la igualdad por encima de la teoría de la degradación.

La idea de progreso francesa influenció a los pensadores de Inglaterra. Entre estos, nos interesa destacar a **Adam Smith** (1723-1790), considerado uno de los padres fundadores del liberalismo y la economía clásica, a través de quien surge la Economía Política. Es reconocido por su obra *Investigación sobre la Naturaleza y Causa de la Riqueza de las Naciones*, publicada en 1776, donde introduce el concepto de la *mano invisible* para señalar que en los mercados existe un orden automático, es decir, una autoregulación que designa a las personas a funcionar acorde a la necesidad de su sociedad. Esta doctrina elimina las ideas medievales señaladas donde la economía estaba organizada en forma piramidal según una jerarquía compuesta por la nobleza y el clero, con sus privilegios por encima de la pirámide, y, por debajo, los campesinos y artesanos sin aquellos beneficios. Resulta aquí oportuno señalar la vinculación que el economista establecía entre el crecimiento económico y la división del trabajo. Para él, la división del trabajo favorecía el aumento de la producción porque incrementa la destreza de cada operario ya que realiza la misma tarea repetidamente; el trabajador no necesita cambiar de tarea, esto ahorra tiempo; al ser la tarea simple y rutinaria, se puede inventar una máquina para aumentar la productividad. El autor también elaboró la *teoría del valor* para la cual el precio del mercado está determinado por la cantidad de trabajo utilizada para la producción. Dicho de otro modo, la eficiencia y el valor de un bien se mide por la cantidad

⁴⁸ “Señalar en el progreso de las cosas el momento donde el derecho sobreviene a la violencia, la naturaleza se somete a la ley; explicar por cuál encadenamiento de prodigios el más fuerte puede decidir servir al más débil, y el pueblo a comprar un descanso en idea, al precio de una felicidad real.” Traducción propia.

de trabajo incorporado en el proceso de su producción -horas de trabajo por unidad de producto-. Lo cual nos conduce al razonamiento de que al ser más eficiente en un trabajo, le conviene especializarse en el mismo. De allí surge la *Teoría de las Ventajas Absolutas* para la producción interna y el comercio exterior. Es decir, la especialización total de producción en aquel bien en el que se es más eficiente como criterio de especialización. En consecuencia, exportar este bien en el cual se es eficiente e importar el bien en el cual se es ineficiente.

Así entendemos que para Adam Smith la riqueza de las naciones no se mide por la acumulación, como sostienen los mercantilistas, sino por el nivel productivo de bienes y servicios. Al igual que los fisiócratas considera que se debe restringir la intervención del Estado, éste no es necesario, y conducir una política de *laissez faire*. Rechaza el monopolio y se proclama a favor de la libre competencia, libre de toda intervención estatal, ya que para él se trata de un juego de suma variable, es decir, que ambos se benefician. También defiende la idea de que el beneficio egoísta conduce al equilibrio ya que hay una mano invisible en el mercado que lo mantiene de ese modo, equilibrado. En definitiva, la idea de que “el libre comercio entre todos los pueblos del mundo, no obstaculizado por las políticas gubernamentales, contribuía a la obtención de las mayores ventajas que para cada individuo representaba un ideal de <<solidaridad>> económica del género humano, que es uno de los elementos del ideal de Progreso”; la obra de Smith describe la historia del progreso económico de la humanidad y sostiene la posibilidad de un aumento indefinido de la riqueza y el bienestar (Bury, 1971: 201).

El pensamiento de Adam Smith se desarrolló durante plena **Revolución Industrial** en Inglaterra y Francia. La revolución industrial que comenzó, a fines del siglo XVIII, en Inglaterra provocó cambios en todos los ámbitos de la sociedad, estableciendo las bases de lo que actualmente reconocemos como *capitalismo*. Las modificaciones en las técnicas productivas se debieron al uso del vapor como una fuente de energía que se aplicó en diversas actividades, por ejemplo en el transporte tanto para el ferrocarril como para los barcos, y especialmente su utilización en maquinarias que reemplazaron los telares de uso manual de tal modo que dieron comienzo a la industria del textil en 1769. El surgimiento de fábricas dio a su vez origen a una nueva clase de trabajadores conocidos como obreros y también, posteriormente, llamados proletariado. La utilización de máquinas en la fábrica posibilitó mayor producción en menor tiempo y a un menor costo. El movimiento de población del campo a la ciudad, éxodo rural y urbanización, que produjo la revolución

provocó el surgimiento de un nuevo tipo de sociedad conocida como *sociedad industrial*.

Este proceso sociopolítico de ascenso de la burguesía, en Francia, culminó en la **Revolución de 1789** y la proclamación de los principios de *libertad, igualdad y fraternidad* junto a la *Declaración de los Derechos del Hombre y de los Ciudadanos*; en cuyo seno **Condorcet** (1743-1794) otorga contenido al concepto de progreso, centrándolo en la supremacía de la razón sobre la pasión y la reorganización racional de la sociedad cuyo último fin sería la igualdad entre las naciones y los hombres. (Bury, 1971: 194-195; Bock, 1988: 74). Así queda explícito en su obra *Esquisse d'un tableau historique des progrès de l'esprit humain* (1798), en la cual declara que el progreso es inevitable y que “*Nos espérances sur l'état à venir de l'espèce humaine, peuvent se réduire à ces trois points importants: la destruction de l'inégalité entre les nations; les progrès de l'égalité dans un même peuple; enfin, le perfectionnement réel de l'homme.*”⁴⁹(1798: 33). Resulta revelador destacar en su idea de igualdad del género humano el deseo de descartar la distinción entre razas avanzadas y retrasadas dado que no hay pueblo que no pueda ejercitar el uso de la razón.

De estos sucesos podríamos inferir que el progreso “se trata de un proceso que se corresponde, de un modo aún por investigar, en el ámbito político con la Revolución francesa y en el económico con el comercio mundial y la Revolución Industrial”. Se trata de un “singular colectivo” que, consolidado en el siglo XVIII, contempló “una experiencia cada vez más compleja” que se expandió, y para el siglo XIX el vocablo progreso se transformó en una expresión política imprescindible en la formación de partidos políticos y su legitimidad. (Koselleck, 2012: 106). En el contexto de los cambios producidos por las revoluciones industrial y francesa, destacamos el surgimiento de la sociología como ciencia a través de los estudios del **Conde de Saint-Simon** (1760-1825), **Augusto Comte** (1798-1857) y **Karl Marx** (1818-1883), considerados sus fundadores.

A través de Hobsbawm (1998: 18-19) podemos describir al mundo de ese entonces como preponderantemente rural, donde únicamente podían clasificarse como urbanas a aquellas zonas que poseían los más elevados números de habitantes, en este caso, las dos ciudades europeas con la mayor población eran Londres y París. Para Bury (1971) era un lugar común decir que estas dos ciudades eran los dos grandes focos de la civilización y

⁴⁹ “Nuestras esperanzas sobre el futuro de la especie humana puede reducirse a tres puntos importantes : la destrucción de la desigualdad entre las naciones ; el progreso de la igualdad en un mismo pueblo; en fin, la perfección real del hombre.” Traducción propia.

nunca se perdió el contacto intelectual entre ambas. Hasta aquí se extiende el primer período incidental, según este autor, de la idea de progreso durante el cual se la admitía sin cuestionamientos. Luego, el inicio del segundo período es la asociación de la idea de progreso a la interpretación de ésta como una ley a través de la figura de **Saint-Simon** y los citados pensadores quienes dieron inicio a la nueva ciencia de la sociología en cuyo seno se estudiaría la idea de progreso.

Respecto a lo que nos interesa en la presente investigación, es significativo mencionar que aquí podría indicarse la consolidación de la asociación cada vez más estrecha entre la idea de progreso y la idea de desarrollo: “los impresionantes resultados de la ciencia aplicada a las necesidades y comodidades de la vida hicieron cobrar importancia a la idea, que se armonizaba con la noción de <<desarrollo>>, que era moneda corriente en las ciencias naturales y en metafísica. Los socialistas y otros reformadores sociales recurrieron a ella como evangelio”; asimismo, en ellos encontramos que la concepción del progreso ya no comporta el infinito sino por el contrario “Si las esperanzas del milenio pueden alcanzarse de un golpe mediante una determinada estructuración de la sociedad se habrá alcanzado la meta del desarrollo”, es decir, el ideal de una civilización estable y rígida de hombres felices. De este modo, nos encontramos con dos teorías sobre el progreso vinculadas a dos teorías políticas diferentes de las cuales surgirán los dos modelos de desarrollo, mencionados por Morin, que se consolidan en el mundo de 1945: los idealistas constructivos y socialistas para los cuales el desarrollo humano es un sistema cerrado, su meta es conocida y está a nuestro alcance. Y, por el otro lado, aquella teoría política conocida como liberalismo cuyo tema central es la libertad individual, la cual considera que el desarrollo no tiene fin, que su meta es desconocida y que el ser humano “mediante el mismo juego entrecruzado de fuerzas que le han conducido hasta donde se encuentra y mediante un mayor desarrollo de la libertad que tantos esfuerzos le ha costado ganar, marchará lentamente hacia unas condiciones de progresiva y creciente armonía y felicidad.” (Bury, 1971: 213-214, 299).

Respecto de la primera concepción de la teoría del progreso mencionada, al considerar Saint-Simon que la historia era una sucesión alternativa de épocas de organización y revolución propone la mejora de la clase trabajadora como primer paso hacia la “meta del desarrollo”, dado que ésta es la felicidad social y que aquella conforma la mayoría de la población. Así, en la persecución de esta meta, rechaza al liberalismo - orientado hacia la democracia, libertad e igualdad- y presenta como propuesta al

socialismo. Es decir, una organización social ya no basada en la religión sino en la ciencia en la cual la autoridad estatal promovería el progreso de forma gradual (y no por medio de revoluciones) a través de la clase trabajadora compuesta por artistas, científicos y obreros industriales. Esta organización se inspira en la existencia de *continuidad* en la historia del principio de asociación entre los seres humanos, por ello, proclama que la explotación de los débiles por los fuertes que paulatinamente fue disminuyendo conduce en sus tiempos a una sucesión de la propiedad privada de la familia hacia el Estado conformando, en consecuencia, una sociedad socialista.

La filosofía no socialista del sucesor de Saint-Simon, **Auguste Comte** (1798-1857) cuyo mentor fue Condorcet, es considerada también en palabras de Bury parte del anuncio de una nueva era de desarrollo. En cuanto a la idea de progreso, Burucúa y Glatzman (1997) señalan dos etapas, la ilustrada que abarca desde el siglo XVIII hasta 1830 y desde allí, la segunda, apodada romántico-positivista que se extiende hasta el estallido de la Primera Guerra Mundial. La cuestión del progreso comenzó a ser tratada por la sociología que intentó revelar sus leyes. Comte elaboró los principios de la filosofía positiva en su obra *Cours de philosophie positive* (1830) cuya idea ya había sido expuesta por su maestro, y *Discours sur l'esprit positif* (1844) en la cual surgiría su “ley de los tres estadios” que ya hemos referenciado con Turgot sobre el conocimiento y el curso de la historia de la humanidad a través de la transición por esos estadios. Los estadios teológico, metafísico y positivo o científico son las diferentes etapas por las que atraviesan los humanos para explicar los fenómenos naturales. Al atribuir esta ley respecto al desarrollo histórico, aclara Bury (1971: 264), existen diferencias entre las ramas del saber que no avanzan simultáneamente; de lo que se desprende que el progreso para Comte sería un movimiento indefinido, oscilante, desigual y variable, que si bien el ser humano puede acelerar o retrasar el movimiento, no puede invertir su orden y que “se debe a un instinto profundamente enraizado y complejo, que impulsa al hombre a mejorar constantemente su situación, a desarrollar por todos los medios su vida física, moral e intelectual”. Asimismo, dado que la naturaleza del hombre es permanente, Comte señala que el progreso de la sociedad será el mismo en toda época y lugar y que las diferencias de una nación a otra se deben al ritmo en el “grado de desarrollo a lo largo de una misma línea” (Bock, 1988: 84).

En su conciliación positiva del orden y del progreso, declara que ni la metafísica ni la teología podrían considerarse un “verdadero *progreso*, o sea un avance continuo hacia una meta determinada” sino que éste indiscutiblemente se ve manifestado en el conjunto de los

estudios científicos (Comte, 1982: 111). En este sentido, Bury revela un quiebre entre las teorías sobre el progreso del siglo XVIII para las cuales la idea de progreso es de uno *indefinido*, y la de Comte quien considera un progreso *continuo*; del mismo modo, podríamos considerar que esto también lo señala Bock (1988: 84) cuando describe a la interpretación de Comte como progresiva y no cíclica de la historia en la cual “el progreso está determinado; no puede revertírsele, ni es posible saltar estadios”. Es significativo aquí mencionar la penetración del positivismo en el ordenamiento de los nuevos estados independientes de América Latina; en este sentido, al lograr su independencia en 1822, cómo inspirada en las ideas positivistas la nueva bandera de Brasil llevaría la leyenda “Orden y Progreso”⁵⁰.

Durante la segunda mitad del siglo XIX, la apertura de América Latina al comercio mundial se desarrolla esencialmente en el establecimiento de una relación bilateral con Gran Bretaña, quien se vio favorecida por el descuido de España hacia sus posesiones coloniales, a causa de la invasión bonapartista. La descomposición del sistema comercial español, el crecimiento del poder marítimo británico y la Revolución Industrial posibilitaron que la corona inglesa adquiriera un rol destacado en la reorganización de los nuevos Estados independientes. Alcanzada la independencia, se esperaba que de sus ruinas surgiera una nueva organización. No obstante, ésta no había causado una profunda ruptura con el antiguo orden, ya que “las estructuras socioeconómicas heredadas del período colonial pasan casi intactas a los nuevos Estados nacionales emergentes” (Kaplan, 1969: 115). Del ciclo post-independentista caracterizado por la anarquía se pasa a la consolidación paulatina de las instituciones donde prevalecen un conjunto de actores políticos de perfil liberal.

La aplicación de las ideas positivistas al nuevo medio permite proponer como fin y también como objetivo al *progreso*. (...) Recordemos que para el mismo Comte el progreso no era otra cosa que el “desarrollo del orden”. (...) El triunfo de los sectores liberales sobre los conservadores o tradicionales significó, si no cambios siempre decisivos en los países, sí su modernización, una de cuyas notas fue la secularización de la vida como rechazo y negación de los resabios de los hábitos coloniales. Weinberg (1998: 55-56)

Así ilustra el impacto desigual de la idea de progreso de Europa Occidental en **América Latina**, Gregorio Weinberg en su obra sobre *La ciencia y la idea de progreso en América Latina*. Además, señala claramente la diferencia entre el proceso de la Revolución Industrial para los países donde ocurría y para América Latina donde repercutía:

⁵⁰ Respecto a la penetración de la corriente positivista en Brasil, e incluso para profundizar la influencia de este pensamiento en la región, encontramos un estudio más exhaustivo en *Iberoamérica Historia política y cultural*. de O. Carlos Støetzer (1998), Bs As: Docencia.

Los excedentes acumulados por nuestros países no se invertirán con modernos criterios económicos ni productivos (tampoco existirán las clases sociales ni los estímulos o expectativas necesarios para hacerlo), sino que, antes bien, se derrocharán muchas veces en consumos conspicuos y suntuarios, actitud que bien pronto tenderá a propagarse. En cierto sentido por lo menos, aquí *progreso* parecería sinónimo de consumir más cosas y cada vez más refinadas y complejas. Weinberg (1998: 51)

A mitad del siglo XIX, con el advenimiento de las corrientes liberales, el modelo agroexportador condujo a América Latina a su inserción en el sistema de división internacional del trabajo. El crecimiento de la economía y la influencia del pensamiento de **David Ricardo** (1772-1823), incentivaron la especialización. Las ideas del considerado padre del liberalismo, Smith, fueron desarrolladas y formalizadas por Ricardo quien señaló las *ventajas comparativas* que tenía un país en el comercio internacional a través de la especialización en la producción donde cada país produce el bien en el que es más eficiente. En el caso en que un país resultara ser eficiente en más de un bien, el modelo de Ricardo aconseja especializarse y comercializar el bien en el cual se posee una eficiencia relativa mayor ó una eficiencia relativa menor. En conclusión, para que un país se beneficie del comercio es necesario que existan diferencias entre los precios relativos.

Mientras Estados Unidos abandona su indiferencia hacia América Latina con políticas intervencionistas y cooperativas, en Europa prevalece el imperialismo. Los cambios producidos a comienzos del siglo XIX identificaron dos tipos de sociedades, aquella conocida como *sociedad tradicional*, y la surgida a partir de la revolución industrial, la *sociedad industrial o moderna*. Hobsbawm (1998) señala cómo las palabras revelan más que las fuentes documentales una época, para ejemplificar, en este período aparecen las terminologías industria, fábrica, clase trabajadora, clase media, capitalismo, socialismo, nacionalismo, científico, proletariado y crisis económica, entre otras. Al mismo tiempo, este período del “triunfo de la nueva sociedad burguesa” dice que es también “la historia de la aparición de nuevas fuerzas que un siglo después de 1848 habrían de convertir la expansión en contracción.” (1998: 9-11). En 1848, **Karl Marx** (1818-1883) publicó junto a **Friedrich Engels** (1820-1895) el *Manifiesto del Partido Comunista* en el cual expresa sintéticamente su visión de la historia de la sociedad humana como un proceso dinámico a través de la lucha de clases. Su interés por la representación de etapas históricas, señalado por Bock (1988: 92), se manifiesta al describir a las mismas en “estadios en el desarrollo de las formas de propiedad: tribal, antigua, feudal y capitalista” y, del mismo modo, al considerar los modos de producción en “asiático, antiguo, feudal y moderno”. De ahí que señala que la propiedad tanto como la producción tenían una sola

historia para diferentes lugares y épocas, así como también eran consideradas categorías universales. La influencia del evolucionismo en el pensamiento de Marx y Engels para la reconstrucción histórica, indica Bock, queda manifestada entre otras explícitamente en la referencia que este último hace al libro *La sociedad primitiva* del citado evolucionista Lewis Morgan en su obra *Origen de la familia, la propiedad privada y el Estado a la luz de las investigaciones de Lewis H. Morgan* (1884)⁵¹.

Por otra parte, respecto al pensamiento económico, la teoría del valor-trabajo que elaboró Marx consiste en que el valor de los bienes se obtiene de la cantidad de trabajo necesario para producirlos. La noción de *plusvalía* que aparece en su pensamiento, revela la explotación por el capitalista -dueño de los medios de producción- del trabajador sobre la diferencia entre el salario que recibe éste por su trabajo y el valor real del mismo producto. Esta idea se complementaría, luego, en 1865 con la publicación del primer volumen de *El Capital* inspirado en el conjunto de pensadores que intentan esbozar una ley del desarrollo de la sociedad. En el caso del marxismo, la transición de un sistema capitalista a uno socialista se realizaría por medio de revoluciones. El modelo económico de Marx ilustraba cómo el capitalismo conduciría inevitablemente a su autodestrucción. “Lo que hizo el marxismo fue aceptar la premisa elemental de la ideología liberal (la teoría del progreso) y añadirle dos características específicas cruciales. El progreso se consideraba como algo realizado no de manera continua sino discontinua, es decir, mediante revoluciones” (Wallerstein, 1998: 20).

Los límites de la ciencia económica como disciplina no estaban bien definidos hasta el siglo XIX, donde se la aísla completamente de la intervención del Estado como agente económico, es la transición de la popularmente conocida como “Economía Política”, por la influencia de las teorías liberales, a sólo “Economía”. Esta disciplina, que se encontraba en ocasiones en la facultad de derecho y en la de filosofía, reemplazaría el centro de atención de los comportamientos económicos socialmente constituidos por una psicología individual universal que sustentaba la idea de *laissez-faire* (Wallerstein, 1996). Este momento histórico es en el cual las Ciencias comienzan a separarse estableciendo su propio campo de interés para estudiar los problemas de los hombres.

Casi todas las ramas de la ciencia reciben extraordinaria extensión, y exigen a sus representantes especializarse en un dominio relativamente estrecho de la investigación. (...) Los éxitos de orden técnico confieren poco a poco a la investigación teórica un prestigio que

⁵¹ Para conocer más ejemplos de la influencia del evolucionismo en el pensamiento de Marx y Engels recomendamos la lectura de las páginas 92 y 93 del citado capítulo de Bock (1988).

estaba lejos de gozar en el pasado. Su creciente autoridad le permite hacer valer su influencia en un dominio que en tiempos pasados estaba casi exclusivamente reservado a la religión: la ciencia comienza a volverse orientadora de la vida y principal guía de la cosmovisión general del hombre (Papp, 1988: 157).

A través de los cambios producidos por las revoluciones, industrial y francesa, la estabilidad o el cambio del nuevo orden fue de aliciente para los padres de la sociología quienes estudiaron los cambios en la sociedad siendo la idea de progreso uno de sus temas principales de estudio puesto que las investigaciones se centraban en la búsqueda de una ley que la explicara y le diera sustento. Recordemos aquí, como hemos mencionado, la influencia de la idea de “desarrollo” (palabra proveniente de las ciencias naturales y metafísicas) a la manifestación que producía aplicar la ciencia a las necesidades y comodidades de la vida. En este segundo período señalado por Bury (1971: 299) de la idea de progreso, atento a lo acontecido en su época, Marx elaboró una teoría sobre la evolución social condicionada por el contexto económico y basada en la lucha de clases antagónicas –amos y esclavos, señores feudales y siervos, capitalistas y obreros- como el motor de la historia, es decir que ésta se desenvuelve en diferentes etapas hasta alcanzar la meta que es erradicar este enfrentamiento de clases. Éste se logrará en la fase final que es el comunismo.

Respecto al tercer estadio de la idea de progreso, Bury lo vincula con la aparición del *Origen de las Especies* de **Charles Darwin** (1809-1882) de 1859 que convirtió la especulación alrededor de la noción de desarrollo biológico en una doctrina de la evolución de la vida. “La secularización del conocimiento promovida por la Ilustración fue confirmada por la teoría de la evolución, y las teorías darwinianas se extendieron mucho más allá de sus orígenes en la biología.” (...) “tuvo una influencia muy grande en la teorización social por medio de la metaconstrucción aparentemente irresistible de la evolución, donde se ponía gran énfasis en el concepto de la supervivencia del más apto.” (Wallerstein, 1996: 33). Tales ideas basadas en la selección natural de las especies, inspiraron a su primo **Francis Galton** (1822-1911) para elaborar una teoría conocida como *eugenesis* cuyo fin era el mejoramiento de la raza humana y así alcanzar el progreso social. De ahí que Bock (1988: 89) señala a fines del siglo XIX y comienzos del XX, la divergencia entre los teóricos del progreso que pensaban en éste como inevitable y aquellos otros, denominados *darwinistas sociales*, que proclamaban la intromisión del ser humano en este proceso. Entre los filósofos evolucionistas y eugenistas, encontramos al biólogo **Thomas Henry Huxley** (1825-1895) apodado el “perro dogo de Darwin” cuyo nieto **Julian S. Huxley** (1887-1975) “había propuesto medir el progreso <<a posteriori>>

siguiendo líneas de especies de <<inferior a superior>>. Imposible sin eludir, claro, un juicio de valores y caminos circulares que nos empujan de la idea de *superior* a la de *progreso* y viceversa” (Agusti, Wagensberg, 1998: 19). Éste, se convertiría en el Primer Director General de la UNESCO de 1946 a 1948. Asimismo, hallamos a **Herbert Spencer** (1820-1903) quien condujo la influencia de la evolución hacia la sociología y la ética en la búsqueda de la perfectibilidad humana, así como también proclamaba la disociación de la idea de progreso con la felicidad.

En el caso del principio ético, Bury (1971: 310) describe cómo el pensar en la posteridad fue un regulador de la conducta moral puesto que comenzó a tomar fuerza con la doctrina del progreso. El interés en las generaciones futuras quienes disfrutarían “las condiciones de felicidad que nosotros no podemos alcanzar pero que nuestros desvelos y sufrimientos ayudarán a conseguir. Si se defiende la teoría en su forma más fatalista, nuestro deber consiste en resignarnos con alegría a los sacrificios en beneficio de descendientes desconocidos...”. De aquí surge interesante destacar que en el posterior desenvolvimiento de las ciencias sociales, se considera al progreso indefinido como un axioma. En vistas a las generaciones futuras, en cambio, anteriormente **Thomas Robert Malthus** (1766-1834) nos ofrece una mirada diferente puesto que en lugar de felicidad proclama que a la humanidad en el futuro le espera el hambre. Sus ideas, expuestas en la obra *Essay on the principle of population as it affects the future improvement of society* (1798), consideran que a mayor incremento de la población, debido a los avances alcanzados, por encima de la capacidad de producción de alimentos conducirá a los seres humanos al hambre y la imposibilidad de alcanzar la perfección humana. Según relata Briggs (1989: 38), este ensayo fue utilizado durante la sociedad industrial para incidir en la reducción del “número de hijos de las familias pobres y mantener la benevolencia ausente de las leyes relativas a los necesitados”.

El pesimismo de la obra, en palabras de Nisbet (1986: 306-307), se fue debilitando convirtiendo a Malthus en un optimista que creía en la posibilidad del mejoramiento de la humanidad como se manifiesta en su obra *Principles of Political Economy* (1848) en la cual declara que “gracias al aumento de la prosperidad económica general y al aumento de los salarios, la clase obrera acabaría convirtiéndose en una clase media de gustos muy renovados que, por primera vez, sería capaz de imponer los frenos de la moral o la prudencia a la procreación”. El cambio en su visión acerca del futuro, podría deberse a las transformaciones que estaban ocurriendo en relación al gran aumento de la producción e

intercambios comerciales en el mundo que incrementaron paralelamente la riqueza. Es aquí en la segunda mitad del siglo XIX que situamos al surgimiento de una *economía internacional* por el aumento en tamaño y extensión de los intercambios internacionales junto a su impacto en la economía doméstica, siguiendo a Ashworth (1977: 221); también, en palabras de Hobsbawm (2010), que el mundo se hizo capitalista y surgió un grupo minoritario de “países <<desarrollados>>” que se convirtieron en economías industriales. El historiador (Hobsbawm, 2010: 45-50) encuentra las causas de este progreso, al cual él asocia a la expansión económica, en el incremento de la producción que al no encontrar mercados internos para sus productos buscó consumidores en otras áreas geográficas, merced a la utilización de los nuevos medios de comunicación que ampliarían la economía capitalista, pero este crecimiento se desplegaría en forma desigual. La industrialización creció exponencialmente, al incorporar el ferrocarril, el buque a vapor y el telégrafo. Hobsbawm destaca la importancia de esto puesto que ofreció el sustento para el incremento del comercio e inversión internacional a través del auge exportador de capital y hombres, especialmente por Gran Bretaña quien vendía sus productos manufacturados a los países productores de materias primas quienes a su vez les vendían estas a aquél. Además, el descubrimiento y disponibilidad de lingotes de oro en California, entre otros lugares, que incrementó la cantidad de monedas acuñadas (en Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos), favoreció la creación de un sistema monetario basado en la libra esterlina, ligada en la paridad fija del oro. Por tales condiciones, dice, sumado al avance de la industria surgió unanimidad en creer que el liberalismo económico era la fórmula del crecimiento económico o, dicho de otro modo, la liberación crea el progreso económico.

2.3. Crisis de la idea de progreso: de la Iª Guerra Mundial al crack del '29

Las evidencias del progreso entre fines del siglo XIX y principios del XX, nos indica Friedmann (1977), pueden resumirse en la paulatina elevación segura del nivel de vida de las clases medias tanto como de una parte de la clase obrera y campesina; en el avance técnico y los descubrimientos biológicos; y finalmente, en los aportes de la “organización científica del trabajo” de **Frederick Winslow Taylor** (1856-1915) y la “división metodológica de las tareas del trabajo para una producción en masa” de **Henry Ford** (1863-1947) que describiremos más adelante. Estos éxitos condujeron a la creencia, entre los científicos quienes la difundieron y generalizaron a toda la población, en la idea de

progreso como mejoramiento social.⁵² Podríamos mencionar que la idea de progreso se sustentaba teniendo en cuenta ciertos indicadores, particularmente aquellos tangibles y cuantificables. Para ejemplificar, el progreso se observaba en las exposiciones universales (la primera se realizó en Londres en 1851); en el avance técnico en la producción; y también en las ciencias respecto al conocimiento sobre las enfermedades. Estos avances que parecían irreversibles cuando se volvieron reversibles, especialmente durante la primera y segunda guerra mundial, indica el autor, transfirieron la crisis a la idea de progreso.

La idea de progreso comenzó a cuestionarse hacia fines del siglo XIX, desencadenando definitivamente en crisis con la primera guerra mundial. Como describe Castoriadis (1986: 29-30), durante este período que se produjo la primera guerra mundial, la gran depresión, el ascenso del fascismo y nazismo y la probable nueva guerra mundial, “provocaron un colapso de la ideología oficial. La <<crisis del progreso>> fue el tema de la década del ’30”. Esta crisis, enfatizan Burucúa y Glatzman (1997: 67-68), ya se vislumbraba en pensadores como **Friedrich Nietzsche** (1844-1900) en los años ‘80 quien analizó el sistema de valores morales y cognoscitivos en la civilización europea, o en **Sigmund Freud** (1856-1939) quien en 1920 estudió la represión psíquica y el principio de muerte presente en el inconsciente de los seres humanos y lo vinculó a la violencia europea. También mencionan a los intelectuales **Walter Benjamin** (1892-1940), **Martín Heidegger** (1889-1976) y **Michel Foucault** (1926-1984) como exponentes de las críticas a la idea de progreso, para concluir Burucúa y Glatzman que es necesario, ante las consecuencias destructivas que genera la investigación científica, como por ejemplo la tecnología nuclear y las manipulaciones genéticas, la elaboración de una noción crítica de progreso que incluya a su vez las contradicciones del mismo. Con lo cual podríamos pensar que los autores están parcialmente inscriptos en la propuesta de Morin sobre el desarrollo. Asimismo, podríamos relacionar este clima intelectual con la descripción de “la retirada del racionalismo” que reseña Friedmann (1977) o el “desafío irracionalista” que relata Briggs (1989). Éste, por su parte, visualiza que mientras que los “filósofos positivistas y los sabios naturalistas habían desafiado la autoridad de la religión, a mediados de siglo; en el decenio de 1890, ellos, a su vez, se enfrentarían con un desafío irracionalista” (1989: 137).

⁵² Un estudio más exhaustivo sobre los éxitos y fracasos de la época es presentado por Wallace, A. (2011) en su libro *The Wonderful Century: Its Successes and its Failures* (Cambridge Library Collection - British and Irish History, 19th Century). Cambridge: Cambridge University Press.

Más específicamente, a fines del siglo XIX nos encontramos frente a la crisis de la física mecanicista fundada en el rechazo de las ciencias y la racionalidad, ejemplificada en la figura de **Heisenberg** y su principio de indeterminación que involucra “la acción recíproca entre el sistema observado y el observador” por su efecto perturbador en las variables observadas. Esta crisis es interpretada como una etapa del conocimiento científico basado en el desarrollo dialéctico de la ciencia, es decir, a través de las contracciones de ideas. En este sentido, la pérdida de valor humano de la ciencia y, al mismo tiempo, del progreso por parte de la burguesía quien sólo se sirve de sus aplicaciones; esto significa para Friedmann que los “medios” se han convertido en “fin”. (Friedmann, 1977: 196, 198, 200).

Si bien la fe en el progreso fue criticada en el siglo XVIII por el movimiento romántico, según indica Zaid⁵³ (2004), y como recién mencionamos durante el siglo XIX por quienes cuestionaban el mecanicismo y determinismo científico (entre los que se encuentra Émile Boutroux (1845-1921) y Henri Bergson (1859-1941). Acorde a algunos autores (Friedmann, 1977; Burucúa y Glatzman, 1997), aquí consideramos a la primera guerra mundial transcurrida entre 1914 y 1918 como la fisura o punto de quiebre de esta idea porque reveló la dificultad o improbabilidad de un “un progreso real de las sociedades humanas, sobre todo en los planos de la política y de la vida del espíritu” (Burucúa y Glatzman, 1997: 67). Entre las razones que condujeron a la crisis de la idea de progreso, hallamos la contaminación ambiental producto de la industrialización, la primera guerra mundial (y posteriormente, la segunda), el surgimiento de totalitarismos en cuyo seno se originaron los campos de concentración y exterminio, y la crisis económica de 1930.

Debido al avance tecnológico, la introducción de la ciencia en la técnica, la aplicación del conocimiento en la producción, se creía que sería más fácil avanzar, mejorar y alcanzar el bienestar terrenal, sin embargo surgieron paulatinamente evidencias de lo contrario. En este apartado, resulta sugerente la obra dirigida por Asa Briggs (1989) sobre *El siglo XIX. Las contradicciones del progreso* puesto que describe el contraste entre la idea que se había gestado alrededor del progreso y su incongruencia con la realidad, particularmente en concebir a éste como una ley universal. Asimismo, surge una crisis de la conciencia; puesto que anteriormente los fenómenos tenían su fundamento en las explicaciones religiosas y, en este período, se duda y cuestiona el progreso que le había dado un

⁵³ Entre los trabajos de Gabriel Zaid sobre la idea de progreso se destaca *El progreso improductivo* publicado por la editorial Siglo XXI por primera vez en 1979.

fundamento racional. Del mismo modo, la crisis de la idea del progreso se hace manifiesta en la aplicación de la ciencia a la industria. En este sentido, podemos considerar las consecuencias negativas de la industrialización en los seres humanos junto al deterioro de su medio ambiente. “Fuera de las ciudades, o entre las mismas, había a veces grandes extensiones de <<black country>> (zonas cubiertas de residuos de carbón) con montones de escoria y tierras abandonadas; sobre las ciudades -Londres no fue una excepción- se tendía un espeso manto de humo. Los ríos se contaminaban, y se arrancaban los árboles.” (1989: 23). Podríamos vincular estos acontecimientos a lo que sucedió, más adelante, una temporada de muy bajas temperaturas durante la cual la población incrementó el uso de carbón para calefaccionarse, este fenómeno de mezcla entre neblina y humo, en 1952, fue conocido como “la gran niebla de Londres” porque mató a 12.000 personas; suceso que, en 1956, impulsó la Ley de Aire Limpio⁵⁴ en dicha ciudad.

Tal como lo relata Briggs (1989), el asentamiento humano alrededor de la fábrica paulatinamente configuró un nuevo paisaje: el surgimiento de grandes ciudades y su contraste con las áreas rurales. Este panorama se caracterizó por el éxodo rural hacia las ciudades, éstas carecían de belleza con casas ennegrecidas y calles que se trazaban al azar. Los vecindarios estaban congestionados, este hacinamiento se relacionó al elevado número de defunciones. “El organismo urbano estaba <<enfermo>>. (...) insalubridad, superpoblación, fealdad, anarquía con rienda libre en beneficio de intereses particulares, y deshumanización por falta de comunicación social” (Bédarida, 1989: 176). Por añadidura, la pobreza alcanzaba extremos alarmantes dado que las fábricas habían generado una población flotante de trabajadores. Es decir, trabajaban de vez en cuando y sino había trabajo realizaban hechos delictivos. Del mismo modo, además del desempleo ocasional, los trabajadores se vieron afectados en otros asuntos. Para ilustrar, por la aplicación de métodos científicos a la producción industrial, entre las implicancias psicológicas, físicas, sociales y políticas que analiza Friedmann (1977), hallamos la pérdida de iniciativa y de imaginación (esto porque al obrero no se le pide que piense sino que ejecute órdenes), la degradación de gran cantidad de trabajos y el aumento de trabajadores especializados.

El sociólogo también comenta que, anteriormente, la aplicación de la ciencia a la industria había sido rechazada no tanto por estas consecuencias que traería consigo sino por la pérdida de tradiciones en valores y costumbres, varios intelectuales durante la

⁵⁴ El *Acta de Aire Limpio* o *Clean Air Act*, del 5 de Julio de 1956, se encuentra disponible en: <http://www.legislation.gov.uk/ukpga/Eliz2/4-5/52/enacted>

primera revolución industrial se opusieron a las máquinas y al progreso. Del mismo modo, en las relaciones sociales, Briggs (1989: 91-92) nos relata cómo la crisis del progreso se manifestó en la pérdida del hombre social “atado por multitud de costumbres heredadas e impuestas por la historia” y la aparición del “*Homo economicus*, guiado por su razón y voluntad hacia la consecución del máximo bienestar”. Con lo cual esta idea está vinculada a la de Ciurana (1999) en tanto entre las relaciones de progreso y desarrollo reveló que se basan en una determinada antropología fundada en el *homo sapiens faber*. Esto, incluso, podría ligarse con lo planteado por Friedmann (1977) para quien la mayor expansión del capital financiero sobre el capital industrial aportó al “Mito del Progreso”, en la medida que la racionalización de la producción es entendida como una conquista del hombre sobre la industria. Y, particularmente afín a la creencia en el progreso material ilimitado, podríamos señalar que su incremento se pensaba que beneficiaría a la clase obrera. Los autores precedentes describen que la creencia positiva en que las sociedades estaban regidas por leyes y la aplicación de los métodos de las ciencias naturales a las mismas conduciría, inevitablemente, a erradicar los males que la industrialización estaba causando, entró en contradicción con las demandas sociales, especialmente las de la clase trabajadora.

En este período surgen diferentes modelos de desarrollo; entre ellos, el de Japón que al no tener clase empresarial, el proceso lo realizó el Estado. “Así pues, la industrialización se llevó a cabo en un marco distinto de la <<clásica>> revolución industrial británica. No habría un solo modelo de desarrollo sino varios; uno de los más importantes, el comunismo, se reservaría para el siglo XX” (Briggs, 1989: 35). El pensamiento de Karl Marx tuvo un especial impacto en Rusia donde un movimiento conformado por socialistas revolucionarios derrocó en 1917 a los zares e instauró la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (U.R.S.S.). Esta revolución bolchevique condujo a la aplicación de un nuevo sistema económico; éste se basaba en la planificación centralizada en el Estado, a través del comité de planificación se tomaban las decisiones sobre qué, cómo y cuándo producir los bienes y servicios en función de la dotación de recursos disponibles y las necesidades de la población. La expansión de estas ideas a través del ejército rojo a los Estados de Europa del Este conformaron paulatinamente el bloque socialista, que cuestionaban el ordenamiento internacional basado en el liberalismo económico (característico en occidente organizado en una economía mixta fundada en la propiedad privada y la moderada participación del Estado), que condujo gradualmente a una oposición

denominada Este-Oeste por su contradicción ideológica, iniciando en 1945 la conocida Guerra Fría que enfrentaría a la U.R.S.S. contra el bloque capitalista liderado por Estados Unidos.

Estados Unidos, durante el siglo XIX, no se vio afectado por la guerra como Europa, entonces se dedicó a la expansión de su territorio a través de la ocupación de tierras en la “conquista del oeste”. Esto le concedió acceso a recursos naturales que le permitieron no depender de las importaciones para alentar el crecimiento de su industria, al contrario de Inglaterra quien dependía de las importaciones provenientes de sus colonias. Al estar envuelta en la primera guerra mundial, Europa tuvo un descenso en producción y exportación hacia otros continentes puesto que las economías dieron prioridad al sector militar, reorientando su producción hacia las fuerzas armadas, la industria armamentística y la producción de bienes de capital, es decir, llevaron a cabo una “economía de guerra”. A partir de 1914, a través de Ashworth (1977) podemos reconocer cómo los cambios producidos en la economía nos conducen a trasladar y consolidar en la disciplina económica el estudio de una economía internacional hacia formas más complejas de *Relaciones Económicas Internacionales* que permanecen hasta la actualidad, del mismo modo que en la disciplina de Relaciones Internacionales. En este período, hallamos el surgimiento de la macroeconomía en el pensamiento de **John Maynard Keynes** (1883-1946). Este economista inglés ayudó a los aliados a dirigir la economía durante la guerra, concebía la intervención del Estado para alcanzar el pleno empleo que alentaba al consumo, y el consumo al crecimiento de la industria que genera un mercado interno autónomo. Respecto a lo que aquí nos ocupa, Puerto Sanz (2008: 32) señala que él no fue “un economista del desarrollo, ni siquiera se preocupó por la naturaleza y el funcionamiento económico de las “áreas atrasadas” ni por la dinámica económica a largo plazo como Marx o Schumpeter”. Al final de la guerra, Keynes se unió a la *pax británica* en Versalles la cual establecía que los países derrotados pagaran los costos de la guerra, siendo uno de los factores que propició el proceso inflacionario fundamentalmente en Alemania durante las décadas del '20 y '30.

Tras la primera guerra mundial, la firma del *Tratado de Versalles* presentó el nuevo ordenamiento político del sistema internacional a través del *Pacto de la Liga de Naciones* basado en los *14 puntos* del presidente norteamericano **Woodrow Wilson** (1856-1924) que dieron origen a una organización intergubernamental conocida también como la *Sociedad de las Naciones*. Es significativo destacar la participación de Estados Unidos en este

tratado porque señala la interrupción de su política exterior aislacionista y, por otro lado, el fin del eurocentrismo al mismo tiempo que, junto a Japón, la irrupción de nuevos actores en el sistema internacional. Este momento histórico es importante para la disciplina de las Relaciones Internacionales porque es en 1919 cuando aparece la Primera Cátedra para los estudios de Paz en Inglaterra que podríamos considerarla como la progenitora de la incorporación del estudio de las relaciones internacionales en la Academia.

Finalizada la gran guerra, merced a las exportaciones que realizó a Europa que lo convierten en acreedor de muchos países europeos endeudados, la acumulación de oro posiciona a Estados Unidos como potencia mundial. Así, en 1920, se halla en un período de prosperidad económica conocido como los *Años locos*. Esto debido también al impulso de la industria norteamericana que modificó las formas de producción y de relaciones entre los humanos, puesto que reunió en la fábrica a masas de trabajadores e introdujo máquinas que profundizaron cada vez más la división del trabajo. El estudio de diversas técnicas de producción fomentaron la aplicación del conocimiento a la fabricación de los bienes. Los empresarios producían cada vez más por las técnicas de producción utilizadas conocidas como *organización científica del trabajo* fundada en la obra *The Principles of Scientific Management* (1919) de Frederick W. Taylor.

Esta organización se caracterizaba por la división de las personas entre las que realizaban el trabajo con las máquinas y aquellas que organizaban todo el funcionamiento de la fábrica; la eficiencia por la planificación de las tareas lo cual generaba la desaparición de los “tiempos muertos”; y la eficacia obtenida a través del control y vigilancia dentro del proceso de producción. La orientación a la calidad y cantidad de lo producido y los objetivos propuestos por la empresa, se revelaba en el estudio del tiempo que tardaba un obrero en realizar una tarea, es decir, la máquina imponía el ritmo y la velocidad y la calificación de los obreros se medía por el tiempo y eficacia en realizar el trabajo. Esta técnica de producción dejaba atrás la idea de que el artesano decidía el tiempo que debía dedicarle a producir cada pieza según su criterio de calidad. A través de esta organización basada en la aplicación de la ciencia a un nuevo campo y frente a la declaración de huelgas en diferentes lugares, en palabras de Friedmann, el “taylorismo, que no surgió al azar, sino exactamente al comienzo de la expansión económica norteamericana” (1977: 109), procuraba alcanzar la conformidad de intereses dentro de la industria para lograr primordialmente el bienestar de los obreros. Asimismo, el sociólogo (1977: 120) la considera como una de las últimas grandes doctrinas del progreso, concepto que ya estaba

pasándose de moda entre los filósofos, enunciada por un ingeniero dentro de la burguesía quien “aplica el método experimental en el campo de la industria humana, dominada hasta entonces por el empirismo. Extiende el dominio de aplicación del determinismo e indica nuevas <<leyes>>”.

Junto a Taylorismo, también aplicó el método experimental, Henry Ford quien creó un sistema de producción en serie a través de la cadena o línea de montaje iniciando el consumo masivo. Este sistema llamado *Fordismo*, reconocido además por la producción del automóvil Modelo T en 1908, permitió aumentar los salarios del trabajador y así expandir el mercado que da inicio a la clase media norteamericana con el arquetipo del estilo americano o *American way of life*. Una época distinguida por el aumento del mercado de automóviles, la expansión de la radiofonía, de la industria cinematográfica, de pleno empleo que invitaba a los europeos que migraran de la guerra hacia allí. Con la cinta de montaje y la organización científica del trabajo, nació la *sociedad de consumo* (caracterizada por la publicidad de productos atractivos e indispensables y la baja calidad de los mismos que los convertía en desechables para que el consumo sea continuo) y la cultura de masas -gracias a la incorporación de otros sectores menos privilegiados a través de las ventas a crédito-. Así, Friedmann sugiere que en el fordismo la idea de progreso se concibe como la “prosperidad general que deben asegurar producción masiva y altos salarios” (1977: 127) esto último porque la producción va a crear a su propia demanda a través de promover sus “necesidades”; del mismo modo, para que las masas consuman se les concede tiempo de ocio. En este sistema productivo, la idea de progreso se entiende como la introducción de una nueva máquina que, en lugar de generar paro, desplaza al trabajador en una naciente industria complementaria. En este sentido, el paro se produce en aquellas industrias “no <<creadoras>>, es decir, estancadas, es decir, que no *sirven*, las que se niegan a seguir el ritmo del Progreso” (1977: 138).

Si bien tras la primera guerra mundial, las relaciones comerciales se restauraron, la prosperidad de este período no fue continua, sino que hubo períodos de depresión, el pasaje de un período de prosperidad a uno de depresión se les denomina *crisis*. Los empresarios producían cada vez más y el mercado no consumía toda esa producción, la prosperidad económica había incentivado a la sociedad a invertir en la *bolsa de valores* de Wall Street, New York, pero hacia fines de los años veinte, la economía comenzó su etapa de estancamiento que se manifestó en el aumento de los precios y en el colapso de la bolsa en 1929. La aplicación del taylorismo y el fordismo en la sociedad, en lugar de lograr la

armonía y bienestar que se esperaban acorde a la idea de progreso, por el contrario desencadenaron en la crisis de esta idea como un continuo ilimitado.

A causa del colapso de la bolsa, los bancos, las industrias y las fábricas cerraron, el consumo descendió, la construcción privada y el ferrocarril se detuvieron y aumentó exponencialmente el número de pobres quienes realizaban enormes filas para conseguir alimentos. Esta crisis se transfirió en el plano político cuestionando al modelo liberal de gobierno democrático y reforzando gobiernos de tipo totalitarios como es el caso del nazismo en Alemania y el fascismo en Italia. Entre las consecuencias del crack del '29, como hemos señalado, también destacamos el surgimiento de la **macroeconomía**. Es decir, el estudio de variables más amplias que las domésticas por su repercusión transnacional, para resolver desequilibrios económicos. El escritor de *Sobre las causas de la gran depresión*, Keynes presentó una propuesta para salir de la crisis aplicando una política económica conocida como *New Deal* o Nuevo Acuerdo, entre 1932 y 1935, que reemplazó el Estado liberal a través del intervencionismo por el Estado de Bienestar para asistir a las necesidades de los sectores populares. Asimismo, en 1931, se produjo un cambio en la política monetaria internacional, se abandonó el patrón oro como tipo de cambio para hacer frente a la crisis.

La crisis afectó las economías de América Latina que hasta ese entonces se basaban en el modelo de especialización productiva; es decir, mientras que los países, mayoritariamente ubicados en el hemisferio norte, que habían logrado alcanzar su industrialización producían productos manufacturados, otros, generalmente ubicados en el sur, exportaban materias primas para aquellos. La economía de exportación en América Latina predomina hasta 1930 en que comienzan a implementarse los **modelos de ISI** (Industrialización por Sustitución de Importaciones), inspirados en las teorías económicas de desarrollo del ambiente intelectual de la época. Esta crisis económica presenta dos opciones para América Latina: regresar al estado precapitalista por medio de la agricultura y la artesanía, o expandir el sector industrial, sustituyendo los bienes de importación, caracterizado por un estado populista.⁵⁵

⁵⁵ Para ampliar información sobre el impacto de la crisis de 1929 en América Latina, se recomienda *La crisis del liberalismo (1914-1950)*, pp. 344-361, en Osvaldo Sunkel y Pedro Paz (1970) *El subdesarrollo latinoamericano y la teoría del desarrollo*. México: Siglo XXI. También la lectura de Ricardo Daniel Mastromauro (1998) "El crecimiento de las economías de exportación, la crisis de 1930 y el surgimiento del populismo en América Latina" en *Contribuciones* N°2/98. Bs. As.: Fundación Konrad Adenauer. Y Dutrenit Bielous, Silvia y otros (1990) *El impacto político de la crisis del '29 en América Latina*. México: Alianza.

2.4. Contexto de surgimiento de la idea de desarrollo

El evolucionismo del siglo XIX, indica Bock (1988: 96-97), tal como el método comparativo, ambos son cuestionados en el estudio social y adquiere mayor terreno el estructuralismo-funcionalismo. Aun así, en ellos el autor señala la influencia hacia las “teorías clásicas del desarrollo” que consideran la fuente endógena o immanente del cambio social y el estudio de la forma, función y movimiento de lo simple a lo complejo. Este proceso continúa siendo el que se produjo en las sociedades europeas occidentales y “modernas”; en cambio, en aquellas otras donde no se produjo, se las designa como “premodernas”. Así se sostiene que “el desarrollo es un proceso uniforme, y que las sociedades cuya experiencia ha sido diferente son <<subdesarrolladas>>”. Más específicamente, nos interesa señalar que “las características *necesarias* (en el sentido aristotélico) o requisitos de una sociedad se ordenan en una serie que, según se estima, representa el devenir social en el tiempo; así se entiende el proceso de evolución social como un despliegue o concreción uniforme de la naturaleza de la sociedad”. Este pensamiento podríamos observarlo latente en las primeras teorías del desarrollo económico como a continuación describiremos clasificadas en el *Paradigma de la Modernización*.⁵⁶

Si bien, entre los siglos XVII y XVIII hasta la primera guerra mundial en que comienzan a declinar, según Gallino (2005: 289) hallamos la primera fase de análisis sociológico del desarrollo económico en el estudio del capitalismo en las sociedades europeas -examinadas por Werner Sombart (1916) y Max Weber (1922)-, quienes en realidad integraron el estudio de estos fenómenos al desarrollo puramente económico fueron los economistas, particularmente los historicistas. Junto a ellos, se encuentra Joseph Schumpeter a quien se considera el promotor de los estudios del desarrollo en las Ciencias Económicas por su publicación en 1911 de *Teoría del desenvolvimiento económico*. Inmerso en el clima intelectual de su época, Schumpeter (1957: 68) utiliza una visión evolucionista de la economía para explicar el desarrollo, aun así teniendo presente el descrédito de esta idea darwinista como “misticismo acientífico y anticientífico”, en su campo de estudio. Asimismo, rechaza la *Teoría del equilibrio económico o Economía Estática*, es decir, aquel instrumento analítico económico que describe partes que permanecen más o menos constantes a través del tiempo; con lo cual su plateo está

⁵⁶ Si deseamos profundizar el estudio de la influencia del evolucionismo en la literatura sobre el desarrollo o la modernización, Bock (1988: 103) recomienda *Social Change in Developing Areas: A Reinterpretation of Evolutionary Theory* de Herbert R. Barringer, George Irving Blanksten, Raymond Wright Mack, Schenkman Publishing Company, 1965, pp. 328.

parcialmente inscripto en el campo de la *Economía Dinámica* que “propone mostrar en qué forma ciertas condiciones iniciales del sistema económico producirán a través del tiempo otra serie de condiciones”.

De esta manera, indaga el funcionamiento del proceso económico a través de su mecanismo u organismo en cualquier estadio de desenvolvimiento. Para efectuar el análisis, examina la *corriente circular* que es el encadenamiento causal que vincula los cambios de los datos económicos presentes al estado anterior de los mismos. Y descubre que tienden hacia una posición de equilibrio; así, afirma que “el sistema económico no cambiará de forma caprichosa y por propia iniciativa, sino que en todo momento estará en conexión con el estado anterior de cosas” (1957: 22). A continuación, el economista advierte otro tipo de cambio en el sistema económico al que denominó *desenvolvimiento*, éste es un cambio revolucionario, espontáneo y discontinuo dentro de la corriente circular que no sólo no tiende al equilibrio sino que incluso altera a éste. El desarrollo son las modificaciones en la vida económica que hayan surgido internamente y que crea las condiciones para el siguiente desenvolvimiento que a su vez “altera la forma del último, y las cosas resultarán distintas que si cada fase concreta de desenvolvimiento se hubiera visto obligada a crear sus propias condiciones”. Esta definición le permite diferenciar el concepto de desarrollo de la noción de crecimiento:

Tampoco se llamará aquí proceso de desenvolvimiento al mero crecimiento de la economía, reflejado por el de la población y la riqueza. Pues no representa fenómenos cualitativamente diferentes, sino solamente procesos de adaptación, de la misma clase que los cambios de los datos naturales. (...) consideramos tal crecimiento como cambio de los datos. (1957: 74).

Es decir, el economista se refiere al desarrollo como un cambio cualitativo que abarca más indicadores que el aumento de la riqueza o el número de habitantes. Así, considera que el desarrollo no puede explicarse únicamente desde una perspectiva económica sino que además involucra otras dimensiones porque “la economía – que carece de un desenvolvimiento propio – está empujada por los cambios del mundo que le rodea”. En el proceso económico, el desarrollo no se manifiesta en el ámbito de las necesidades de los consumidores por ser su espontaneidad pequeña sino en la esfera de la vida industrial y comercial porque es el productor quien inicia el cambio a través de la introducción de innovaciones. Schumpeter reflexiona que “clasificando todos los factores que pueden ser causantes de cambios en el mundo económico (...) aparte de los factores externos, existe uno puramente económico de importancia capital”, y al que ha titulado: *Innovación* en cuyo seno yace la responsabilidad de llevarla a cabo por el empresario.

Esta obra es el inicio de una serie de análisis que, ubicados entre los años 1930 y 1945 y bajo el título de *Paradigma de la Modernización*, constituyeron las primeras miradas sobre el desarrollo en las Ciencias Económicas a través de las obras de Myrdal (1974), Rostow (1962, 1963 a, 1963 b), Lewis (1958), Domar (1946), Harrod (1939) y Solow (1956). Todos ellos conciben al desarrollo como una etapa evolutiva de los Estados, donde los mismos transitan por diferentes estadios comenzando por las sociedades arcaicas hacia un nivel final superior llamado modernización que es interpretada como sinónimo de industrialización o sociedades industriales. A salvedad de Lewis (1958, 1968) que no admite una necesidad cronológica, los otros economistas sí la consideran.

A través de los mencionados autores podemos identificar que el camino para ascender de un nivel a otro está determinado por su estilo de producción; la modificación del mismo puede tener origen endógeno – por ejemplo, la incorporación e innovación tecnológica- o exógeno -como es el caso de los movimientos independentistas-. La línea de pensamiento de la Teoría de la Modernización considera de gran importancia a la acumulación de capital para superar la falta de ahorro y de mercado interno, a su entender característicos del subdesarrollo. El plan diseñado para alcanzar el objetivo de crecimiento económico, propone como estrategia la industrialización. Por esta razón, el concepto de desarrollo comprende que un país transcurra a través de diversas fases que abarcan como punto inicial el llamado modelo de sociedad tradicional o arcaico hacia otro final conocido como moderno o industrial. En este paradigma, el Estado es concebido como el responsable que guiará hacia la modernización, quizás sea por ese motivo que el nacionalismo es central en estos pensadores. Para ellos, salir de lo arcaico es dejar la naturaleza, la agricultura, trasladarse hacia las fábricas, la industria. Entre los autores mencionados, es interesante destacar que Rostow (1963 b) se propone ofrecer una alternativa a las ideas marxistas tal como queda explícito en el título de su obra *Las etapas del crecimiento económico: un manifiesto no comunista* y así lo comenta también André Gunder Frank (1991). Por otra parte, es significativo mencionar aquí a Lascano (1984: 18) quien al vincular los tres conceptos desarrollo, progreso y crecimiento, los define como:

desarrollo significa incremento de la capacidad, en tanto el crecimiento es meramente el cociente que describe en cada período el aumento del ingreso nacional real, que puede deberse a una u otra razón. El progreso, por su parte, se asocia con la superación de las etapas que describen el comportamiento de las economías a lo largo del tiempo. En el caso de Rostow el paso de la sociedad tradicional a la etapa de la sociedad de consumo masivo. Schumpeter reconoce el progreso como aquella característica que supone la incorporación masiva de innovaciones.

Al igual que Lascano (1984: 38), también podríamos inferir que esta concepción

lineal del desarrollo está asociada al evolucionismo. Para él, numerosos ejemplos históricos de diversos países que crecieron y reconstruyeron rápidamente sus economías demuestran que “el desarrollo no necesariamente debe superar determinados estadios” y además cree que la voluntad prevalece sobre los recursos. En este sentido, Escobar (2007: 147) considera que “antes de los años treinta, la idea de desarrollo se tomaba en sentido naturista, es decir, como la aparición de algo con el paso del tiempo. Dos excepciones fueron el trabajo de Schumpeter sobre el desarrollo económico” y “Marx, quien derivó su concepto de desarrollo de la inexorable dialéctica hegeliana”. Asimismo, menciona al Acta británica de desarrollo colonial de 1929 como antecedente del uso actual en la cual se entiende al desarrollo como “una actividad que debía ser promovida por el gobierno” y no como un proceso histórico inevitable. Incluso, tras la crisis del '29, observamos en occidente

formas más activas y centralizadas, a través de programas de planeación económica. El plan, que abarca la totalidad del complejo económico de un país, sustituye al intervencionismo empírico y fragmentario anterior. (...) Prevalcen las doctrinas económicas y políticas partidarias de la aplicación simultánea y coordinada de ambos tipos de intervención estatal en lo económico, llámense ellas colectivistas, planificadoras, dirigistas, etc. (Bledel, 1957: 9).

En los años '30, nos hallamos frente a un sistema internacional caracterizado por ser, en palabras de Barbé (2007: 202), multipolar heterogéneo compuesto por tres sistemas de valores: liberalismo, socialismo y fascismo. El período de entre guerras (1919-1933) manifestó inclinaciones idealistas entre los actores que establecen políticas cooperativas a través de la diplomacia multilateral al mismo tiempo que se llevan a cabo políticas realistas con el incumplimiento de los tratados y las conquistas territoriales. Tal es el ejemplo de Adolf Hitler con la anexión de Austria y Polonia que da inicio a través de su política exterior a la segunda guerra mundial y, en el ámbito doméstico, al holocausto. Es significativo mencionar aquí que Hitler también asocia al progreso con diversas etapas que se transitan en forma lineal donde el grupo ario sería el pueblo superior, así es como lo expresa en su obra *Mi Lucha* (1983: 139):

El progreso de la Humanidad semeja el ascenso por una escalera sin fin, donde no se puede subir sin haberse servido antes de los primeros peldaños. El ario debió seguir el camino que la realidad le señalaba y no aquel otro que cabe en la fantasía de un moderno pacifista. Se hallaba precisando con claridad el camino que el ario tenía que seguir. Como conquistador sometió a los hombres de raza inferior y reguló la ocupación práctica de estos bajo sus órdenes conforme a su voluntad y de acuerdo con sus fines.

Los campos de concentración nazi, la segunda guerra mundial y la detonación de las bombas atómicas en Hiroshima y Nagasaki nos enfrentan nuevamente con la crisis de la idea de progreso, en tanto que los descubrimientos científicos (por ejemplo, en este caso, el

poder nuclear) no conducen necesariamente al avance de la sociedad.

2.5. La “era del desarrollo”. La Guerra Fría, la conferencia de Bandung y la configuración del Tercer Mundo.

La mayoría de los autores seleccionados, entre ellos Morin, Mkandawire, Escobar e Illich, ubican el estudio sobre el concepto de desarrollo al finalizar la segunda guerra mundial (1939-1945). Al respecto Puerto Sanz (2008: 28) explica que es “cuando se va a consolidar la inquietud por el crecimiento y la naturaleza económica de aquellas partes del mundo alejadas en su desempeño económico de los países más industrializados”. En cambio, por otra parte, encontramos que para Hecker y Kulfas (2005) si bien el estudio del desarrollo comenzó en 1930, es en la década de los años '60 cuando adquiere un lugar importante en el pensamiento económico científico.

El holocausto, la guerra y las bombas nucleares en Hiroshima y Nagasaki que produjeron la rendición de Japón mostraron cómo los avances tecnológicos no se corresponden con progresos en las dimensiones éticas de la humanidad. Tras el fin de la segunda guerra mundial, se inicia una nueva época en la cual, como mencionamos en el primer capítulo siguiendo a Morgenthau (1992), se distinguen tres cambios significativos en la estructura política mundial: el reemplazo de un sistema multipolar por uno bipolar expresado en la transferencia del poder centrada en Europa hacia los Estados Unidos y la U.R.S.S., quienes a su vez presentaron dos sistemas de moralidad diferente y accedieron, con el avance tecnológico, a armamento de destrucción masiva o armas nucleares. Ambos países que se habían unido para derrotar al nazismo, luego comienzan un enfrentamiento indirecto conocido como *Guerra Fría*. En este contexto, surge la figura de Hans Morgenthau quien da surgimiento a las Relaciones Internacionales como disciplina científica al analizar la política exterior de Estados Unidos frente al declive de Europa y el ascenso de la URSS en la escena internacional. “Desde fines de la segunda guerra mundial los dos sistemas moral y político sobrevivientes que reclamaban validez universal –la democracia y el comunismo– entraron en una activa competencia por el dominio del mundo” (1992: 301).

Al mismo tiempo, Díez de Velasco Vallejo (2009: 66) indica que tras la segunda guerra mundial el derecho internacional clásico entró en crisis dando lugar al contemporáneo. Las causas de esta transición fueron la revolución soviética, la colonial, la científica y técnica y la prohibición de recurrir al uso de la fuerza. La reorganización del sistema internacional se

configuró políticamente en las Conferencias de *Teherán* (28 de noviembre - 1 de diciembre de 1943), *Yalta* (4-11 de febrero de 1945) y *Postdam* (17 de julio - 2 de agosto de 1945). De esta trilogía que delineó el nuevo orden mundial aparecerá un organismo internacional para garantizar su estabilidad. Tras la ratificación de la Carta redactada en la Conferencia de San Francisco, el 24 de octubre de 1945, hallamos el nacimiento de la Organización de las Naciones Unidas (ONU) que inspirada en el fracaso de la Sociedad de las Naciones se creó con el propósito del reestablecimiento, mantenimiento y prevención de la paz. El derecho internacional clásico vigente hasta ese momento entrará en crisis debido, entre otros factores, a la incorporación de nuevos Estados o ex colonias que reclamarán su revisión y darán inicio al derecho internacional contemporáneo. Entre los órganos principales de las Naciones Unidas se encuentra el Consejo de Administración Fiduciaria que fue creado a fin de impulsar a los territorios no autónomos a concretar su independencia. Inspirada en la *Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano* surgidos en Revolución Francesa y en los principios del liberalismo, la Carta fundacional de la ONU establece que sus miembros se comprometen a “promover el progreso social y a elevar el nivel de vida dentro de un concepto más amplio de la libertad” para el cual van a “emplear un mecanismo internacional para promover el progreso económico y social de todos los pueblos”.

Por otra parte, en vistas de reorganizar la economía de postguerra, el 1 de julio de 1944 se celebró la *Conferencia de Bretton Woods* -New Hampshire, Estados Unidos- con el fin de delinear la política económica internacional en la cual se destacaron las diferentes propuestas de Truman, Churchill y Stalin. Finalmente, esta Conferencia Económica y Financiera de las Naciones Unidas estableció el ordenamiento de las relaciones económicas internacionales a través de la creación de dos instituciones: 1. el Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento (B.I.R.F.) -antecedente del Grupo del Banco Mundial- y 2. el Fondo Monetario Internacional (F.M.I.); a las cuales se les sumó, en 1947, 3. el Acuerdo General sobre Aranceles y Comercio (G.A.T.T.) -futura Organización Mundial de Comercio (O.M.C.)-. Estas instituciones surgidas para reconstruir Europa luego de la segunda guerra mundial, pretendían recomponer las economías afectadas por la guerra basándose en el liberalismo y la expansión del comercio. Es significativo destacar que la creación del FMI se debió a la búsqueda, por parte de los 44 países representados, de “evitar que se repitieran las devaluaciones competitivas que contribuyeron a provocar la Gran Depresión de los años treinta” (www.imf.org). Si bien el FMI y el Banco Mundial

tienen funciones complementarias, mientras el primero busca estabilizar el sistema monetario internacional, el segundo ofrece servicios a los gobiernos miembros de los países considerados “en desarrollo”. Los cambios en la política monetaria internacional se conocieron como el régimen cambiario “Sistema Bretton Woods” puesto que allí convinieron en determinar el tipo de cambio de sus monedas, el valor de la moneda frente al dólar de EEUU y EEUU el valor de su moneda frente al oro. Estuvo en vigor hasta 1971, año en que el gobierno de Estados Unidos suspendió la convertibilidad en oro del dólar.

Tras la muerte de Franklin D. Roosevelt, el 12 de abril de 1945, Harry S. Truman (1884-1972) asumió la presidencia. Es significativo recordar aquí, como señalan Burucúa y Glatzman (1997: 67), el discurso de Truman⁵⁷ en el cual describe a la bomba atómica lanzada contra Japón como la gran inversión realizada en “la mayor aventura científica de la historia” cuyo uso les dio la victoria. En 1947, al finalizar la segunda guerra mundial, Europa se encontraba devastada económicamente por lo que Estados Unidos le ofreció un programa de asistencialismo conocido como *Plan Marshall* (1948- 1952). El presidente Truman “reformuló los principios de la política exterior norteamericana en términos de una contención mundial del comunismo” (Morgenthau, 1992: 29). En este sentido, observa Morgenthau, la utilización de políticas económicas de Estados Unidos en Europa, América Latina y Asia para contener el poder de la URSS.

Cuando Estados Unidos proporciona préstamos o asistencia a países como Polonia, que se encuentra a la sombra del ejército rojo, el objetivo que persigue no es primariamente económico o financiero. Lo que se intenta es, más bien, llevar a estos países a cierto grado de independencia de la influencia y el poder de la Unión Soviética (1992: 47).

En cambio, Pollard (1990) señala que algunos historiadores consideran al asistencialismo norteamericano en Europa como un instrumento para defender el capital y comercio estadounidense que se encontraba amenazado por los partidos políticos europeos que aspiraban a políticas nacionales autárquicas y no para detener el avance de la Unión Soviética.

Fue el presidente Truman quien en su discurso inaugural del 20 de enero de 1949 dio inicio a la **era del desarrollo**. Es por eso que varios autores (Escobar, Illich, Marcel Valcárcel, García, Puerto Sanz) señalan que el desarrollo es un concepto occidental, de la posguerra y político. Al respecto, Illich (2002: 14) comenta que en este discurso Truman convocaba a la intervención de su país en los países subdesarrollados para llevar a cabo el

⁵⁷ Discurso presidencial de Harry Truman pronunciado el 6 de agosto de 1945.

“progreso industrial” considerando a éste como la aplicación de una “ley universal del progreso” ya que está formulada “no solamente para individuos o grupos aislados, sino para toda la humanidad en su conjunto, a través de las economías nacionales”. Del mismo modo, Escobar (2007: 95) considera que el desarrollo fue originado como una solución a la pobreza de posguerra “y no un proceso natural de descubrimiento y tratamiento gradual de los problemas por parte de las ciencias e instituciones modernas”, en Estados Unidos y Europa Occidental para luego ser incorporado como estrategia en el Tercer Mundo.

En este sentido, Puerto Sanz (2008: 32) también recuerda el punto IV del discurso de Truman e indica que esta cooperación hacia los países subdesarrollados “nunca llegaría a implicar una movilización de recursos como sí lo habían hecho el Plan Marshall o el Plan Mac Arthur de reconstrucción de Europa y Japón respectivamente”. Del mismo modo, Gallino (2005: 289) plantea que a partir del mencionado punto IV, que con el surgimiento de los recién independizados países se dio impulso al concepto de **subdesarrollo**, se convocó a “los economistas y después a sociólogos, psicólogos, psicólogos sociales y antropólogos, que proporcionaran soluciones que permitieran a las sociedades subdesarrolladas pasar de los peldaños inferiores de la escala a los medios y superiores en el menor tiempo posible”; de lo cual emergió la hipótesis del desarrollo dualista que divide a las sociedades en sectores urbanos, avanzados hacia la inserción en el sistema económico internacional de países desarrollados, y aquellas zonas predominantemente rurales, tradicionales, preindustriales, atrasadas en relación a las primeras. Esta sería la segunda fase del estudio de la sociología del desarrollo.

Para Morin también el desarrollo fue una idea clave de los años de posguerra durante la cual encontramos dos modelos diferentes de desarrollo, el capitalista y el comunista. A estos modelos se les presentó una alternativa, una zona que no se halla incluida en ninguno de los dos apodada **Tercer Mundo**. En este período el escenario internacional presentó dos fenómenos: en primer lugar, hallamos el conflicto este-oeste entre las superpotencias Estados Unidos y la Unión Soviética; y el segundo fue la promoción de la descolonización y el no alineamiento a cualquiera de estos bloques expresado en la **Conferencia de Bandung** (Indonesia, del 17 al 24 de abril de 1955).

Mientras Estados Unidos y la Unión Soviética entraron en un ciclo mixto de distensión y tensión, que comenzó en Rusia cuando, el sucesor de Stalin, Krushev declaró una nueva política de relaciones llamada *coexistencia pacífica*, se inaugura la primera etapa de descolonización. Estos nuevos Estados se habían reunido en la Conferencia de

Bandung por iniciativa de los países afroasiáticos donde “proclamaron el derecho al desarrollo (lo que implicaba la soberanía nacional de los recursos)” (Puerto Sanz 2008: 57). A partir de ese momento, el conjunto de los nacientes Estados independientes se autoproclamó *Tercer Mundo*. Este término, acuñado por el francés Alfred Sauvy (1952), se refiere a los países que presentaban escaso avance tecnológico, una economía basada en la dependencia de la exportación de productos agrícolas y materias primas, altas tasas de analfabetismo, un crecimiento demográfico acelerado, y una gran inestabilidad política. El conjunto de estos países se distinguía así del *Primer Mundo*, las naciones capitalistas, y del *Segundo Mundo*, alineado entorno a la URSS de régimen socialista. De ahí que al rechazar el alineamiento automático con ambas potencias, en 1961 durante la *Conferencia de Belgrado*, conformaron el **Movimiento de Países No Alineados**. Al respecto, Escudé (1992: 177) señala:

Aunque el Tercer Mundo (a diferencia del “primero”) es una categoría residual, y aunque sea extraordinariamente heterogéneo tanto en términos de los ejes de intereses contradictorios que lo cruzan como en términos de sus diversas culturas, parece no obstante compartir una actitud de resentimiento hacia el Primer Mundo que tiende a traducirse en políticas exteriores confrontacionistas (las más de las veces infructuosas y de negativo balance de costos y beneficios) que están afectadas, en mayor medida que las del Primer Mundo, por la falacia antropomórfica.

Tras la revolución cubana en 1959 que introdujo la guerra fría al continente americano, comienza una proliferación de organismos internacionales que tiene como objetivo el desarrollo del Tercer Mundo. Entre ellos, a través de la Organización de los Estados Americanos (OEA) -cuya creación data de 1948 por medio de la Carta de Bogotá-, en 1959, se fundó el Banco Interamericano de Desarrollo (BID) cuya misión es “mejorar la calidad de vida en América Latina y el Caribe” y lo hará a través del financiamiento “a largo plazo para el desarrollo económico, social e institucional” de la región, según establece en sus estatutos.

Es a partir de la década de los años '60-'70 que el contexto internacional presenta nuevos elementos que convocan la atención de los estadistas, como por ejemplo la proliferación de organismos internacionales. Si bien las primeras organizaciones internacionales datan de 1865 -Unión Telegráfica Internacional, posteriormente conocida como Unión Internacional de Telecomunicaciones- y 1874 -Unión Postal Universal-, es en esta época que se produjo un notable incremento en número y en presencia mundial. Aquí comienza el debate sobre la viabilidad de la teoría realista para explicar el mundo después de la segunda guerra mundial, el Realismo resultó insuficiente para entender el nuevo mundo caracterizado por la cooperación internacional. Es, entonces, cuando aparecen las

figuras de **Robert Owen Keohane** (n. 1941) y **Joseph S. Nye** (n. 1937) con un nuevo paradigma llamado **Interdependencia Compleja**. Si en el primer capítulo hemos mencionado a la *seguridad nacional* como la frase utilizada en el contexto de guerra fría por la amenaza que percibía a la suya Estados Unidos, ahora bien en esta época de coexistencia pacífica, los autores señalan que la *interdependencia* sería el nuevo slogan.

En este apartado consideramos que se inician los estudios de las relaciones económicas internacionales porque comienza a reconocerse a escala planetaria que a pesar de la aplicación de los modelos económicos propuestos para el desarrollo desde el paradigma de la modernización, las diferencias entre quienes logran desarrollarse y quienes no, continúan e incluso, a pesar de la ayuda internacional, la brecha entre los países pobres y ricos es aún mayor.

Hacia final de los años '50 comienza la tercera fase de la sociología del desarrollo económico, en palabras de Gallino (2005: 290-291), puesto que se desplaza el estudio del interior de las estructuras de los países subdesarrollados por sus relaciones con los países desarrollados; y cita a la obra *La economía política del crecimiento* de **Paul A. Baran** (1957) como la más influyente. Esta fase culminaría a fines de los años '60 debido a la incapacidad de explicar casos en que se produjeron rápidos y efectivos desarrollos económicos en países dependientes dando inicio a la cuarta fase de estudios concentrados en la idea del modo de producción particular de cada país. Por otra parte, en la teoría de las relaciones internacionales específicamente, Salomón (2002) señala a **Robert Gilpin** (1992) como el autor central del abordaje de la subdisciplina de la Economía Política Internacional por su libro *La economía política de las relaciones internacionales* (1990).

Es aquí en los años '60 que Edgar Morin va a identificar el comienzo de la crisis del desarrollo. Luego, como veremos en el capítulo siguiente, será también reconocida en las ciencias económicas en los años '80, y además por las Naciones Unidas que en un principio advertirá una crisis en la Ayuda Oficial al Desarrollo (AOD) en el año 2002, que posteriormente la identificará en el 2015 como la crisis del desarrollo.

2.6. El subdesarrollo como antónimo del desarrollo

Las investigaciones en la disciplina de las relaciones internacionales se centraban en cuestiones relativas a la guerra y la paz, puesto que su objeto de estudio era la erradicación de la guerra, pero a partir de la década del '60-'70 los internacionalistas comenzaron a

interesarse por el análisis de la economía política internacional debido a las transformaciones producidas en el sistema. Entre los cambios se halla la aparición de Organismos Internacionales -creados por y para los Estados- y de las Organizaciones No Gubernamentales (ONG) -como su nombre lo indica, se distinguen por su independencia de los gobernantes- en la escena mundial que impactan en la diversificación de los temas de la agenda internacional. Así lo advierte Karen Mingst (2007: 393) cuando señala que:

Desde la segunda Guerra Mundial hasta principios de la década de 1960 las relaciones internacionales se circunscribían a cuestiones relacionadas con la guerra y la paz, en las que el Estado-nación es el actor primordial en el sistema político internacional. En los decenios de 1960 y 1970 el sistema internacional sufrió cambios que provocaron el surgimiento de una nueva área de interés: la economía política internacional.

Si bien el estudio sobre el desarrollo tiene sus orígenes en la década de 1930, como mencionamos según Hecker y Kulfas (2005) ocupó un mayor interés en las corrientes intelectuales a partir de 1960 cuando la temática fue explorada con mayor profundidad por el reconocimiento de las condiciones desiguales en que se encontraban los países. En ese entonces se convirtió en política de Estado para los que según sus parámetros no lograban alcanzar el desarrollo, escenario de gran vigencia en los discursos de los gobernantes de la actualidad quienes presentan en sus campañas los diversos “modelos de desarrollo”. “La Economía del desarrollo no surgió por tanto como una subdisciplina teórica estructurada, sino como resultado de las urgencias interventoras de autoridades que deseaban saber cómo favorecer que los países subdesarrollados dejaran atrás esa situación” (Puerto Sanz, 2008: 35).

El nacimiento de las Naciones Unidas dio lugar al surgimiento de múltiples fondos, conferencias, programas y agencias especializadas en su seno para promover el desarrollo de los países. Entre ellos, el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo (UNCTAD), y la Comisión Económica Para América Latina y el Caribe (CEPAL). Los estudios de esta comisión generaron una corriente de pensamiento, influenciada por la *Teoría de la Dependencia* (Frank, 1991), conocida como *estructuralismo cepaliano* (Rodríguez, 1980).

La denominación “cepaliano” proviene de su origen en la CEPAL y “estructuralismo” deriva de su objeto de estudio que es la estructura económica mundial. Entre los autores destacamos a Prebisch (1964), Furtado (1968) y Cardoso (1968, 1973) quienes utilizaron como objeto de estudio a la estructura económica mundial e introdujeron una nueva categoría de análisis “Centro-Periferia”. Esta categoría proviene de la división

internacional del trabajo, sobre la cual los términos de intercambio en el comercio mundial son desfavorables para los países que se especializaron en la producción de la materia prima y se los denominó *Periferia* y favorables para las naciones industrializadas llamadas *Centro*. Al considerar que esta condición está determinada por esa estructura dependiente para su funcionamiento, surge de este modo el clivaje desarrollo-subdesarrollo. Es decir, la categoría de análisis que utiliza este paradigma está basada en el *deterioro de la relación de intercambio*, que es el resultado de la diferencia entre el bajo costo de los productos primarios que exportan los países en desarrollo confrontado al alto precio de los productos manufacturados que importan los países industriales en el mercado internacional. Esta diferencia tiende a incrementar porque la demanda de manufactura por parte de los países subdesarrollados generalmente es más elevada que sus exportaciones de materias primas. De igual modo, y en consecuencia, se produce la distribución desigual del ingreso que repercute también en el desequilibrio de la balanza de pagos.

A largo plazo esta condición caracterizada por la discrepancia en adquisición tecnológica, nivel de producción e ingreso, acrecentó las diferencias entre ambos y se popularizó como “ampliación de la brecha del desarrollo” entre los países desarrollados y, quienes intentan alcanzarlo, los subdesarrollados. El pensamiento del Estructuralismo Cepaliano realizó un giro conceptual del desarrollo porque la mirada económica paulatinamente incorporó el estudio de los movimientos sociales. Además, esta teoría hizo hincapié en el análisis del concepto subdesarrollo, y fue tomada para la elaboración de políticas públicas emanadas desde el Estado, por lo que podemos inferir que influyeron en la concepción del *Desarrollismo*.

A propósito, la década de los años 1960 se caracterizó por la identificación con el “Tercer Mundo” o “en desarrollo” de América Latina (Connell Smith, 1971: 257). Al respecto, la toma de conciencia de la pertenencia al Tercer Mundo hizo que los nuevos Estados modificaran los temas tradicionales de su historia diplomática por una política anti-statu quo “dentro de cuyo marco aprendieron a actuar: tercermundismo, solidaridad, nacionalismo económico”, etc. (Drekonja-Kornat, 1993: 15). “Esos años fueron testigos de nuevos esfuerzos de América Latina para reducir su dependencia económica de los Estados Unidos, sea formando un frente común para negociar con ellos, sea ensanchando sus relaciones comerciales con países de fuera del hemisferio” (Connell Smith, 1971: 257). A partir de esta noción, se construyó una política exterior alternativa titulada *autonomía periférica*. Ésta es aquella en la cual “el respectivo actor reconoce las reglas (no escritas)

de juego del hegemónico y se da por satisfecho con una "autonomía relativa" (Drekonja-Kornat, 1993: 16). Entre los autores que estudiaron la autonomía periférica podríamos mencionar a Helio Jaguaribe⁵⁸.

Las políticas de Estado conocidas con el nombre *Desarrollismo* en América Latina están estrechamente vinculadas a las contribuciones del Estructuralismo Cepaliano pues los intelectuales que investigaron el tema fueron quienes luego ocuparon cargos políticos, desde donde ejercieron políticas públicas diseñadas según este análisis. El desarrollismo realiza una crítica a la visión clásica del comercio internacional basada en la Teoría de las Ventajas Comparativas. Esta corriente, al contemplar la división internacional del trabajo y la antinomia desarrollo-subdesarrollo, considera la superación del subdesarrollo a través de la intervención estatal. El Estado, entonces, tendría la misión de transformar la estructura productiva por medio de la industrialización y de un plan de inversión. El desarrollismo como corriente de pensamiento comprende el estudio de los medios y tácticas de una estrategia política de desarrollo, en la cual el desarrollo no puede ser alcanzado sin la intervención del Estado quien debería determinar las metas y seleccionar las prioridades; para esto es indispensable establecer industrias propias, habilitar el ingreso del capital extranjero, eliminar la inflación y lograr la estabilidad económica y financiera. En Argentina, estas ideas están asociadas a las figuras de Rogelio Frigerio⁵⁹ y Arturo Frondizi quienes le otorgaron al desarrollismo una concepción del desarrollo como sinónimo de independencia nacional de la realización del pueblo argentino como Nación soberana, integrada y en continuo proceso de maduración.

A partir de los análisis estructurales del comercio mundial, la CEPAL distinguió como países *periféricos* a aquellos exportadores de materias primas que se diferenciaban de los *centrales*, o industrializados, por la discrepancia del progreso técnico y la colocación inequitativa de las ganancias internacionales. En la periferia, el ingreso de tecnologías era insuficiente para cubrir la fuerza de trabajo necesaria. Los precios de las manufacturas importadas que se requerían para mantener las industrias livianas valían cada vez más en

⁵⁸ Recomendamos Jaguaribe, Helio (1982) "Hegemonía céntrica y autonomía periférica" en *América Latina y el nuevo orden económico internacional*, Hill, Eduardo; Tomassini, Luciano (Comp.), Bs. As.: Belgrano. 297 págs.

⁵⁹ Frigerio, Rogelio (1961) *Nacionalismo, Potencias Industriales y Subdesarrollo*, Bs As: Concordia S.R.L.; (1963) *Crecimiento económico y Democracia*, Bs As: Losada; (1965) *¿Hacer el desarrollo o remendar la vieja estructura?*, Bs As: Desarrollo; (1976) *La integración regional, instrumento de los monopolios*. (2ª Ed.). Bs As: Crisol; (1981) *Economía política y política económica nacional*, Bs As: Hachette; (1983) *Estatuto del subdesarrollo*, Bs As: Librería del Jurista; (1984) *Desarrollo y subdesarrollo económicos*, Bs As: Paidós; (1995) *La cultura nacional*, Centro de Estudios Nacionales, Provinciales y Municipales de Rosario.

comparación con los precios de las materias primas y alimentos que exportaban los países subdesarrollados. Estas condiciones ocasionaban una desigual distribución de la riqueza que absorbía las ganancias de los Estados periféricos hacia el centro, como hemos expresado, fenómeno titulado *deterioro desfavorable de los precios de intercambio*. Este deterioro de los términos de intercambio, para el estructuralismo cepaliano, es inseparable del subdesarrollo.

El período comprendido, en otro orden de cosas, también fue un ciclo de tensión en las relaciones interhegemónicas si consideramos a las crisis producidas en Berlín, a la caída del avión espía norteamericano en territorio soviético y, especialmente, a la Revolución Cubana que, por medio de la mencionada crisis de los misiles, condujo el ingreso de la Guerra Fría al continente americano. En julio de 1960, el “Che” Guevara anuncia que Cuba es parte del campo socialista. Tras varios acercamientos del gobierno cubano al poder soviético, los norteamericanos cesaron la cuota azucarera de la isla en su mercado. Luego de las elecciones presidenciales en Estados Unidos, John F. Kennedy (1917-1963), quien obtuvo el triunfo electoral frente a Richard Nixon, realiza una política que llamó “La Nueva Frontera”. Ésta hacía referencia a la necesidad de emerger del estancamiento interno y se basaba en una contraofensiva desplegada sobre diferentes frentes: el militar, el espacial, y particularmente, atraer a los países del Tercer Mundo. Estados Unidos buscaría evitar que los países no alineados se inclinaran hacia el comunismo, puesto que a partir del ejemplo de la revolución en Cuba, el presidente norteamericano relacionaba la pobreza y la marginalidad social como condiciones coyunturales que promovían los deseos revolucionarios. Así, Kennedy propuso una “revolución pacífica de la esperanza” (Kennedy, 1961) que resultaría en el programa llamado *Alianza para el Progreso*:

A nuestras repúblicas hermanas al sur de nuestras fronteras les ofrecemos una promesa especial: convertir nuestras palabras en hechos en una nueva alianza para el progreso, con el fin de ayudar a las personas y gobiernos libres a romper las cadenas de la pobreza. Pero esta pacífica revolución de la esperanza no puede convertirse en presa de potencias hostiles. Todos nuestros vecinos han de saber que nos uniremos a ellos para luchar contra la agresión o subversión en cualquier lugar de las Américas. Y que cualquier otra potencia sepa que este hemisferio pretende seguir siendo el amo en su propio hogar.

El programa de la Alianza para el Progreso fue adoptado a través de la aceptación de la *Carta de Punta del Este* en agosto de 1961. A pesar de que Cuba había participado de dicha reunión, no ratificó el convenio. Es a partir de la ***Conferencia de Belgrado*** en 1961 que el problema del desarrollo se relaciona ya no al Tercer Mundo, en el marco del enfrentamiento entre el Primero y Segundo de la Guerra Fría, sino a las desigualdades y el

clivaje entre el **Norte** y **Sur**. En el mismo año, asimismo, en las Naciones Unidas comienzan los “**Decenios internacionales para el desarrollo**”. En 1964 se celebró la ***Primera Conferencia de Naciones Unidas para el Desarrollo (UNCTAD)*** en Ginebra, de marzo a junio, que logró luego convertirse en un órgano permanente; en el marco de esta conferencia surgió el ***Grupo de los 77***, quienes eleboraron la ***Carta de Argel*** (Puerto Sanz, 2008: 67). Y en 1968, se celebró la ***Segunda Conferencia de las Naciones Unidas para el Desarrollo (UNCTAD)*** en Nueva Delhi.

A partir de los años setenta se va a constatar la falta de correspondencia entre el crecimiento económico, los procesos de industrialización y el incremento de la capacidad productiva que indudablemente se percibían en amplísimas áreas del mundo subdesarrollado y los avances, apenas perceptibles, cuando no claros retrocesos, en las condiciones mínimas de vida, en la reducción de los niveles de pobreza y en la evolución de la desigualdad de esas mismas áreas. (...) Se había confiado en la capacidad del crecimiento económico para superar el subdesarrollo y generar una mejora del bienestar de toda la población. Puerto Sanz (2008: 67).

Es a partir de los años 1968/1970 que según Morin se produce la crisis del desarrollo. Según el filósofo francés la instalación del “Mito del Desarrollo” estaría asentada sobre la base del mito de la sociedad industrial y el reduccionismo de carácter económico y burocrático que cayó en decadencia en esa época.

En resumen, podríamos indicar que mientras los primeros acercamientos teóricos al concepto desarrollo desde el paradigma de la modernización fueron realizados desde una mirada economicista, a partir de los estudios de teóricos como Cardoso y Faletto, comenzaron a introducirse enfoques sociológicos que en la década del '60 penetraron el ámbito político, desde la planificación, generando políticas públicas. Y en los '80, a la vez que los economistas reclaman mayor amplitud y conexión, comienzan los estudios de las relaciones económicas internacionales. El concepto **desarrollo** nace como sustantivo, luego aparece como correlato del **Tercer Mundo** lo cual se asocia a la idea de “**en vías de desarrollo**” como un verbo. Finalmente, al introducir las representaciones de estructura y dependencia nos encontramos con su antónimo **subdesarrollo**. De este seguimiento histórico conceptual observamos la incidencia de las variables tiempo, espacio, igualdad/desigualdad.

Los estudios y práctica de las relaciones económicas internacionales culminan en la aceptación de la crisis del desarrollo que según Morin comenzó en los '60. En la teoría económica se reconoció en 1980 cuando “se va a cuestionar la pertinencia y necesidad de una rama específica de la ciencia económica orientada al análisis de la naturaleza y problemática de las regiones subdesarrolladas del planeta y de las diferencias económicas a

escala mundial”; pues como advertimos es al mismo tiempo que se produce “la toma de conciencia en definitiva de la existencia de un problema de magnitud mundial” (Puerto Sanz, 2008: 23, 26). Asimismo, más adelante, será la Organización de las Naciones Unidas quien reconozca la crisis en *Cumbre de Monterrey* del año 2002 respecto a la ayuda para el desarrollo, que a continuación reforzaría esta idea en el 2015. Esto, debido a que ese año se estipuló como fecha límite para cumplir los *Objetivos del Desarrollo del Milenio* y, que al no cumplirse, enfatizan la necesidad de repensar el desarrollo y su crisis desde una perspectiva más amplia e inclusiva como podría ser la propuesta aquí desde el pensamiento complejo.

Capítulo 3: La contracorriente. La crisis del desarrollo

3.1. Introducción

En el capítulo anterior, hemos descripto la corriente sobre la cual se sustenta la idea de desarrollo a través del recorrido histórico conceptual de la idea de progreso. Ésta particularmente mediante su influencia en las ciencias tal y como la conocemos en la actualidad, fundamentada en los estudios realizados por el padre del racionalismo René Descartes y del empirismo Francis Bacon considerados, según Marradi, Archenti y Piovani (2007: 48-49), como la visión clásica del método (asentada en esa tradición filosófica occidental del racionalismo y el empirismo) que impactaron en el pensamiento filosófico contemporáneo del “método científico” y que admiten a ésta como única forma de obtener conocimiento donde “verdad y certitud son conjugables”. Por otra parte, asimismo, se presentan críticas a esta visión clásica del método que surgieron durante la orientación científicista que reinaba en las ciencias sociales. Por ejemplo, entre los cuestionamientos, se halla el rechazo a un único método y a procedimientos rígidos por seguir que no admiten la incertidumbre ni dan garantías. “El método es por lo tanto algo más complejo que una simple secuencia unidimensional de pasos” (Marradi; Archenti; Piovani, 2007: 52).

A partir del capítulo precedente podríamos inferir que la idea de progreso está basada en el racionalismo científico y tiene como soporte epistemológico al positivismo. El pensamiento de Comte basado en el orden y el progreso estimuló la concepción filosófica de la sociedad de su época, cuya influencia podríamos deducir que tuvo especial consecuencia en la formación de los Estados nacientes en América Latina. La idea de progreso paulatinamente entró en crisis durante el siglo XX, particularmente a partir de la primera guerra mundial. Esto produjo también repercusiones en el ambiente intelectual de la época. Al respecto, Nisbet (1996: 18) señala que si bien incluso hasta la Edad Media existía un respeto por la razón, el conocimiento y la ciencia que se consideraban valores para juzgar al progreso humano, durante el siglo XX se rechaza la ciencia y el racionalismo, enalteciendo al irracionalismo y al individualismo. Esta idea se vincula a la planteada por Savater (2009: 19) para quien “en la Ilustración, el progreso podía ser movimiento más certidumbre, tal como lo vimos en Condorcet; su idea es que las cosas se mueven y tenemos la certidumbre de que van para bien. En cambio en nuestra época hay movimiento y las cosas van cambiando, pero es movimiento más incertidumbre”.

En este marco, la incertidumbre es una idea que comienza a adquirir mayor interés entre los intelectuales, podríamos ubicar en esta visión a científicos tales como Ulrich Beck, Ilya Prigogine y Edgar Morin. En este encuadre, Edgar Morin, Ciurana y Motta (2002: 15) sostienen que la idea de método propuesta en la filosofía de Descartes “a lo largo de su obra subraya la necesidad de proceder, en toda búsqueda o investigación, a partir de certezas establecidas de una manera ordenada y en absoluto por azar”. Entonces consideran que el método comprendido de ese modo “es en realidad un programa aplicado a una naturaleza y a una sociedad vista como algo trivial y determinista” por lo que proponen que el método sea entendido como un camino y éste es el utilizado aquí, por la misma complejidad del objeto de estudio que analizamos: el desarrollo.

En la visión clásica, cuando una contradicción aparecía en un razonamiento, era una señal de error. Significaba dar marcha atrás y emprender otro razonamiento. Pero en la visión compleja, cuando se llega por vías empírico-rationales a contradicciones, ello no significa un error sino el hallazgo de una capa más profunda de la realidad que, justamente porque es profunda, no puede ser traducida a nuestra lógica. (Morin, Ciurana, Motta, 2002: 41)

Por lo tanto, y considerando que en el capítulo anterior se presentó la corriente de la conformación de la idea de desarrollo, en el presente capítulo se expresa la disonancia cognitiva que despliega ésta en la formación de su contracorriente conocida actualmente como “crisis del desarrollo”.

3.2. La crisis de la idea de desarrollo

“Todo el Tercer Mundo habla de desarrollo
pero no siempre está claro en qué consiste
ni se lo alcanza con frecuencia”
(Mario Bunge, 1980)

Tal como ya se ha señalado el concepto de desarrollo fue definido por diversas disciplinas científicas y dentro de las opciones teóricas existentes, presentamos al Paradigma de la Modernización de 1930, al Estructuralismo Cepaliano de 1945, el Desarrollismo de la década del '60, entre otras.

Tras el estudio del origen y la evolución histórica del término, debemos aquí examinar la crisis del desarrollo para comprender por qué ha surgido y de qué forma se vincula a otros problemas. Así, a través de la investigación, identificamos tres crisis de la idea de desarrollo. La primera es la señalada por Edgar Morin en los años '60; la segunda

es aquella surgida en la teoría económica del desarrollo en los años '80; y finalmente, aquella en el seno de las Naciones Unidas. Más precisamente, el reconocimiento de la crisis se manifiesta en el año 2002 por la incapacidad de la Ayuda Oficial al Desarrollo (AOD) para obtener el mismo. Y en el año 2015 esta insuficiencia se reafirma tras el incumplimiento de los Objetivos de Desarrollo del Milenio (ODM) para alcanzar esta meta; lo cual condujo a la formulación de una nueva agenda internacional para el desarrollo post-2015 conocida como Agenda 2030.

En cuanto a la primera manifestación de la crisis de la idea de desarrollo situada por Morin en la década del '60, podríamos mencionar aquí que durante ese período se observa en las sociedades capitalistas un descenso en la tasa de crecimiento, el aumento de la inflación y la elevación del desempleo. Para ejemplificar, nombramos la carta encíclica del Papa Pablo VI⁶⁰ promulgada el 26 de marzo de 1967 cuyo título en latín *Populorum progressio* es traducido por el Vaticano como *El desarrollo de los pueblos*. Una encíclica destinada a los países “en vías de desarrollo” que evidencia cómo la cuestión social de promover el progreso de los pueblos más pobres toma dimensión mundial. Asimismo, la visión cristiana del desarrollo ya anticipa que “el desarrollo no se reduce al simple crecimiento económico”. Recordemos que anteriormente se entendía como la meta del desarrollo al crecimiento económico, tal como lo rememoran Gudynas y Acosta (2011: 104) quienes además asocian esta expresión a su fundamento -es decir, a la idea del progreso- y a su medición, que comprende el incremento de exportaciones y la captación de inversión extranjera.

A través de la encíclica (1967: 4-5) podríamos inferir la concepción de un quiebre generacional en torno al concepto de “progreso” en tanto que se lo relaciona con la transición de las “civilizaciones tradicionales” a las “novedades de la civilización industrial”, al igual que hemos observado en el análisis económico y sociológico del desarrollo descrito en el capítulo anterior. Y, define como un dilema el “conservar instituciones y creencias ancestrales y renunciar al progreso o abrirse a las técnicas y civilizaciones que vienen de fuera, pero rechazando con las tradiciones del pasado toda su riqueza humana”. Más específicamente, la propuesta cristiana entiende que el desarrollo debe ser “integral, es decir, promover a todos los hombres y a todo el hombre” y que existe una “vocación al desarrollo” puesto que “en los designios de Dios, cada hombre está

⁶⁰ Ivan Illich (2002: 16) describe al Papa Paulo VI como “profundamente devoto de San Francisco de Asís, el esposo de la Virgen de la Pobreza. Y a pesar de ello, instruyó a sus fieles sobre el deber de incrementar la productividad y de asistir a otros en su desarrollo”.

llamado a promover su propio progreso”.

Esta visión integral del desarrollo, podríamos asociarla a la idea de Mario Bunge (1980) para quien ese concepto está basado en una interpretación particular de la sociedad e identifica cinco nociones de su desarrollo: la biológica, la económica, la política, la cultural y la integral. Al respecto señala que quien desee superar el subdesarrollo deberá, en primer lugar, elegir una concepción correcta de la sociedad, como un sistema analizable a su vez en cuatro subsistemas: biológico, económico, político y cultural. En este sentido, el autor considera que el desarrollo es integral puesto que debe ser biológico, económico, político y cultural a la vez; asimismo, aclara que “no se puede alcanzar un nivel desarrollado en uno solo de los cuatro aspectos, dejando los demás para un futuro incierto, porque cada uno de ellos es condición de los demás”. Respecto de esta concepción integral del desarrollo, la mide a través de “un vector con componentes biológicos (p. ej. longevidad), económicos (p. ej. mediana de ahorro), culturales (p. ej. mediana de libros leídos por año por persona) y políticos (p. ej. fracción de la población que participa de actividades políticas)”. Sobre ellas, además, considera que se debe formular un plan, promoviendo su “progreso simultáneo” (1980: 23-24).

Del mismo modo que Bunge, en el pensamiento documentado de la Iglesia Católica (1967) inferimos también la asociación de la idea de desarrollo a la idea de progreso. Este último, es del “hombre y del pueblo” entendido como un “avance de la humanidad”, dentro del habitual nacimiento, crecimiento y muerte de las civilizaciones, “por el camino de la historia”. Así como además “un deber”, que consiste tanto en el “crecimiento económico como el progreso social” donde “el tener más no es el fin último”; y de esta manera se vincula una vez más al desarrollo con la industrialización dado que ésta es “señal y factor” de aquél, por lo cual la alienta y aprecia la organización del trabajo que generó. Sin embargo, por otra parte, la Iglesia denuncia que este proceso trajo consigo la emergencia de un “subdesarrollo moral” definido como la avaricia que detenta contra la unidad amistosa de los hombres y contra la promoción del crecimiento del ser, y revela también la presencia de errores del progreso entendidos como los males del liberalismo en la utilización de la técnica para el crecimiento de la riqueza o tecnocracia. En definitiva, el desarrollo es “el paso, para cada uno y para todos, de condiciones de vida menos humanas a condiciones más humanas” y así, basado en el humanismo y recordando las palabras de Pascal, “el hombre supera infinitamente al hombre”. Y dado que “el desarrollo es el nuevo

nombre de la Paz”, alientan su promoción en el marco de las Naciones Unidas.⁶¹

A través de estos documentos podríamos decir que persiste y con mayor fuerza, la idea de desarrollo pero continúa el cuestionamiento de la idea de progreso y a delimitarse las áreas que involucran ambas. La crítica a la idea de progreso en el siglo XX, comenta Zaid (2004), fue criticada por parte de los jóvenes pacifistas “que se fueron en busca del amor, la naturaleza, las culturas atrasadas, las religiones orientales, la meditación, las drogas, las comunas y la vida centrada en el ahora, no el futuro mejor”. A través de la obra de Nisbet (1996: 470), nos interrogamos si podríamos vincular este regreso a la naturaleza también con la “degradación del saber” que comenzó a pensarse durante este período entre los científicos que cuestionaban sus propias labores.

Durante la década de los años '60, recordemos el surgimiento de movimientos de rebeldía juvenil quienes se expresaban disconformes e insatisfechos con la sociedad de consumo generada dentro del Estado de Bienestar. Particularmente, en Estados Unidos se produjeron entre otros hechos el asesinato del presidente John F. Kennedy en el año 1963, el comienzo de las protestas contra la Guerra de Vietnam a partir de 1964, y el asesinato de Martín Luther King en 1968. Ese mismo año, en París también los jóvenes protestaron a causa del cierre de la Universidad de Nanterre cuyas manifestaciones se volvieron cada vez más multitudinarias merced a la participación de otros sectores sociales, hasta alcanzar el detenimiento del país. Por lo que aquí nos interesa, la crisis del desarrollo que identifica Edgar Morin comenzó a vislumbrarse en esta década, enmarcada por la crisis planetaria, en la cual los principios de razón, progreso y desarrollo quedaron endeble. Fueron diversos los movimientos sociales que se desarrollaron en esta época entre los que podemos nombrar, además de los citados movimientos juveniles contraculturales ⁶², a los movimientos feministas, los pacifistas y los ecologistas.

Es significativo mencionar aquí, durante la década de los sesenta, tal como lo señala Díez de Velasco Vallejo (2009: 716), la creación y proliferación de organizaciones

⁶¹ Esta encíclica fue actualizada durante la celebración de su vigésimo aniversario por Juan Pablo II, a fines de los años '80, en su séptima encíclica titulada *Sollicitudo Rei Socialis*, dada en Roma, el 30 de diciembre de 1987, en la cual se reconoce que “el vocablo «desarrollo» proviene del vocabulario de las ciencias sociales y económicas. Bajo este aspecto, la Encíclica *Populorum Progressio* se coloca inmediatamente en la línea de la *Rerum Novarum*, que trata de la «situación de los obreros»”. Esto puesto que la “Encíclica *Rerum Novarum* de León XIII tiene como argumento principal « la condición de los trabajadores »: Leonis XIII P.M. Acta, XI, Romae 1892, p. 97”. La encíclica se encuentra disponible en: http://w2.vatican.va/content/john-paul-ii/es/encyclicals/documents/hf_jp-ii_enc_30121987_sollicitudo-rei-socialis.html#%24J

⁶² Aquí se incluyen las protestas universitarias acontecidas en Tlatelolco (México) y la Primavera de Praga en 1968, el movimiento Hippie, y podríamos incluir también al Partido Panteras Negras.

internacionales para la cooperación y la integración como así también de conferencias y textos en los cuales “el desarrollo económico aparece como un valor que inspira o justifica buena parte de las normas internacionales y de los comportamientos de los Estados”. Esta es definida como la “ideología del desarrollo” en tanto que “el desarrollo económico es en la actualidad un valor expreso o sobreentendido que el ordenamiento jurídico internacional debe procurar”. En este sentido, según Diez de Velasco Vallejo (2009: 725), la estrategia de las Naciones Unidas se basó en dos objetivos cuantificables que permitiesen a los países en vías de desarrollo aumentar su crecimiento económico a través de la ayuda de los países desarrollados. El primero fue alcanzar una específica tasa de crecimiento por cada decenio; y el segundo, que “la transferencia de recursos (públicos y privados) de los países desarrollados a los países en vías de desarrollo represente al menos el 1 por 100 del producto nacional bruto de los países desarrollados, y que de esta cuantía el 0,7 sea ayuda oficial al desarrollo”. Así, el 19 de diciembre de 1961, se inicia el “Decenio de las Naciones Unidas para el Desarrollo” a través de la Resolución 1710 (XVI) en la cual se reconoce que las diferencias entre los países “económicamente” desarrollados y los menos desarrollados ha aumentado y que “el ritmo del progreso económico y social de los países en desarrollo dista todavía de ser satisfactorio” (Naciones Unidas, 1961).

La transferencia de recursos es una cuestión que estuvo presente, asimismo, en las negociaciones sobre la revisión de la codificación del Derecho del Mar. El principio de la libertad de mares fue cuestionado por los “Estados en desarrollo y recién descolonizados”. Estos proclamaban su participación en la regulación jurídica como quedó manifestado en las Conferencias del proceso de codificación del Derecho del Mar, en 1958 y 1960. Especialmente durante la Tercera celebrada en 1973, en la cual se basaron “en el principio de soberanía permanente sobre sus recursos naturales y su derecho al desarrollo económico” (Diez de Velasco Vallejo, 2009: 477). Aprobaron la *Convención de las Naciones Unidas sobre el Derecho del Mar* (Naciones Unidas, 1982) cuyo artículo 144 indica que la Autoridad Internacional de los Fondos Marinos adoptará las medidas para promover la transmisión de tecnologías y conocimientos científicos, vinculados a las actividades de la Zona, a los “Estados en desarrollo” a fin de que todos los Estados Partes de la Convención se beneficien de ellos.⁶³ Incluso, en su artículo 148, insiste en promover

⁶³ Recordemos que previo a esta Convención, aparece la Humanidad como sujeto del Derecho Internacional a partir de la proclama de que los fondos oceánicos, los espacios marinos y el espacio ultraterrestre son patrimonio común de ella. El 18 de diciembre de 1967, por medio del representante de Malta en las Naciones Unidas, el embajador Arvid Pardo, se adoptó en la Asamblea General la resolución 2340 (XXII) titulada *Exámen de la cuestión de la reserva exclusiva para fines pacíficos de los fondos marinos y oceánicos y de su*

la participación de estos Estados en las actividades en la Zona “teniendo debidamente en cuenta sus intereses y necesidades especiales y, en particular, la especial necesidad de los Estados en desarrollo sin litoral o en situación geográfica desventajosa de superar los obstáculos derivados de su ubicación desfavorable, incluidos la lejanía de la Zona y la dificultad de acceso a la Zona y desde ella”.

“¿Deben los desiguales ser tratados de manera igual o desigual, como plantea ese antiguo refrán aún sin resolver?”(Frank, 1991: 17). Este hecho es significativo en tanto que, una vez más, se considera que los países subdesarrollados no pueden explotar los recursos de los fondos marinos debido a la falta de tecnología para realizarlo. En consecuencia, se apela a la transferencia de recursos de los países desarrollados a los países “en desarrollo”. Hirschman (1980: 1066) señala que “el desarrollo vigoroso de la corporación transnacional durante la posguerra planteó algunas cuestiones de “economía política” enteramente nuevas acerca del grado en que un país debería atraer, restringir o controlar a estos transmisores de tecnología y los productos modernos”.

A pesar de la transferencia de recursos, la situación de los países subdesarrollados no cambiaba. “La interdependencia, así percibida desde la UNCTAD, (...) hacía posible por tanto plantear de forma pública, (...) en la medida en que la mera transferencia de recursos desde los países desarrollados, por sí sola, era insuficiente para la superación del subdesarrollo y la dependencia” (Puerto Sanz, 2008: 59). Las sucesivas crisis económicas que tuvieron las economías de los países menos desarrollados y los grandes endeudamientos para salir de esta categoría, sumado al alto nivel de pobreza que presentaba la zona, impulsó al Movimiento de Países No Alineados a proclamar un nuevo orden económico internacional. Por lo tanto, en septiembre de 1973, se celebra la **IV Conferencia de Naciones Unidas para el Desarrollo** en Argelia en la cual se propone la convocatoria a una Asamblea General de la ONU. Durante ésta, realizada en 1974, a través de la labor del *Grupo de los 77* países en desarrollo, surgen dos resoluciones: la **Declaración del Establecimiento de un Nuevo Orden Económico Internacional (NOEI)** -Res. 3201 (S-VI)- y la **Carta de Derechos y Deberes Económicos de los Estados** -Res. 3281-XXIX- (Puerto Sanz, 2008: 58-59; Díez de Velasco Vallejo, 2009: 725; Frank, 1991: 65-66).

subsuelo en alta mar fuera de los límites de la jurisdicción nacional actual y del empleo de sus recursos en beneficio de la Humanidad, con el fin de autorizar la explotación de los recursos de los fondos marinos cuyo patrimonio sería común de la humanidad.

En el pensamiento de Puerto Sanz (2008) y en el de Frank (1991), podría además inferirse en el de Keohane & Nye (1995), estas resoluciones promovidas por los países subdesarrollados son interpretadas como consecuencia del éxito de la política llevada a cabo por los países productores de petróleo que conformaron la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP). “El Norte sólo asistió (...) porque la OPEP (...) -temporalmente- le había dado al Sur suficiente poder de trato como para sentar al Norte a la mesa de negociaciones” (Frank, 1991: 66). Recordemos que los países de la OPEP se habían beneficiado, entre 1973 y 1974, al aumentar el precio del barril de petróleo cuyo excedente se derivó hacia los países industrializados quienes tenían déficit en la cuenta corriente y estos, a su vez, lo prestaron a los países en vías de desarrollo -no productores de petróleo- con bajas tasas de interés. La segunda crisis del petróleo, a fines de los años '70, produjo nuevamente el superávit de la cuenta corriente de los países exportadores de petróleo cuyo excedente derivado a los países industrializados, luego, se transfirió como deuda a los países en vías de desarrollo -no productores de petróleo-. Tras las recesiones de la economía mundial, durante 1981 y 1983, los países en vías de desarrollo tenían dificultades para pagar su deuda externa y, en consecuencia, se incrementó su endeudamiento. En este contexto internacional, entonces, nos encontramos con una crisis en la economía internacional debido a las sucesivas crisis del petróleo y la recesión de las economías capitalistas, el fin del sistema de Bretton Woods por la ruptura de la relación del precio del dólar al oro, las crisis de la deuda en América Latina para financiar el desarrollo y la caída de las economías socialistas del Este europeo.

A estas crisis ya se les había incorporado la crisis ambiental que reconocía el Club de Roma en 1972 a través del informe presentado *Los límites del crecimiento* (1972). Los problemas medioambientales fueron incorporados a la agenda internacional a través de las conferencias realizadas por las Naciones Unidas, más precisamente, en Estocolmo del 5 al 16 de junio de 1972 donde se realizó la *Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Medio Humano* en cuyo seno se gestó el “Decálogo de Estocolmo” sobre el Medio Ambiente que inicia un nuevo derecho internacional, el derecho del medio ambiente. “Ya en 1975 se plantea como alternativa a la noción de desarrollo identificado con el crecimiento económico, la idea de <<el otro desarrollo>> que tiene como objetivo prioritario la satisfacción de las necesidades y como eje central la armonía con el medio ambiente” (Diez de Velasco Vallejo, 2009: 729).

En este sentido, **Ivan Illich** (2002), quien participó en la elaboración del *Diccionario*

del desarrollo (Sachs, 1992), aborda la temática de la crisis del desarrollo a partir del concepto de las *Necesidades*. Para él, el *homo oeconomicus* –referido anteriormente– fue reemplazado por el *homo miserabilis*, un cambio de la naturaleza humana asociada a la idea de escasez y necesidad surgido luego de la segunda guerra mundial. A partir de allí, fines de los años '40, señala el autor que se comienza a medir la pobreza tomando como indicador al Producto Nacional Bruto (PNB) cuya composición “extrae de la realidad aquellas características, y sólo aquellas, que los economistas pueden digerir. A fines de los 70 era obvio que, bajo la égida del desarrollo, la mayoría de la gente se empobrecía a medida que el PNB crecía”. Es interesante señalar aquí que “la nueva estrategia de las necesidades básicas para el Tercer Mundo planteaba garantizarle a cada uno un mínimo nivel de vida básico en alimentos, albergue, vestimenta y, en algunas versiones, también en salud, educación etc.”, luego, nos indica Frank (1991: 65) que la crisis económica hizo abandonar esta práctica política y la brecha entre los países ricos y pobres se incrementó.

Respecto a la década de los años '70, entonces, además del citado NOEI predominó el enfoque de las *necesidades básicas* que fue estimulado, entre otros autores, por **Paul Streeten** (1978); él consideraba a ambos complementos necesarios (Frank, 1991: 66). Como hemos mencionado, Mochón y Beker (1997: 3) nos señalan que la economía “se ocupa de las cuestiones que surgen en relación con la satisfacción de las necesidades de los individuos y de la sociedad”. Los autores entienden por necesidades humanas a la “sensación de carencia de algo unida al deseo de satisfacerla”. Al respecto, Illich (2002) asocia el progreso a la insatisfacción, la carencia, la necesidad, y en consecuencia, el desarrollo es concebido como los hábitos de necesitar. También ubica el surgimiento de este concepto en la posteridad de la segunda guerra mundial, junto al discurso de Truman, y señala el cambio en la concepción de la naturaleza humana del hombre común al hombre necesitado, el cual depende de bienes y servicios.

La noción de las necesidades, según Illich, fue relacionada al desarrollo económico y social: en el caso del discurso de Truman, se concibió como una ley universal del progreso para el individuo o grupos aislados que involucra a toda la humanidad en sus economías nacionales; asimismo, en el caso del discurso de Kennedy, se buscaría destruir los vínculos heredados, en los cuales las necesidades abarcan más que las de naturaleza económica sino también de naturaleza social, por lo tanto, su propuesta fue un programa de autoayuda para el progreso social como base para el crecimiento económico.

En los fines de los años '50, Illich indica que se produjo un cambio en la medición de

este crecimiento -recordemos que hasta ese entonces se realizaba a través del PBI- puesto que se añade a la idea de producción, la capacidad de la gente de producir. Podríamos asociar esto a la incorporación de las teorías sociológicas del desarrollo. En consecuencia, el desarrollo se diferencia del crecimiento económico en tanto aquel incorpora además del PBI, a los obreros o personas insuficientemente calificadas; es decir, se incorporan aspectos económicos y sociales. El concepto de *capital humano*⁶⁴ que se había desarrollado aproximadamente en la década de los '60, con el trabajo de **Theodore W. Schultz** (1902-1998) (1960)⁶⁵, comprendería la interpretación del desarrollo como un proceso, un movimiento de las sociedades. Esta idea es estudiada por **Amartya Sen** (1998)⁶⁶ quien elabora su “enfoque de las capacidades humanas” que, como veremos a continuación, fue recogido por el PNUD para crear su idea de “Desarrollo Humano”.

Por otra parte, al mismo tiempo hacia 1968, encontramos *La crisis de la teoría del desarrollo y las relaciones de dependencia en América Latina* de **Theotonio dos Santos** (1976, 2017)⁶⁷ -éste había sido estudiante de André Gunder Frank- para quien en la década del '60 se manifiesta una crisis económica profunda en América Latina como una ruptura con “los años optimistas de la década del 50”; y cuya interpretación podríamos asociarla a la identificación de la crisis del desarrollo ubicada en la misma década por Morin. El economista pone de manifiesto algunas críticas a los supuestos de la incipiente “teoría del desarrollo” que procuraba, en aquel entonces, ser una disciplina independiente:

En primer lugar, el modelo de sociedad desarrollada es el resultado de una abstracción ideológica (porque es formal y por tanto ahistórica). ¿Qué es una sociedad desarrollada? Los modelos conocidos son Estados Unidos, Europa, Japón y la Unión Soviética. Según se cree, se trata de “legar” a estos estadios de desarrollo. Se pretende, pues, que se va a repetir la experiencia histórica de estos países o, por lo menos, que se va a llegar a un modelo de sociedad semejante a las existentes. En general, se ha pretendido que es posible reducir el desarrollo a un modelo formal cuyo contenido sería susceptible de variación histórica. Por ejemplo, se supone que el desarrollo exige un agente impulsor que tanto puede ser el empresario (como en el caso de los países capitalistas) como el Estado (en el caso de los países socialistas).

⁶⁴ Este concepto es definido “en toda su brutalidad”, según Illich (2002: 17), por S. Rosen en su obra “Human Capital: A Survey of Empirical Research”, en R. Ehrenburg, *Handbook of Labour Economics*, vol. I, Greenwich, Jai Press, 1972.

⁶⁵ Siguiendo a Frank (1991: 27) sabemos que en aquel entonces era responsable del Departamento de Economía de la Universidad de Chicago y posteriormente ganador del Premio Nobel.

⁶⁶ Amartya Sen es Premio Nobel en Ciencia Económica en el año 1998 y sus obras más reconocidas son *Poverty and Famines: An Essay on Entitlement and Deprivation*. Oxford: Clarendon Press, de 1981 y, de 2000, *Desarrollo y libertad*, Bs. As.: Planeta.

⁶⁷ Si bien encontramos citas del artículo publicado en 1968, dado que no hemos podido hallar el material, hemos utilizado el libro que se menciona en la bibliografía final. Así, podríamos considerar que el artículo original pertenece a la siguiente publicación: “La crisis de la teoría del desarrollo y las relaciones de dependencia en América Latina” en Boletín *Centro de Estudios Socioeconómicos*, Universidad de Chile, 1968, pp. 39. Y que pertenece a la ponencia presentada en la reunión de la Asamblea General del Consejo Latinoamericano en Ciencias Sociales (CLACSO), celebrada en Lima, en octubre de 1968.

El tiempo histórico no es unilineal, no hay posibilidad de que una sociedad se desplace hacia etapas anteriores de las sociedades existentes. Todas las sociedades se mueven paralelas y juntas hacia una nueva sociedad. Las sociedades capitalistas desarrolladas corresponden a una experiencia histórica completamente superada, sea por sus fuentes básicas de capitalización privada basada en la explotación del comercio mundial, sea por la incorporación de amplias masas trabajadoras a la producción industrial, sea por la importancia del desarrollo tecnológico interno de estos países. Ninguna de esas condiciones históricamente específicas se puede repetir hoy día. (dos Santos, 2017: 128-129)

Durante los *Treinta Gloriosos* (1945-1975), expresión de Jean Fourastié, podríamos observar el crecimiento de la expansión económica en algunos países industriales sin fluctuaciones, junto a la transformación del sistema de trabajo, el mantenimiento de pleno empleo, la innovación tecnológica y la producción en masa.⁶⁸ Conocida también como la *Edad de Oro* por los angloamericanos y caracterizada por el Estado de Bienestar, esta época o situación de crecimiento continuo se detuvo y la crisis apareció en varios aspectos. Uno de ellos fue la caída del dólar en 1971 que produjo, como hemos mencionado, el quiebre del modelo de Bretton Woods por el abandono de la convertibilidad del dólar en oro. Asimismo, la citada crisis de la OPEP en 1973 que ocasionó estanflación y el incremento de la deuda externa de los países, principalmente latinoamericanos. Por otra parte, la crisis del bloque comunista se manifiesta en el ascenso de Deng Xiaoping en China y el comienzo de su política de liberalización que condujo a ese país hacia 1978 a la estrategia de las “Cuatro Modernizaciones”. Del mismo modo, la caída del muro de Berlín en 1989 y el fin de la U.R.S.S., nos trasladan de la Guerra Fría al nuevo escenario internacional conocido como *globalización*, sobre el cual hemos expuesto en el primer capítulo.

Tras la crisis del bloque comunista y el fuerte incremento de intercambio comercial, tomaron protagonismo otros actores internacionales conocidos como empresas transnacionales y el neoliberalismo, gradualmente, reemplazó al Estado de Bienestar. Sobre esta transformación, Hobsbawm (2003: 279-280) describe que “durante la edad de oro la economía siguió siendo más *internacional* que *transnacional*” hasta que “empezó a aparecer, sobre todo a partir de los años sesenta, una economía cada vez más *transnacional*”. La proliferación de nuevos organismos internacionales reflejan un nuevo panorama mundial que, en 1979, impacta en el pensamiento de **Kenneth Waltz**, el cual a través de su obra *Teoría de la Política Internacional*, despliega al Neorealismo en las Relaciones Internacionales e introduce la idea central de “sistema”, influenciado por el debate entre las teorías sistémicas y reduccionistas del contexto. La aparición de nuevos

⁶⁸ Sobre esta cuestión, véase Fernández Pinola, Ma. Laura (2012) “Y a-t-il une crise de la classe ouvrière française au début des années 1960 ?” en *Revista Complejidad* N° 17, Octubre-Diciembre.

actores en el mundo que cuestionan el poder centralizado en la figura de los Estados, como las Organizaciones No Gubernamentales (ONG), las Empresas Transnacionales (ET) y las Organizaciones Intergubernamentales (OI) manifiestan que los problemas cada vez más pierden la exclusividad nacional y obtienen un enfoque internacional. Si bien en los países centrales tienen una gran reputación, en los países periféricos algunos de estos actores pierden prestigio por ser consideradas un instrumento de intervención e injerencia de las potencias centrales en los asuntos internos de aquellos.

La participación de estos grupos, empresas e instituciones da como resultado el desarrollo de una nueva complejidad en las relaciones internacionales. Hay más actores involucrados en los procesos políticos, y las decisiones emanadas de estos ya no inciden sólo en el Estado-nación, sino en el resto de quienes influyen en ellas, incluyendo al ciudadano individual (Mingst, 2007: 394-395).

Estos fenómenos repercuten también en las elaboraciones teóricas de las Relaciones Internacionales, a través de Joseph Nye y Robert Keohane quienes analizan el comportamiento de los procesos dentro del sistema internacional dando origen al concepto de *Interdependencia Compleja*, tras publicar en 1977 su libro *Poder e interdependencia. La política mundial en transición*.

3.2.1. El desarrollo como disyuntiva teórica

Los estudios críticos sobre la idea de desarrollo se prolongan durante los años '80. Entre los críticos aparece la figura de **Samir Amín** (n. 1931) a través de sus obras *El desarrollo desigual* (1986) y *La desconexión: hacia un sistema mundial policéntrico* (1988) y **Cornelius Castoriadis** (1922-1997) quien atestigua haber percibido junto a otros⁶⁹ la crisis del desarrollo en los años '50 pero que “nadie escuchaba, pues existía el “crecimiento” de los países ricos y se iba a “desarrollar” a los otros” (1986: 76). En los inicios de esta década del '80, entonces, comienza a cuestionarse más enfáticamente la pertinencia de una rama específica en la ciencia económica sobre teoría del desarrollo. Tal como hemos mencionado, aquí es cuando, según Puerto Sanz (2008: 24), la Economía del Desarrollo se independiza convirtiéndose en una rama o subdisciplina de la ciencia económica, a través de la figura de Albert O. Hirschman quien es reconocido como uno de sus padres fundadores. Entre sus obras destacamos *Auge y ocaso de la Teoría Económica del desarrollo* (1980), la cual para nosotros, es el indicador de la segunda crisis que

⁶⁹ Alude por ejemplo a los debates en la revista *Socialismo o Barbarie* de pensadores como Morin, Léfort, entre otros.

identificamos en la idea de desarrollo, surgida en la teoría económica.

Nos interesa especialmente el abordaje de **Albert Hirschman** (1980) porque lo consideramos un hito en la investigación sobre el desarrollo dado que su trabajo presenta un esquema comprensivo de la disyuntiva entre el “auge” y el “ocaso” del estudio de esta cuestión en la ciencia económica. Él afirma que el objeto de estudio de la “economía del desarrollo” es “el desarrollo económico de las regiones más pobres del mundo situadas primordialmente en Asia, la América Latina y África” y es clasificada por el autor como una posición híbrida dentro de las teorías que rechazan la tesis monoeconómica y afirma la posibilidad del beneficio mutuo, que surgió por los problemas económicos de los países subdesarrollados y el deseo de encontrar una solución a ello “dentro del sistema internacional existente y mediante el uso de los instrumentos disponibles a sazón, o que se creían disponibles, como la ayuda extranjera en gran escala”.

Del mismo modo, el autor considera que el surgimiento de la economía del desarrollo se vio beneficiado por el “descrédito sin precedente en que había caído la economía ortodoxa como resultado de la depresión de los años treinta”. Así, desde allí y en mayor medida luego de la segunda guerra mundial, “se puso en claro que la industrialización habría de ocupar un lugar importante en cualquier política activa de desarrollo de muchos países subdesarrollados”. Sin embargo, al aplicar estas políticas, el autor señala que “las observaciones posteriores fortalecieron la convicción de que el desarrollo industrial de las áreas menos desarrolladas requiere enfoques novedosos”.

Entre las razones por las cuales la economía del desarrollo entró en crisis, el autor señala que ésta fue construida sobre la idea de “país subdesarrollado típico” y no coincidía con la realidad. Es decir, “el desarrollo proseguía a tasas muy diferentes y asumía formas muy distintas en los diversos países de la América Latina, Asia y África”. Esta cuestión se profundizó durante la década de los años '60 en el Tercer Mundo, por asuntos políticos vinculados a la idea de desarrollo como modernización, en palabras del autor: “Cuando se observó que la promoción del crecimiento económico comprendía no pocas veces una secuencia de hechos que suponían un retroceso grave en esas otras áreas, incluida en gran medida la pérdida de derechos civiles y humanos, se sacudió la confianza que en sí misma mostró nuestra subdisciplina en sus primeras etapas”.

En consecuencia, en los años setenta, nos indica que los estudios sobre el desarrollo comenzaron a indagar sobre la *distribución del ingreso*. Y posteriormente, en la década de los '80 el foco de estudio de la economía del desarrollo se centró en las *necesidades*

básicas, como hemos tratado ya en el apartado anterior; ampliando su medición a través del *ingreso per capita* a diversos indicadores en las áreas de alimentación, salud, educación, entre otras. De esta manera, el autor concluye que si bien “la economía del desarrollo nació como la avanzada de un esfuerzo que habría de generar una emancipación total del atraso. (...) Ya se ha puesto bien en claro que esto no puede hacerlo la ciencia económica por sí sola”.

En 1986 Hirschman presenta un artículo que enfatiza que “el enfoque económico da cuenta en forma demasiado simplista aún de los procesos económicos más fundamentales, como ser la producción y el consumo” y propone incorporar postulados más complejos donde se cuestiona el supuesto clásico de la elección del individuo como un “actor racional” por el de dos nuevos recursos: la capacidad de autovaloración y el amor. Podríamos vincular estas ideas a las que elabora también Edgar Morin en tanto rechazo a la racionalización. Del mismo modo y en el mismo año que Hirschman, Castoriadis (1986) cuestiona a Occidente por colocar a la “razón” como soberana, en entender por “razón” la racionalización, y por racionalización la cuantificación”. Esto se produjo simultáneamente con el ascenso de la burguesía y condujo a pensar que “el crecimiento ilimitado de la producción y las fuerzas productivas es de hecho la finalidad central de la vida humana”. Castoriadis señala que el término desarrollo se utilizó en ese momento, en que “el “progreso”, la “expansión”, el “crecimiento” no eran esenciales a todas las sociedades sino de las occidentales que crean un “crecimiento autosostenido”, es decir, pueden crecer indefinidamente. A pesar de aplicar diferentes medios en “los países en vías de desarrollo”, no condujeron al desarrollo del “Tercer Mundo”.

En consecuencia, para el autor, la crisis del desarrollo es la crisis de los siguientes “postulados” y de las correspondientes significaciones imaginarias” que fueron cada vez menos aceptados:

“la “omnipotencia” virtual de la técnica; la “ilusión asintónica” relativa al conocimiento científico; la “racionalidad” de los mecanismos económicos; diversos lemas sobre el hombre y la sociedad que han cambiado con el tiempo, pero todos los cuales implican ya que el hombre y la sociedad están “naturalmente” predestinados al progreso, al crecimiento, etc.” (...) “que pueden ser manipulados de diversos modos para conducirlos allí”. (Castoriadis, 1986:50-51)

Proveniente de estos últimos, la racionalidad económica es cuestionada por la mensurabilidad de los fenómenos económicos que generan imprecisión cuando se establecen comparaciones entre países. Es por ello que los caracteriza como “carentes de sentido” y de “una apariencia engañosa”. Para ejemplificar, entre otros, menciona la

consideración al medio como un “don gratuito de la naturaleza”. Éste no lo es ante cualquier circunstancia ni ante la expansión de la economía, ni tampoco es determinado por un precio puesto que “nadie, por ejemplo, sabe cuál sería el costo de una reglaciación de los casquetes polares, en el caso que se fundieran”. Recordamos aquí que en ese momento “la crisis del medio” a la que se refiere también el autor es aquella del medio ambiente que por aquel entonces se estaba tratando a su vez en la escena internacional desde 1972 en la ya citada *Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Medio Humano*. De sus negociaciones, hemos comentado que se elaboró el “Decálogo de Estocolmo” sobre el Medio Ambiente que da comienzo al derecho del medio ambiente.

Al regresar a ese contexto internacional e intelectual de fines de los años ‘80, hallamos la *Nueva Dimensión del Desarrollo*, titulado así por el Derecho Internacional (Diez de Velasco Vallejo, 2009). Es decir, un consenso que sitúa al desarrollo como un derecho humano a través de la *Declaración sobre el derecho al desarrollo* del 4 de diciembre de 1986, de la Resolución 41/128 de la Asamblea General de las Naciones Unidas. Esta resolución es seguida, en 1987, por el informe titulado “Nuestro futuro común” también conocido como *Informe Brundtland*⁷⁰ elaborado por la *Comisión mundial sobre el Medio Ambiente y el Desarrollo*⁷¹ en cuyo seno se acuñó el término *desarrollo sostenible* que es “el desarrollo que satisface a las necesidades de la generación presente sin comprometer la capacidad de las generaciones futuras para satisfacer sus propias necesidades”. Más adelante, esta Comisión agrega que la “satisfacción de las necesidades y aspiraciones humanas es el principal objetivo de desarrollo”. En lo que respecta a la crisis del desarrollo, la Comisión nos habla también de la crisis del medio ambiente, ambas “producidas en 1980”. (Naciones Unidas, 1988). Actualmente, el desarrollo sostenible es definido “como el principio rector para el desarrollo mundial a largo plazo”. Consta de tres pilares: el desarrollo económico, el desarrollo social y la protección del medio ambiente (Naciones Unidas, 2018).

⁷⁰ Posterior a este informe, apareció el libro *Sustainable development: Exploring the contradictions* ([1987] 2003) de Michael Redclift, publicado por primera vez por Methuen & Co. Ltd, y editado por Taylor & Francis e-Library con el ISBN 0-203-71712-0 (Adobe eReader Format). Esta obra resulta recomendable para quien desee profundizar en el concepto de desarrollo sostenible, o a veces traducido como sustentable, y las contradicciones del mismo. Su introducción se encuentra disponible en: http://scholar.google.com.ar/scholar_url?url=https://content.taylorfrancis.com/books/download%3Fdac%3DC2004-0-16549-7%26isbn%3D9781134964994%26format%3DgooglePreviewPdf&hl=en&sa=X&scisig=AAGBfm0OEqlOuQwgZ3JJwMEQEOkMBC_PQ&nossl=1&oi=scholar

⁷¹ La Comisión fue creada por la Res. 38/161, *Proceso de elaboración de la perspectiva ambiental hasta el Año 2000 y más adelante*, de la Asamblea General de las Naciones Unidas, el 19 diciembre de 1983.

Esta idea de desarrollo sostenible que tiene en cuenta la satisfacción de las necesidades de las generaciones presentes y futuras, nos recuerda a lo señalado por Bury (1971: 11) quien revela que la idea de progreso, extendida hacia toda la humanidad a través de los estoicos y cristianos, “es en los últimos años cuando este principio ha recibido su más vasta ampliación al incluir a las generaciones futuras, las generaciones de los que todavía no han nacido”. También dice Bury (1971: 10), que la “esperanza de lograr una sociedad feliz en este mundo para las futuras generaciones –o bien de una sociedad a la que de modo relativo se puede calificar como feliz- ha venido a reemplazar, como centro de movilización social, a la esperanza de felicidad en otro mundo”.

Hacia fines de los '80, más específicamente en 1988 es cuando sitúa también Frank (1991) a la crisis del desarrollo puesto que en ese año es celebrado en Nueva Delhi el *Congreso de la Sociedad Internacional para el Desarrollo* cuya temática dominante era la crisis de éste. Pues, dice, “los latinoamericanos se lamentaban que los años ochenta fueron una “década perdida de desarrollo”. El ingreso y/o producto *per cápita*, índice que aún se usa como la principal medida oficial de desarrollo, había caído a un nivel de 10 a 15% más bajo que aquel de la década precedente. En África, el ingreso nacional *per cápita* había caído en más de un 25%”. Recordemos que en ese momento de crisis económica, descendió el precio de las materias primas, lo cual trajo pérdidas de ganancias para los países “en desarrollo”, que se sumarían al incremento del pago de la deuda externa (Naciones Unidas, 1988). Tras repasar la teoría y práctica del desarrollo, Frank admite que en aquel tiempo ninguno de los modelos de desarrollo resultaba adecuado ni para su presente ni para el futuro; su ensayo, como él mismo señala, fue escrito antes de la revolución en Europa oriental en 1989.

La caída del muro de Berlín, la desintegración del bloque soviético y el fin de la amenaza ideológica señalaron el comienzo de una nueva etapa en la cual “el colapso de la Unión Soviética como superpotencia con intereses políticos globales derribó muchas estanterías convirtiendo a la <<no alineación>> en un concepto poco menos que sin sentido” (Escudé, 1992: 85). El Sistema Internacional ya no sería bipolar y estaría enmarcado por la Globalización, donde el eje Norte–Sur prevalecería en la conciencia mundial. Las crisis financieras de los años noventa en Europa, México, Asia y Sudamérica junto al persistencia de la brecha del desarrollo podría reflejar los límites de las políticas económicas del F.M.I. y el Banco Mundial; al mismo tiempo que aumentan las interacciones entre estos actores del sistema internacional, y los límites originados por los

regímenes internacionales y fronteras permeables interestatales comienzan a ser difusas frente al poder estatal que es cada vez más cuestionado.

La agenda internacional estaba diversificada, establecía la importancia del fortalecimiento de la democracia, las cuestiones medioambientales, la preservación de los Derechos Humanos y la lucha contra el crimen organizado. Entonces, en los años '90, la Organización de las Naciones Unidas realiza las **Grandes Conferencias Mundiales** que surgen por iniciativa de su Secretario General Brutous Galis para tratar estas cuestiones planetarias. Entre las que se encuentran vinculadas al desarrollo mencionamos a la *Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Medio Ambiente y el Desarrollo* (1992), la *Conferencia Mundial sobre la Población y el Desarrollo* (1994) y la *Novena Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Comercio y el Desarrollo* (1996).

La preocupación mundial por el desarrollo, en el decenio de los '90, se manifiesta también en el artículo *The crisis in economic development theory* de **Thandika Mkandawire** (1990) quien reconoce que la Economía del Desarrollo ocupó un lugar privilegiado en los estudios del desarrollo debido a que una vez definido éste, el desarrollo económico - entendido como el crecimiento de los ingresos per capita, industrialización y alta productividad- fue el mayor componente de este proceso. “*Hence the branch of <<development studies>> that seemed to directly address itself too this material aspect of <<Development Studies>> enjoyed enormous prestige and received substantial financial support from the nation, states and foreign aid donors*”⁷² (1990: 211). Al comprender a la Economía del Desarrollo como un producto de una constelación de fuerzas políticas, sociales, económicas y emocionales tras la segunda guerra mundial, el autor considera que su crisis pareciera provenir justamente de esta genealogía ecléctica de la disciplina.

En este sentido, Mkandawire considera que las razones por las cuales observa una crisis en la teoría económica del desarrollo provienen de: (a) sus raíces intelectuales que estaban estrechamente vinculadas a la ideología socialdemócrata de posguerra del pleno empleo en la ingeniería social preventiva durante la guerra fría; (b) su cercanía y su compromiso instrumental con los Estados y las principales instituciones financieras internacionales; (c) su eclecticismo; (d) sus incursiones oportunistas en la experiencia histórica recogiendo ejemplos aquí y allá sin ningún aparato teórico claro; (e) su impacto

⁷² “Por lo tanto, la rama de los <<estudios de desarrollo>> que parecía abordar directamente este aspecto material de los <<Estudios de Desarrollo>> gozó de un enorme prestigio y recibió un apoyo financiero sustancial de la nación, los estados y los donantes de ayuda extranjera” Traducción propia.

incierto o incluso tangencial en políticas y eventos reales; y (f) su clasificación limitada por el contexto y práctica y desclasificación por autodefinición y autoengaño.

Entre estas causas, resulta sugerente la referida al estatocentrismo. Es decir, la percepción que el principal consumidor de esta idea fue el Estado y por ello su rol activo, contrario al pasivo asignado a la sociedad quien solía ser el objeto de “desarrollo”. El compromiso estatal fue reforzado por la popularidad de las fuerzas nacionalistas de los nuevos Estados que impulsaron a éste adoptando al desarrollo como su principal objetivo y al entusiasmo paternal del liberalismo occidental en ellos. Por otra parte, el autor también considera a la pérdida de rigor analítico de la Economía del Desarrollo puesto que en la búsqueda de reconciliar lo específicamente económico con lo “no económico” definido por otras disciplinas, avanzó a través del incremento de temas, hipótesis y teorías. En consecuencia, el campo de estudio gozó de tal libertad que en su camino promovió la ausencia de un filtro teórico que separase lo relevante y científico de lo intrascendente y acientífico. Al ser el autor investigador del desarrollo africano, se refiere al caso específico de África cuyo estudio no atrajo tantos economistas como otras partes del Tercer Mundo. Incluso, quienes trabajaron allí aplicaron modelos que no se relacionaban con las realidades y especificaciones del continente. Por ejemplo, advierte, durante los años '50 y '60 las teorías dominantes se preocupaban por la acumulación con “excedente de trabajo” o la transformación de la agricultura bajo condiciones arcaicas del campo feudal. Así como también el racismo y el colonialismo tendieron a hacer de África un campo fértil para una clase particular de teorización apologética basada en la explicación del comportamiento económico por referencia a ciertas peculiaridades culturales que se sustentan en las condiciones climáticas desfavorables, la presión demográfica, la “irracionalidad” de los africanos, etc.. Ésta última, sostiene el autor, debido a la disminución de la soberanía del estado africano frente a los poderes exteriores, es colocada como la causa de la crisis del subdesarrollo. Es por ello que considera que las teorías del “estado subdesarrollado irracional” son diseñadas para justificar el incremento de la interferencia de los poderes extranjeros en los asuntos políticos y económicos de África y en la búsqueda de estados burocráticos autoritarios racionales.

Mientras tanto, durante esta década, se propuso una salida del subdesarrollo a través del Banco Mundial junto al Fondo Monetario Internacional: los Estados se adherían a las políticas liberales para el desarrollo conocidas como el **Consenso de Washington**. Esta línea de pensamiento afirma que para alcanzar el desarrollo es necesaria la liberalización

del comercio, la inversión extranjera directa, fomentar las privatizaciones y la desregulación estatal. Básicamente, critican al estado y su intervencionismo. Según Puerto Sanz (2008: 62-67) durante esta época la visión neoclásica logra hegemonía en los estudios sobre el desarrollo:

Los instrumentos de desarrollo que históricamente se habían promovido (y, en concreto, el papel del estado) como obstáculos para el correcto funcionamiento de los mercados, por lo que la mejor política de desarrollo sería el desmantelamiento de los mismos. (...) Frente a ese intervencionismo volcado hacia el mercado interno y el fomento del potencial productivo local que buscaba alterar el patrón de especialización decimonónico (interpretado por la Economía del desarrollo como un obstáculo al desarrollo que había que superar), los estudios neoclásicos sobre el desarrollo van a proponer a las economías periféricas la integración en la economía mundial (...).

La continuidad de la idea de **Desarrollo Sustentable** en la escena internacional quedó manifestada en la *Conferencia de las Naciones Unidas sobre Medio Ambiente y Desarrollo*, celebrada en 1992, en Río de Janeiro, Brasil. Por otra parte, esta idea como eje conceptual tiene otro enfoque para los países “en vía de desarrollo” puesto que, tal como indica Mingst (2007: 452), la noción de “desarrollo sustentable reconoce la imposibilidad de los estados del Sur para desarrollarse del mismo modo que lo lograron Gran Bretaña, Estados Unidos, Alemania y otros países industrializados, es decir, por medio de la explotación desmedida de los recursos naturales”.

El concepto de desarrollo continúa en esta década siendo cuestionado por los intelectuales, para ejemplificar citamos a **Wallerstein** (1998) quien al respecto observa también la influencia de la idea del progreso en la génesis del mismo. El autor de *Impensar las Ciencias Sociales*, utiliza la categoría “sistema histórico” sobre la cual se sitúa en el mundo contemporáneo y analiza la economía del mundo capitalista. Según él, la noción de desarrollo es una fase del término de revolución industrial. Por lo tanto, considera que los investigadores deberíamos interrogarnos cómo conceptualizamos y cómo medimos, por ejemplo, los binomios conceptuales: Norte-Sur; Centro-Periferia. Y, por consiguiente, cree necesario rehacer el trabajo de las Ciencias Sociales y reconstruir de nuevo categorías conceptuales además de redefinir el método. En este punto podemos hacer hincapié en las consideraciones realizadas por Hoffmann (1991: 100) sobre Wallerstein:

En la visión de Wallerstein, el orden resulta de los intercambios desiguales impuestos por el sistema capitalista mundial, él niega la autonomía de los estados, los cuales son meramente los instrumentos de ese sistema. Las teorías de los sistemas interestatales no ignoran las variadas manifestaciones de dominación, pero enfatizan la dominación por un estado o la regulación del mercado mundial por los estados.

Por otra parte, en 1992, **Alexander Wendt** nos recuerda el debate entre neorrealistas

y neoliberales y presenta su propio análisis de las relaciones internacionales del cual surge su reconocimiento como fundador del constructivismo en el campo de las Relaciones Internacionales por su publicación de 1999 previamente citada. Es interesante mencionar que ese mismo año se produjo el *Movimientos globalifóbico* o *Altermundista* conocido como “La Batalla de Seattle”.

3.2.2. El desarrollo como dilema internacional

La Organización de las Naciones Unidas (O.N.U.) establece en su Carta constitutiva que la organización tiene como propósito “realizar la cooperación internacional en la solución de problemas internacionales de carácter económico, social, cultural o humanitario, y en el desarrollo y estímulo del respeto a los derechos humanos y a las libertades fundamentales de todos, sin hacer distinción por motivos de raza, sexo, idioma o religión”, art. 1, párrafo 3. Asimismo, en el art. 55, declara entre sus funciones la de promover “niveles de vida más elevados, trabajo permanente para todos, y condiciones de desarrollo y progreso económico y social”. Además, destacamos la Resolución 1515 (XV) de la Asamblea General sobre la “acción concertada en pro del Desarrollo” que diseña un plan para superar al subdesarrollo. Por otra parte, entre sus órganos subsidiarios, hallamos el mencionado Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) creado en 1966. Éste es uno de los numerosos programas que junto a los Fondos de las Naciones Unidas integran el Grupo de las Naciones Unidas para el Desarrollo (grupo creado por el Secretario General en 1997 para articular la cooperación entre la Asamblea General y el Consejo Económico y Social) y cuyo rol se volvió significativo, a partir de los años 1990, con la creación del concepto *Desarrollo Humano*.

La noción de Desarrollo Humano impactó en la modificación del indicador del nivel de desarrollo. Mientras que la tradición teórica tomaba como principal indicador el producto bruto interno (PBI), el PNUD lo sustituyó así por el grado de desarrollo humano siendo su medida el *Índice de Desarrollo Humano* (IDH). Éste está compuesto por cuatro indicadores: esperanza de vida al nacer, tasa de alfabetización, ingreso e incluye igualmente al PBI. Esta tradición teórica se mantuvo hasta la actualidad en la presentación de informes anuales conocidos como *Informes sobre Desarrollo Humano*.

Del mismo modo, la agenda internacional sobre el desarrollo, como hemos anticipado, fue guiada por los objetivos de desarrollo del milenio establecidos en la *Declaración del Milenio* de la Asamblea General de las Naciones Unidas, celebrada en el

año 2000, en el marco de la Cumbre del Milenio que establecían como fecha límite de su cumplimiento el año 2015. Dos años después de dicha declaración, la crisis del desarrollo comenzó a ser reconocida en la Cumbre de Monterrey, celebrada en el año 2002, organizada por las Naciones Unidas bajo el título de *Conferencia Internacional sobre la Financiación para el Desarrollo*. La mayoría de los estudios, como el de **Koldo Unceta** (2003) y **María Luz Ortega Carpio** (1994), coinciden en asociar la crisis a la cooperación al desarrollo entendiendo a éste como una meta a la cual se aspira pero que no se ha logrado alcanzar por medio de la colaboración internacional. Del mismo modo, el **PNUD** (2013) reconoce una crisis cuádruple que retrasó el progreso y cuestionó si el camino por recorrer puede ser sostenido conforme pasa el tiempo. Por este motivo, y al considerar que lograr estos objetivos es una responsabilidad global, aspira a analizar en profundidad estas circunstancias así como la formulación de una nueva agenda internacional para el desarrollo post-2015.

En lo que respecta al tema que nos ocupa, en este punto, nos interesa hacer hincapié en las consideraciones realizadas por **Comeliau** (1995) quien identifica los dilemas que plantea el desarrollo en el marco de las Naciones Unidas. En primer lugar, cuestiona si el desarrollo es el mismo para todos, este interrogante podría vincularse con la idea de autodesarrollo que describiremos de Morin. Al igual que él, por otra parte, Comeliau sostiene la importancia de integrar los componentes económicos, sociales y políticos en la reflexión y estrategia sobre desarrollo. Entre los dilemas que plantea, sostiene que para la ONU es desmesurado responder a las exigencias del desarrollo a nivel planetario; de este modo, propone la necesidad de delimitar la acción para el desarrollo, frente a otras esferas, puesto que los organismos y programas especializados atienden varios asuntos con múltiples y complejas actividades. De tal manera que el organismo reconozca también la variedad de componentes del término desarrollo puesto que, por ejemplo, en relación a los intercambios comerciales su visión es “estrecha y mercantil” basada en las “ventajas comparativas” de los acuerdos de Bretton Woods y G.A.T.T. (futura O.M.C.). Es por ello, incluso, que considera que las Naciones Unidas carecen de una doctrina propia sobre el desarrollo y reafirma la pertinencia de “promover una organización que sea verdaderamente mundial”. Para la persecución de este fin, Comeliau señala que la organización debería reestructurar su sistema, coordinar las dimensiones del desarrollo de forma tal que pueda actuar de manera integrada y coherente y, en definitiva, elaborar un concepto de desarrollo que acepte el pluralismo en su definición. Esta propuesta, en

palabras del autor, conlleva un riesgo de irrealismo dado que se enfrenta a la dificultad de contradecir al mismo tiempo los principios originados en el propio seno de las Naciones Unidas. Por ejemplo, podríamos inferir el derecho a la autodeterminación de los pueblos expresado en la *Declaración sobre la concesión de la independencia a los países y pueblos coloniales*, resolución 1514 (XV) del 14 de diciembre de 1960, como igualmente en la resolución 2625 (XXV) del 24 de octubre de 1970, ambas aprobadas por la Asamblea General de las Naciones Unidas, titulada *Declaración sobre los principios de Derecho Internacional referente a las relaciones de amistad y a la cooperación entre los Estados de conformidad con la Carta de las Naciones Unidas*.

En este sentido, podríamos relacionar esta dificultad al estudio realizado por Gudynas y Acosta (2011) quienes nos introducen el concepto del “buen vivir”. Esta noción del buen vivir se vincula con los planteamientos de Ayllón Pino y Dolcetti (2014) respecto a que derivó en la crisis del desarrollo. Ambos estudios observan la penetración de esta idea explícitamente en la Constitución de Ecuador y, aquellos primeros, además en la de Bolivia. Pero, en otro sentido, el buen vivir se vincula también como la manifestación de la “disolución de la idea de progreso” (Gudynas y Acosta, 2011). Más específicamente, se cuestiona la idea de progreso por los “errores y limitaciones” de las teorías sobre el desarrollo y el “buen vivir” surge como alternativa que busca preservar los saberes tradicionales, en donde no existe una representación de continuar un proceso lineal, o sucesión de estadios, dentro del cual tampoco aparece el subdesarrollo ni el desarrollo como meta, ni las distinciones de pobreza y riqueza como abundancia o ausencia.

3.2.3. El desarrollo como un mito

Por otra parte, varias investigaciones asocian a la crisis con la idea de que el desarrollo es un mito. Algunas de ellas son las de **Oswaldo de Rivero** (2001), **Arturo Escobar** (2007, 2011), **Celso Furtado** (1974), como del mismo modo **Edgar Morin** (1979) en *El mito del desarrollo*. Escobar (2011) señala que la crisis es de los modelos basados en las nociones desarrollo y modernidad, una “crisis de civilización” novedosa en tanto que combina una crisis ambiental, económica y cultural. Además, advierte un consenso en las últimas décadas de entender al desarrollo como un proyecto económico -capitalista e imperial- y cultural -modernidad europea y occidental-, que “privilegia el crecimiento económico, la explotación de recursos naturales, la lógica de mercado y la satisfacción material e individual”.

En cuanto al concepto de desarrollo como mito, los autores ubican su génesis en la modernidad. Entre ellos, identificamos a *Modernist Discourse and the Crisis of Development Theory*⁷³ de **Manzo** (1991) quien destaca las contribuciones de la teoría de la dependencia por contener elementos *contramodernos*, por ejemplo la visión de un futuro abierto, y desafiar el discurso moderno del desarrollismo. Sin embargo, ambas coinciden en proposiciones modernas tales como considerar al Tercer Mundo como un sujeto soberano de desarrollo el cual acepta a Occidente como el modelo a imitar. La autora también observa al año 1980 como crisis en la teoría de los estudios del Tercer Mundo, dado que los problemas socioeconómicos permanecían ascendiendo, a pesar de tres décadas de esfuerzos para alcanzar el desarrollo. Y manifiesta que esta crisis tampoco puede ser explicada por la teoría de la dependencia. Ésta es considerada por Manzo como *contramoderna* puesto que desafía los postulados por los cuales el mundo moderno fue colocado jerárquicamente en una oposición en relación a otras áreas del planeta las cuales permanecen “tradicionales”, que significa menos cosmopolitas, menos científicas, menos seculares, menos racionales, menos individualistas y menos democráticas. Así, expresa, el anterior mundo de “incivilizados” que había sido conquistado y asimilado por quienes sí lo eran, sería reemplazada luego por los “tradicionales” a ser conquistados, si fuese comunista, y asimilados si no lo fuera, en nombre de la modernización y el desarrollo.

Esta idea se vincula con lo planteado por **Alain Touraine** (1999) respecto de la crisis del desarrollo asociada con la “desmodernización” puesto que en ésta el desarrollo ya no se comprenderá como una sucesión de etapas por las que una sociedad emerge del subdesarrollo, para el autor, “el espacio y el tiempo se comprimen” dado que a la tradición no la sucede la modernidad. En este punto, es significativo destacar las palabras del autor quien sobre la desmodernización nos dice: “YA NO CREEMOS en el progreso”; sobre lo cual retoma las ideas expuestas por George Friedmann, en la obra que hemos considerado en nuestro primer capítulo, sin embargo considera que aún desconocemos los riesgos y victorias que aparecerán.

Esta conclusión resulta de la mayor importancia para los países del Tercer Mundo, pues pone en evidencia que la opción del desarrollo económico tal como se ha definido y practicado en esos países —o sea, un camino de acceso a las formas de vida de los actuales países desarrollados— es simplemente un mito. Sabemos ahora que los países del Tercer Mundo no se podrán desarrollar jamás si por esto debe entenderse ascender a las formas de vida de los actuales países desarrollados. (Furtado, 1974: 413).

⁷³ *Crisis de la teoría del desarrollo y discurso moderno* . Traducción propia.

Entonces, afín al problema que nos ocupa, a continuación presentamos la propuesta de Edgar Morin a través del pensamiento complejo como camino teórico-metodológico para pensar la crisis del desarrollo del presente.

3.3. El pensamiento complejo como camino teórico-metodológico para pensar la crisis del desarrollo del presente

El *paradigma de la simplicidad*, como señala Morin a lo largo de sus obras, tiene por principio develar la simplicidad escondida detrás de la aparente multiplicidad y desorden de los fenómenos. Lo simple no es nunca sino simplificado. A partir de someter un fenómeno complejo a la *reducción* y a la *disyunción*, se convierte en algo simple. En este caso, se entiende por disyunción la separación entre el observador y el objeto observado; asimismo, la reducción consiste en el estudio no de las totalidades sino de las partículas elementales, mensurables.

Nuestra época siempre está a la búsqueda de la piedra filosofal, la fórmula mágica que mecánicamente aplicada produzca el resultado deseado y así la certeza del cálculo racional pueda desplazar las incertidumbres y riesgos de la acción política. Sin embargo, lo que desean los buscadores de la fórmula mágica es algo simple, racional, mecánico; pero tienen que lidiar con algo complicado, irracional e incalculable. Como consecuencia se ven obligados, para presentar al menos la apariencia de una solución científica, a simplificar la realidad de la política internacional y a depender de lo que se podría llamar “el método de la causa única”. (Morgenthau, 1992: 58).

La búsqueda de principios simplificadores generales fue el gran motor del desarrollo científico durante el siglo XVIII que condujo, entre otros, a descubrimientos tales como la ley de gravitación general, el electromagnetismo, y las fuerzas nucleares. Estos acontecimientos tuvieron tanta importancia que se llegó a pensar que el desarrollo tecnológico y económico sería suficiente para alcanzar el desarrollo humano. Sin embargo, entre otras, trajo consigo el aumento de la polución, la hiper-especialización y la excesiva burocratización de las actividades.

El *paradigma de la complejidad*, presentado por el filósofo francés, propone una reforma del pensamiento que nos orienta a interpretar las cosas en su contexto y en el planeta. La autonomía humana, en este sentido, se vuelve compleja porque la autosuficiencia del hombre para hacer elecciones y tomar decisiones, sus actos, dependerán de su contexto. Es decir, el ser humano deberá adecuarse a estas condiciones conociendo el mundo en el cual está inserto para discernir según su criterio, con cierto grado de libertad. De esta manera, el Pensamiento Complejo plantea que las Ciencias Sociales deben rever el

problema de la definición de los conceptos porque se necesita una epistemología más compleja.

A través de Edgar Morin (1995: 387-389), el Siglo XX se puede examinar en cuatro principios según los cambios sociales: la mundialidad; el desarrollo tecnoeconómico; los conflictos de dominación y de emancipación; y finalmente, la dialéctica de las relaciones entre lo real y lo imaginario. En esta época de cambios, el intelectual francés (2007: 161) señala el surgimiento de una *crisis* que se extiende en el planeta. La crisis planetaria está vinculada a los problemas o amenazas globales -salud, demografía, medioambiente, desarrollo- y al poder para autodestruirse de cada individuo y de cada sociedad. En varias de sus obras, el filósofo francés (1990, 2006, 2007) utiliza la metáfora de la “espada de Damocles” para describir esta situación que hace referencia, a través de la bomba atómica, a la mencionada potencialidad autodestructiva de la humanidad.

3.3.1. Crisisología

Para ahondar sobre la cuestión, es necesario definir primero qué es *crisis* ya que este concepto que originalmente significaba decisión, por el contrario, actualmente pareciera significar indecisión. El Primer Diccionario Altermundista (Le Monde Diplomatique 2008: 84) asocia el concepto de crisis, derivado del griego y el latín, a la “fase decisiva de una enfermedad” que incluye al mismo tiempo tensión extrema y apertura hacia otra posibilidad. Asimismo, el término señala que cotidianamente hace referencia a “una ruptura de tendencia y/o exacerbación de una o varias contradicciones. Por ejemplo, se hablará de crisis económica, de crisis ecológica, de crisis social.”

Edgar Morin (1979: 227) vincula también la noción crisis a la medicina que es lo que permite el diagnóstico, y considera que éste por el contrario es eludido en sociología. Al complejizar el concepto, halla que el mismo involucra un avance de la incertidumbre y una regresión de la predictibilidad. La crisis, entonces, es definida por el filósofo (1995: 159-161, 172) como un *revelador* que descubre aquello que en la cotidianidad es imperceptible; y un *realizador* porque moviliza el cambio, la transformación, y comprende a la evolución como un proceso con rupturas y discontinuidades, opuesto a la visión lineal. De este modo, nos plantea que la noción moderna de crisis involucra incertidumbre, indeterminación, acción, decisión, cambio y transformación. Así, el sentido moderno de crisis ha reformulado el concepto desde un significado simple a uno complejo de la palabra.

Al respecto, Morin (1995: 159-172; 2006: 106-109) considera que el concepto de crisis ha sido expandido en todas las ciencias sociales y, debido a esta generalización, se vació de contenido. Por esto, le parece necesario realizar una *crisisología*. Una aproximación a este estudio le permite identificar una *policrisis* y los *feed back negativos* (aquellas retroalimentaciones que cancelan las desviaciones) y los *feed back positivos* (refieren a los crecimientos descontrolados) de ésta.

La perturbación exterior o interna puede desencadenar la crisis. El caso de la perturbación interna, la que más le interesa al autor, se trata de procesos aparentemente no perturbadores como un crecimiento demasiado grande o rápido. Así, la crisis nace de la situación de doble bloqueo o sobrecargas -bloqueo del sistema entre dos exigencias contrarias- que se manifiesta en la desregulación organizativa -disfunción, ruptura, *feed-back positiva* y conflicto que reemplazan a la funcionalidad, continuidad, *feed-back negativa* y la complementariedad-.

Por otra parte, el francés exhibe que el sistema involucra también desorden, el cual no impide su funcionamiento; por lo tanto, señala que la crisis implica tanto regresiones como progresos al mismo tiempo. Además, el bloqueo que se produce contiene el desbloqueo de realizaciones anteriormente inhibidas. Entre estas destacamos el desbloqueo de las actividades intelectuales que conduce, entre otros, al desencadenamiento de actividades de investigación que buscan brindar soluciones a través de la invención o innovación. La dualidad de la crisis se observa en la simultaneidad del riesgo y oportunidad que aporta. Es decir, a lo que cotidianamente nos referimos como “una puerta que se cierra es una puerta que se abre”. Hablamos de “crisis del progreso” porque durante el siglo XX podemos señalar diversos acontecimientos como la primera y segunda guerra mundial, genocidios, establecimiento de campos de concentración, y bombardeos nucleares que son interpretados como evidencias de que la humanidad, en lugar de estar cada vez mejor y alcanzar la felicidad como se creía, padeció varios desmoronamientos. Más específicamente, Morin (2006: 107) diagnostica al planeta con múltiples incertidumbres, esta policrisis impide las predicciones, genera rupturas de las regulaciones, manifestaciones de *feed-back* positivos, y peligros mortales que llevan en su seno mismo la búsqueda de salvación. La crisisología, en definitiva, proporciona conceptos que permiten abordar cada crisis y el estudio de su complejidad.

3.3.2. Crisis del Desarrollo

Durante los *Treinta Gloriosos* (1945-1975), como hemos mencionado, la crisis emergió en diversas formas. Entre ellas, Edgar Morin (1979: 229) identifica la *crisis cultural/civilizacional*, expresada en la marginación juvenil (crisis de la juventud); la crisis de la felicidad o insatisfacción; y finalmente, en las fisuras y líneas de ruptura dentro de la sociedad sobre la cual se opera un proceso de homogeneización. La crisis de la felicidad, generada en las sociedades más desarrolladas, es la primera crisis del desarrollo que manifiesta que la riqueza económica no sólo no soluciona problemas esenciales de la humanidad sino que también produce un retraso moral, afectivo y psicológico.

Asimismo, relacionada a la descripción precedente, el autor (1979: 234-239) considera el *síndrome ecológico* que conlleva la crisis del desarrollo. Por un lado, el neoarcaísmo/neonaturalismo expuesto en la búsqueda humana de acercarse a la naturaleza; fenómeno sobre el cual se revela que la idea de desarrollo es concebida como ganancia y conquista, a la vez que desposesión y pérdida. Vinculado también al aspecto de insatisfacción de la sociedad, aparecen las vacaciones en el campo como medio para alcanzar dicho contacto con la naturaleza. Las vacaciones asimismo están diseñadas también de manera racionalizada y burocratizada. Y finalmente, el último síntoma de esta crisis, es la *alerta ecológica* que comprende la renuncia a la idea de un crecimiento industrial infinito y a la idea reduccionista de que este crecimiento nos conduciría a resolver todos los inconvenientes que se suscitan en la cotidianidad.

En varias de sus obras, el pensador francés (1979, 1995, 2002, 2006, 2007) indica que el desarrollo fue una idea clave de los años de posguerra durante los cuales encontramos dos modelos diferentes para alcanzarlo: el capitalista y el comunista, junto a una zona que no se halla incluida en ninguno de los dos, el Tercer Mundo. “El gran mito de los años cincuenta, fuera bajo su forma <<capitalista>> o bajo su forma <<socialista>>, consistió en que el desarrollo, si bien no iba a dar *ipso facto* la felicidad, iba, al menos, a crear las condiciones reales para la expansión de la felicidad humana” (Morin, 1995: 395). En aquella época es cuando comienza a vislumbrarse la crisis del desarrollo que se revela, en palabras de Morin (1995: 394), porque la incertidumbre, la oscuridad y el mito reemplazan la certeza, evidencia y racionalidad que prevalecía. Al encontrarnos frente a una crisis del desarrollo veremos que lo que anteriormente se creía como cierto hoy es incierto.

Para el pensador francés (1995: 391; 1979: 223), el concepto de *desarrollo* presenta en primer lugar problemas desde el punto de vista biológico ya que no se trata de un término unívoco. Si se considera, por ejemplo, que el proceso de desarrollo involucra además limitaciones, constricciones y regresiones. Es decir, la creencia de que la noción de desarrollo es equivalente al desarrollo biológico sería errónea porque esta última implica la repetición de un proceso consignado genéticamente que, incluso, abarca la incidencia de más factores como los ambientales y socioculturales. Además, mientras que la concepción de desarrollo socioeconómico consiste en la formación de un futuro inédito, el biológico es regresivo.

La instalación del “Mito del Desarrollo” estaría asentada sobre la base del mito de la sociedad industrial, que cayó en decadencia a partir de los años 1968/1970. Y por otra parte, sobre el reduccionismo de carácter económico y burocrático, es decir, la creencia de que el crecimiento económico conduciría inevitablemente a todas las formas de desarrollo (Morin 1995: 392, 2002: 72-73). Respecto al primero, Morin (1979: 224-225) señala que tiene sus orígenes en la creencia, divulgada por Saint-Simon, según la cual los conflictos serían erradicados cuando las sociedades alcanzasen su desarrollo industrial. Al estudiar la historia, Saint-Simon identificó etapas sucesivas de organización o construcción y otras de crítica o revolución, sobre las cuales concluyó que el desarrollo de la razón social es conducido por la sociedad que reproduce el desarrollo de la razón individual. De esta manera, elaboró la formulación de una ley del progreso sobre la que la humanidad estaría sometida acorde a sus capacidades intelectuales.

De acuerdo al segundo de los aspectos, el crecimiento industrial conduciría inevitablemente al desarrollo económico, el cual traería aparejado el desarrollo social y demográfico, así, el proceso se autofinalizaría. Esta expansión poblacional, por otra parte, demandaría mayor crecimiento industrial. En consecuencia, en vistas al principio y al fin, se obtendría crecimiento industrial para sí mismo. Para los tecnócratas el indicador del crecimiento sería el mismo indicador del crecimiento industrial. Esto se considera porque la teoría tradicional relaciona el crecimiento con el crecimiento industrial. Para estos, la medición del desarrollo se hace a través de los indicadores o índices de crecimiento y curvas económicas. En este sentido, el desarrollo sería un mito humanístico y racionalista, unidimensional y pobre basado en una idea mecanicista y economicista (Morin, 1995: 393).

Morin (1995: 387) sostiene la tesis de que no debemos *privilegiar a un factor determinado despreciando la complejidad de la realidad*. Por ejemplo, es necesario incorporar las solidaridades, el saber y destreza de las sociedades tradicionales. Actualmente, percibe que existe crisis de desarrollo no sólo en las llamadas sociedades en desarrollo sino también en las sociedades desarrolladas. Respecto a la validez del modelo occidental de desarrollo, el pensador francés (1979: 231-232) describe que la felicidad y plenitud que prometía aquel una vez alcanzado el bienestar, derivaba en problemas de carácter existencial que antes no se percibían. Al respecto y como primer crisis del desarrollo, como hemos mencionado, si bien el crecimiento económico plantea bienestar y comodidad, a su vez presenta también un nuevo malestar en la civilización, puesto que ese desarrollo desenvuelve a su vez un subdesarrollo moral, afectivo y psicológico. Quizás podríamos identificar en alusión a esta idea vinculada a la necesidad afectiva, el movimiento *Free Hugs* como un ejemplo contemporáneo. También deberíamos tener presente las consideraciones de salubridad relacionadas al impacto ambiental que produce el desarrollo industrial.

Asimismo, por otra parte, en la promoción del desarrollo no se realizaron las consideraciones pertinentes respecto de las políticas públicas que derivaron en un proceso de homogeneización sociocultural del desarrollo, en el cual no se respetaron las culturas, costumbres y condiciones propias de los locales, regionales y grupos étnicos. Por ejemplo lo acontecido con los pueblos originarios. La integración de los mismos, expresado por Morin (1979: 232-233), conserva el carácter jerárquico pues coloca a las etnias en un nivel inferior o subordinado. Es decir, no se ha delineado aún un modelo que comprenda o integre tanto la expansión de la unidad genérica como la expansión de sus diferencias.

La idea occidental de desarrollo se conformó en base a una idea humanista racionalista y unidimensional del hombre. ¿Qué critica Edgar Morin de la visión o paradigma del humanismo occidental? Uno de los aspectos es la idea de la interasociación entre ciencia, razón, técnica e industria que conducirían al desarrollo entendido como expansión racional y cuantitativa (Morin, 1995: 391-392). Según el filósofo (1995: 391), la visión humanista occidental está basada en la creencia de que “la ciencia, la razón, la técnica y la industria están interasociadas; cada una desarrolla a la otra y todas garantizan el desarrollo del hombre; así este desarrollo se concibe como una expansión de la racionalidad”. Es significativo mencionar la apreciación del pensador respecto a que el desarrollo de la ciencia y la técnica, para occidente, están asociados al aspecto cuantitativo

y a la creencia de que es mejor cuanto más es, como también que ese crecimiento se expandirá cualitativamente. Además, critica la creencia de que “el desarrollo socioeconómico, sostenido por el desarrollo científico-técnico, asegura por sí mismo expansión y progreso de las virtualidades humanas, de las libertades y de los poderes del hombre” (Morin, 1979: 224). Por ejemplo, las nuevas creaciones tecnológicas concebidas como avance tecnológico no implica el progreso moral ni político.

En esa línea de pensamiento, el desarrollo no incluye a la incertidumbre ni se cuestiona que involucre lo contrario a lo que él mismo aspira. El escenario de desarrollo tecno-científico y económico limita así, a considerar el bienestar humano en términos cuantitativos y monetarios. Morin (1979: 231) cree que cuando el desarrollo económico está resuelto aparecen otros males derivados del mismo. Los anteriormente mencionados subdesarrollos moral, afectivo y psicológico, en palabras del autor, son suscitados y desenvueltos por el mismo desarrollo.

De este modo, podemos considerar que una vez logrado el bienestar económico, surgen interrogantes y aspiraciones en otros planos de la vida. Sin embargo, sabemos que en los países subdesarrollados también están estos problemas de aspecto moral, afectivo y psicológico, que se suman a los ya presentes de insuficiencia y/o carencia de capital. Para ejemplificar, citamos el caso de la “Masacre de Patagones”, en Argentina, del 28 de septiembre de 2004 cuando un joven conocido como Juniors disparó sobre sus compañeros de clase de primer año. Mató a tres de ellos.

En definitiva, el filósofo francés (1979: 223) enuncia que el desarrollo tiende a la formación de un futuro inédito, en el cual las finalidades no son evidentes, hay una ausencia de modelo constructor, y se caracteriza por su carácter errante e incierto. Además, Morin (1995: 398) agrega que “la crisis del desarrollo es también la crisis del control sobre el desarrollo de nuestro propio desarrollo”. De ahí que, fiel a su recorrido intelectual, piense en el desarrollo como una aventura.

3.3.3. Antropo-política: Hominización e itinerancia

Edgar Morin (1995: 394, 2006: 122, 1979: 242), entonces, considera fundamental repensar y complejizar el desarrollo. Es decir, no pensarlo en forma determinista ni simplista sino como un autodesarrollo, del hombre como individuo y como sociedad. De esta manera, se convierte en un medio y un fin a la vez, como el sistema auto-eco-organizador que es.

El pensador planetario (1979: 226) critica que la idea de hombre y la de sociedad en la noción de desarrollo es pobre, pues todavía no hay una antropología del hombre ni tampoco una teoría de la sociedad. Para ejemplificar, si nos interrogamos qué es un verdadero desarrollo social identificamos que al no tener una teoría de la sociedad, no podemos evaluar qué es. En primer lugar, esto se debe a la asociación que se hace del progreso del hombre y sociedades en dependencia de la expansión de la ciencia y la técnica.

Por otra parte, esto lo adjudica a que todavía no tenemos una teoría antropológica valedera que conciba verdaderamente al hombre. Este mito humanista está vinculado al mito que lo define sólo en términos unidimensionales, como por ejemplo *homo sapiens/faber*. En su obra *Introducción a una política del hombre* (2007) analiza la visión que brindan Marx y Freud sobre el mismo. Considera que ambas son insuficientes y proclama un nuevo modelo de humanidad que incluya la dialéctica de la relación entre individuo, sociedad y especie. Al mismo tiempo que integre la continuidad del proceso de hominización, es decir, en palabras de Morin (2006: 118), “el desarrollo de nuestras potencialidades psíquicas, espirituales, éticas, culturales y sociales”.

De esta manera, el desarrollo es visto desde un enfoque antropológico. Para continuar con el proceso de hominización deberíamos repensar el desarrollo, entenderlo como un autodesarrollo. Para Morin (1995: 394; 1979: 226) el desarrollo es *Autodesarrollo*, en el cual el prefijo *auto* se refiere tanto al individuo como a la sociedad. Aquí, como hemos mencionado, la noción desarrollo no sólo es el fin sino también el medio de un sistema autorganizador que incluye tanto a la sociedad como al individuo.

Edgar Morin propone de este modo una alternativa al concepto, quebrar los actuales esquemas de pensamiento. Para el autor se presenta un problema epistemológico en la forma de pensar el desarrollo. Es así como, desde su enfoque, realizamos una crítica a la idea simplista y unidimensional del desarrollo pues estas reflexiones están basadas en aquellas relacionadas a la crisis de la idea de progreso moderno. El pensamiento sobre la noción de progreso se funda en el supuesto de un proceso sucesivo y perpetuo que engendra inexorablemente la mejora o bienestar de la humanidad. Generalmente es asociado al avance científico y tecnológico, y único en la medida de que es el mismo para toda cultura y civilización. Sin embargo, los sucesos acaecidos durante el siglo XX revelaron lo endeble que resulta ser esta concepción tradicional y que pareciera no existir una ley que asegure el progreso, en consecuencia, el futuro es incierto. Así, el progreso y

desarrollo parecieran ser una ilusión.

El término desarrollo, según Morin (1995: 393), tiene una carencia fundamental porque es simplificador, mutilador, mecánico, lineal, racionalizador y eufórico. Además, todo desarrollo comporta regresiones, pérdidas y destrucciones. Por eso, el autor (2013 : 18-19) propone reemplazar la exigencia unilateral de crecimiento por una compleja que comprenda no sólo lo que es necesario que crezca sino también lo que es imperioso que disminuya. La crisis de la idea de progreso nos conduce a romper con el pensamiento clásico de un progreso lineal, ineludible, de una proyección determinista y de certidumbre histórica. Y a la necesidad de realizar una reformulación epistemológica, especialmente en el campo de las Ciencias Sociales y Humanas. Es imperiosa la incorporación de un metalenguaje epistemológico y teórico, es decir, de la palabra desarrollo que permanece en el primer nivel de lenguaje-objeto nos desplazamos a un nivel más abstracto. Desde una meta-perspectiva arribamos al *Metadesarrollo*.

El metadesarrollo, a través del principio auto-organizador, comprende a su vez el auto-desarrollo del hombre y de la sociedad. Esto nos conduce a repensar también la idea del hombre desde la antropología y de allí surge la calificación de antro-po-política. De esta manera, las políticas públicas estarían guiadas por la *Antro-po-política*, que es una nueva etapa en el proceso de hominización. La persecución de la hominización, de acuerdo a Morin (2006: 129), nos ayuda a abandonar la edad de hierro planetaria y a reformar la actual civilización para alcanzar aquella de la era planetaria. La antro-po-política está vinculada a la conciencia del destino común por los peligros comunes: armado nuclear, degradación de la biosfera, degradación del hombre por la heroína y el Sida. Sobre estas bases es que se construye la conciencia planetaria: 1. amenaza nuclear global, 2. conciencia ecológica, 3. el ingreso del Tercer Mundo al mundo, 4. desarrollo de la mundialización de la civilización, 5. mundialización de la cultura, 6. folklore planetario, y 7. teleparticipación planetaria (Morin, 1993, 2006).

Esta conciencia planetaria nos motiva a colocar, para los estudiosos de las Relaciones Internacionales, como objeto de estudio al Planeta Tierra. A partir de allí, elaborar la Agenda Planetaria, lo cual nos conduce a la conciencia de la necesidad de políticas públicas que incluyan la reformulación del concepto de desarrollo, es decir, su complejización como un metadesarrollo.

Reformular el concepto de desarrollo y reestructurarlo. No ya subordinar el desarrollo al crecimiento; sino el crecimiento al desarrollo. No ya subordinar el desarrollo social del hombre al desarrollo técnico/científico, sino el desarrollo técnico/científico al desarrollo humano

(Morin, 1995: 403).

Así, Edgar Morin (2006: 119) proclama la exigencia de concebir al desarrollo de forma antropológica puesto que este concepto debería ser estrictamente humano. No deberíamos reducir la noción al mero crecimiento económico, por el contrario, debería ser un término multidimensional. Incluso, transgredir toda civilización y cultura que se degrada y se regenera.

Entendemos, entonces, que el desarrollo implica tanto la extensión de las autonomías individuales como de la participación comunitaria (Morin, 2006: 121; 2007: 69). Es así en la medida que concibe al hombre en su unidad y diversidad compleja y no posee, por lo contrario, una noción del hombre fragmentada (Morin, 2006: 66).

Además, la política del desarrollo toma a su cargo las aspiraciones, es decir, las reivindicaciones fundamentales de la humanidad, en el bien entendido de que la satisfacción de una de esas reivindicaciones sería, además de punto de llegada, punto de partida para una nueva insatisfacción. (Morin, 2007: 69).

Al considerar Edgar Morin (2011: 17) a la incertidumbre como nuestro destino tanto en la acción como en el conocimiento, aquí debemos hacer hincapié en la idea de itinerancia. La itinerancia es una forma de movernos en el camino, es una aventura donde el final no está garantizado; en este caso, la promesa o certeza en el progreso no es efectiva porque nos encontramos ante un futuro inédito (Morin, 2007: 61-64; 2002).

De este modo, en definitiva, el filósofo francés pretende alcanzar el autodesarrollo, el cual comprende la multidimensionalidad de los problemas humanos. Una política del hombre que es una política planetaria y viceversa, y que involucra la reivindicación de sus necesidades poéticas.

En este sentido, Morin, Ciurana y Motta (2002: 90-93) proponen entre otros ejes estratégicos, directrices orientadas a problematizar y repensar el desarrollo junto a la crítica de la idea subdesarrollada del desarrollo. Así destacan la necesidad de una idea de desarrollo concebida de forma antropológica –es decir, centrada en el desarrollo humano–; multidimensional que reemplace la concepción del progreso como certidumbre por incertidumbre histórica; regenerativa puesto que el desarrollo es degradable; y que expanda las autonomías individuales y las participaciones comunitarias a la vez. Al mismo tiempo, rechaza la idea de subdesarrollo porque conlleva la devaluación de culturas milenarias por considerarlas supersticiosas e ignorantes. Por el contrario, el desarrollo debe incorporar en su finalidad la comprensión, solidaridad y compasión. En la propuesta de prosecución de la hominización, puesto que no percibe certidumbre ni ley del progreso, Morin proclama el

surgimiento de una *ética del desarrollo*.

Recapitulando, la contracorriente implicó un cambio de eje: de la linealidad del crecimiento económico como impulsor de las posibilidades de progreso y desarrollo, el análisis de la crisis viró el sentido hacia el ser humano, ya no solo como individuo, sino como parte de una comunidad, en el marco de la cual debe garantizar la plena realización de los diversos potenciales individuales y colectivos. En otros términos, implica el desarrollo concebido en términos multidimensionales, no deterministas y rearticulado permanentemente en función de objetivos establecidos conjuntamente entre los miembros de la comunidad.

Conclusiones

A lo largo de este trabajo se ha buscado explicitar tanto la configuración del concepto de desarrollo como su crisis ubicándolos en los momentos históricos de surgimiento de estos conceptos. Y se ha revelado tanto la insuficiencia y limitación de las teorías de las relaciones internacionales como de las teorías clásicas del desarrollo, porque ninguna considera los diversos aspectos de este fenómeno desde un abordaje que los integre e interrelacione multidimensionalmente. Si bien las relaciones dinámicas entre las naciones se enlazan con las ciencias económicas en la segunda mitad del siglo XIX, puesto que allí situamos la expansión de la economía capitalista a escala internacional, por el aumento en tamaño y extensión de los intercambios internacionales junto a su impacto en la economía doméstica, el resultado fue la concentración en una dimensión exclusivamente económica del progreso y el desarrollo. Frente a estas limitaciones epistemológicas, hemos señalado en esta tesis, la necesidad de repensar tanto la idea de progreso como la del desarrollo y sus respectivas crisis, desde una perspectiva más amplia e inclusiva como el pensamiento complejo, pues permite una interpretación omnicomprensiva de estos fenómenos, evitando sus determinismos.

En este sentido, se ha realizado una revisión de las principales teorías de las relaciones internacionales sobre su concepción acerca del desarrollo, abordando los principales debates teóricos dentro de la disciplina, haciendo hincapié en aquellas premisas relacionadas con la noción del desarrollo, que en todos los casos resultaron escasas y parciales. Del mismo modo los resultados de este análisis señalan que estos abordajes resultan insuficientes para comprender la actual crisis del desarrollo.

A partir de dicha exploración, elaboramos la siguiente clasificación. En primer lugar, los *Enfoques realistas del desarrollo*, que conciben a éste estrechamente vinculado a las cuestiones donde prevalece la figura del Estado como principal actor y su seguridad es esencial. Esta postura considera que la situación de subdesarrollo es uno de los desafíos a la seguridad mundial porque relacionan la pobreza con el surgimiento de conflictos internacionales. Proponen reemplazar el paradigma de control por el de seguridad sostenible que significa que en lugar de controlar las amenazas por medio del uso de la fuerza, se utilice la cooperación para atacar las causas subyacentes de esas amenazas.

En segundo término, los *Enfoques liberales del desarrollo*, que consideran que los conflictos pueden erradicarse si los Estados adoptan como régimen político a la

democracia, el libre comercio y constituyen una federación. También reconocen a los organismos internacionales como actores del sistema puesto que consideran que estos existen merced a que los Estados pueden cooperar entre sí, incluso hasta alcanzar la integración. Incluimos en este enfoque a todos aquellos que centrados en el estudio de la política económica internacional, consideran los impactos de ésta en el medioambiente y se especializan en el “desarrollo sustentable”.

El tercer tipo corresponde a los *Enfoques constructivistas del desarrollo*, los cuales se centran en la interpretación estructural del sistema internacional y reivindican la posibilidad de su reorganización y modificación. En cuarto lugar, los *Enfoques realistas periféricos del desarrollo*, que incluyen una reinterpretación del Realismo clásico de las relaciones internacionales para ser aplicado en el Tercer Mundo. Ese realismo periférico consistiría en la práctica de una política exterior realista realizada desde la periferia -es decir, en países dependientes, vulnerables y pocos estratégicos- que debería remover las dificultades para alcanzar el anhelado desarrollo.

Finalmente, la “*escuela postcolonial*” advierte que las relaciones internacionales convencionales son una expresión de la teoría del progreso occidental, y por lo tanto atravesadas por una visión estatocéntrica -el desarrollo sólo es posible dentro del Estado- y occidental -al referirse a los conceptos de progreso, civilización, modernización, desarrollo y globalización-. Por estar definido de este modo, objetan el concepto de desarrollo sostenido por las teorías clásicas.

En suma, luego de recorrer las principales teorías del campo de las relaciones internacionales, podemos concluir que a todas las atraviesa, en mayor o menor medida, el escaso peso que el concepto de desarrollo tiene en la estructuración teórica del campo. No sólo porque su tratamiento es insuficiente en las escuelas fundadoras de la disciplina, sino porque no ha sido considerado un componente fundamental del orden internacional, aún cuando éste está permeado por relaciones económicas. Desde nuestra perspectiva, consideramos que sí lo es porque puede ser una fuente de conflicto internacional cuando lo analizamos en su multidimensionalidad.

Estas reflexiones condujeron al interrogante que se pretendió responder en esta investigación: ¿la ausencia de la percepción de la complejidad en el paradigma del desarrollo heredado es uno de los componentes principales de la actual crisis del desarrollo?. Ante la problemática científica respecto del debate interno teórico y metodológico de la ciencia de las relaciones internacionales, la presente tesis incorporó el

pensamiento complejo para analizar el problema del desarrollo y comprender su actual crisis. Es decir, hemos presentado al pensamiento complejo como una opción teórico-metodológica para sumar al conocido espectro teórico de la disciplina -realismo, liberalismo y radicalismo- para abordar el estudio sobre el desarrollo en el campo de las relaciones internacionales.

Por consiguiente, para dar respuesta al objetivo general de este trabajo, exploramos, describimos y analizamos la construcción del recorrido intelectual y político del concepto progreso y su incidencia en el origen de la noción de desarrollo. Identificamos cómo el concepto de desarrollo se construyó históricamente al examinar su significado, descomponer sus fases hasta su penetración en el pensamiento internacional, y dimos cuenta que este devenir tiene como característica el determinismo.

En ese sentido identificamos cómo la **idea de progreso** vinculada al método científico clásico, a través del empirismo de Bacon y el racionalismo de Descartes, se consolidó en el siglo XVIII con la Ilustración. Se reafirma la estabilidad de la fuerza de la naturaleza y se sostiene que existe un aumento en el conocimiento debido al cambio (**desarrollo**, en el sentido de desenvolvimiento o llegar a ser lo que está en potencia) en el espíritu del hombre que se manifiesta en el saber, el cual es independiente del **azar** y de una voluntad exterior y permite concebir un **futuro abierto, incierto**. Del mismo modo que estas características permitieron concebir una **teoría de progreso del conocimiento** que sostiene la seguridad y la necesidad de realizarlo, dado que mejorar el mundo era un deber hacia la **posteridad** y la **felicidad** humana, posibilitarían el surgimiento de una teoría del progreso humano.

Desde nuestra perspectiva, explicar las diferencias de **grado de desarrollo** de una misma potencialidad a través del **ritmo de cambio** de un sujeto igual, constituye un eslabón que conecta con la concepción posterior de desarrollo y su grado de determinismo. Del mismo modo, operan las ideas de **cooperación** de la humanidad, hoy denominada cooperación internacional; la invariabilidad de las **leyes de la naturaleza** y la aplicación del **racionalismo** y el **empirismo** como métodos para conocerla que a su vez comporta **certidumbre**; el **bienestar** y la **felicidad** como **meta/fin** de los seres humanos y la facultad de decidir que posee la humanidad para mejorar el mundo como un compromiso ante las **próximas generaciones**.

Tras el recorrido histórico del concepto progreso hemos hallado su manifestación en el conocimiento, luego en el hombre, después en la perfección del progreso social y,

posteriormente, en el pueblo como en la totalidad de la humanidad. Ésta última considerada de forma lineal y evolutiva tras la incorporación de los habitantes del descubierto continente americano “nuevo mundo”, como poblaciones **inferiores/arcaicas/estacionarias/regresivas** en la gradación del progreso humano comparadas con las **avanzadas/industrializadas/superiores** del “viejo mundo” o continente Europeo.

La **igualdad - desigualdad** entre los actores (Estados, naciones, pueblos o seres humanos) es otro de los componentes presentes en la configuración de la nociones de progreso y desarrollo. Una idea de igualdad que a la vez que desracionaliza determinadas jerarquías entre los hombres (presupone que deben desaparecer las jerarquías entre las nobleza y la burguesía tanto para el acceso al poder político como para el ejercicio de las libertades), estabiliza otras que son construidas como “naturales”, como las diferencias de género, etnias y de clase social.

Para el pensamiento liberal la industria y el libre comercio debían favorecer el incremento indefinido de la riqueza. Para los socialistas, en cambio, el progreso se asocia a la reorganización social, que se daría en forma discontinua mediante revoluciones de la clase trabajadora. La idea de progreso ingresa a las ciencias sociales y comienza a ser tratada como una **ley** en la corriente conocida como positivismo. En este sentido es que para Comte el progreso está determinado, es irreversible e indefinido y no es posible saltar estadios en su desenvolvimiento. Estas ideas positivistas permean los nacientes Estados independientes latinoamericanos en el siglo XIX y llevan adelante políticas liberales basadas en estos supuestos entre las últimas dos décadas de ese siglo y hasta la crisis de 1930.

La idea de progreso, en resumen, se asociaba a la libertad, la igualdad, la perfectibilidad, y se caracterizaba por ser ineludible, natural, lineal, evolutiva, incierta, abierta, de un crecimiento indefinido de la riqueza o el conocimiento, que tiene como meta la felicidad, igualdad o desarrollo -entendido como la manifestación de aplicar la ciencia a las necesidades y comodidades de la vida-, especialmente para quienes habían quedado afuera del concepto de progreso en su configuración inicial.

A fines del siglo XIX, cuando los avances económicos, sociales y científicos se vuelven reversibles, **la idea de progreso ilimitado entra en crisis**, y sus contradicciones se ponen de manifiesto en la Primera Guerra Mundial. Se produjo la pérdida del valor humano, puesto que el ser humano se convierte en un *medio* en lugar del fin del progreso.

Así, el desarrollo de la industria derivó en varias consecuencias perjudiciales: la contaminación ambiental por residuos de carbón; la urbanización con superpoblación que condujo al hacinamiento y esto, a su vez, al aumento de la cantidad de defunciones por el mismo; deshumanización e individualismo; pérdida de la imaginación e iniciativa en los trabajadores especializados, trabajadores flotantes, pobreza. Particularmente, la situación de los obreros que se creía que iba a mejorar a través de la implementación de la ciencia y la técnica en la producción como en el consumo de las masas (Taylorismo y Fordismo) condujo a la insatisfacción y al aumento de las demandas dado que el sistema entró en una crisis continua. Esta sensación se agudizó con la depresión de la década del '30, que estableció que el crecimiento económico tenía un límite y que no era indefinido. Finalmente, la idea de progreso humano entra en un proceso de mayor declive por los hechos acontecidos en la Segunda Guerra Mundial. El holocausto, la guerra y las bombas nucleares en Hiroshima y Nagasaki que produjeron la rendición de Japón, mostraron cómo los avances tecnológicos no se corresponden con progresos en las dimensiones éticas de la humanidad.

A la par que se constata un cuestionamiento a la idea de progreso, aparece por primera vez la conceptualización de **desarrollo**, elaborado por Schumpeter en 1911, como algo diferente y definido por más variables que el crecimiento económico y el aumento poblacional. Sin embargo, cuando surgen las primeras teorías del desarrollo, por ejemplo el Paradigma de la Modernización, que ubicamos entre 1930 y 1945, la idea de desarrollo subyacente estaba muy influenciada por la idea de progreso, porque concibe al desarrollo en términos estatocéntricos, evolutivos y lineales, en el cual los Estados transitan diferentes estadios, pasando de sociedades tradicionales a sociedades industriales o modernas.

Es a partir del fin de la Segunda Guerra Mundial en que la mayoría de los autores (Morin, Escobar e Illich) sitúa el término desarrollo; coincidentemente cuando el Presidente de los EEUU Harry S. Truman enuncia en 1949 el inicio de la “era del desarrollo”. Por ello, para algunos autores se trata de un concepto occidental, de la posguerra y político, pero que a su vez podía darse en dos modelos diferentes: el capitalista (Primer Mundo) y el comunista (Segundo Mundo). En contrapartida, todo lo que no se encuadre dentro de estos parámetros será denominado Tercer Mundo y configurado como subdesarrollo o en algunos casos “en vías de desarrollo”.

El reconocimiento de las condiciones desiguales en que se encontraban los países

motivó la intervención de las autoridades para favorecer que los países subdesarrollados dejaran atrás esa situación. En este contexto, el nacimiento de las Naciones Unidas dio lugar al surgimiento de múltiples fondos, conferencias, programas y agencias especializadas en su seno para promover el desarrollo de los países. Entre ellos se destaca para la región latinoamericana la Comisión Económica Para América Latina y el Caribe (CEPAL), que origina el “estructuralismo cepaliano” e introduce las categorías centro-periferia para pensar el desarrollo. Esta separación proviene de la división internacional del trabajo, sobre la cual los términos de intercambio en el comercio mundial son desfavorables para los países que se especializaron en la producción de materias primas (periferia) y favorables para las naciones industrializadas (centro). El clivaje desarrollo-subdesarrollo surgiría de la dependencia determinada por esta estructura. Esta línea de pensamiento influiría en los gobiernos denominados “desarrollistas” durante la década de 1960 en toda la región.

En suma, el giro semántico en el concepto desarrollo se observa a partir de que nace como *sustantivo*, luego aparece como correlato del Tercer Mundo asociado a la idea de “en vías de desarrollo” como un *verbo* y finalmente, al introducir las representaciones de estructura y dependencia nos encontramos con su *antónimo*, el subdesarrollo. Sin embargo para un autor como Morin ese devenir no es más que un “mito del desarrollo”, asentado a su vez sobre la base del mito de la sociedad industrial y el reduccionismo de carácter económico y burocrático. La decadencia de este modelo comienza en los años '60 cuando los principios de razón, progreso y desarrollo quedaron endeble, pero su crisis se transforma en más evidente hacia 1968/1970 cuando la incertidumbre, la oscuridad y el mito reemplazan la certeza, evidencia y racionalidad que prevalecía en el paradigma clásico del desarrollo.

Para el autor el problema reside en la forma de pensar el desarrollo, pues tiene limitaciones epistemológicas de diverso orden. Por un lado en su abordaje biológico, el concepto resulta simplificado y transformado en unívoco; por otro, su raigambre en la filosofía positivista, asocia la idea de progreso y desarrollo a un camino irreversible, determinista y unidireccional. A su vez, en tanto se asienta en un paradigma del humanismo occidental racionalista, cree en el determinismo de la razón sobre otras dimensiones humanas y su consiguiente subdesarrollo de los planos moral, afectivo y psicológico. Finalmente, la utilización del concepto en las teorías clásicas del campo económico, reducen la idea de bienestar a los términos cuantitativos y monetarios.

Este diagnóstico lleva a Morin a repensar y complejizar la idea de desarrollo, ya no concebido en forma determinista ni simplista, sino como un auto-eco-desarrollo del hombre como individuo y como sociedad. Por ello identifica una crisis del desarrollo aún en sociedades consideradas desarrolladas, en las que muchas veces no se hallan presentes las redes de solidaridades que caracterizan a las sociedades tradicionales y que resultan indispensables para estructurar un proyecto humano y de sociedad, y un desarrollo en sociedades entendidas como subdesarrolladas. Así, la noción de desarrollo no sólo es el fin sino también el medio de un sistema autorganizador que incluye tanto a las partes en el todo como el todo en las partes.

Según el autor, la crisis que él identificó hace por lo menos cinco décadas, no sólo no ha finalizado, sino que se ha extendido en los años posteriores. En un libro reciente señala:

Cet aveuglement résulte également de la conception techno-économique du développement qui ne connaît que le calcul comme instrument de connaissance (indices de croissance, de prospérité, de revenus, statistiques prétendant tout mesurer). Le calcul ignore non seulement les activités non monétarisées comme les productions domestiques et/ou de subsistance, les services mutuels, l'usage de biens communs, la part gratuite de l'existence, mais aussi et surtout tout ce qui ne peut être calculé ni mesuré: la joie, l'amour, la souffrance, la dignité, autrement dit le tissu même de nos vies (Morin, 2012: 38).⁷⁴

Previamente a Morin, el filósofo Castoriadis realizaba un cuestionamiento similar y ponía el énfasis en el error de Occidente en haber puesto a la razón como eje del ser humano, haber “racionalizado” los mecanismos económicos y con ello haber confiado en una suerte de predestinación natural al progreso y al crecimiento, por considerar a la técnica relativa al conocimiento científico como omnipotente. Más recientemente, otros autores retoman esta idea de mito del desarrollo. Uno de ellos, Arturo Escobar (2011) la conceptualiza como “crisis de civilización” en la que se combinan una crisis ambiental, económica y cultural.

Sin embargo, la idea de crisis del desarrollo tardará en impactar en las disciplinas científicas; recién en la década de los '80 aparece un cuestionamiento en las ciencias económicas cuando se plantea la limitación de los instrumentos de políticas destinados al desarrollo, y se advierte que la superación de esta dificultad requiere una mirada que exceda el campo de la economía. Asimismo aparece la necesidad de observar las

⁷⁴ Esta ceguera resulta igualmente de la concepción tecno-económica del desarrollo que sólo conoce el cálculo como instrumento de conocimiento (índices de crecimiento, de prosperidad, de ingresos, estadísticas que pretenden medir todo). El cálculo ignora no sólo las actividades no remuneradas como la producción doméstica y/o de subsistencia, los servicios mutuos, el uso de bienes comunes, la parte gratuita de la existencia, sino también y sobre todo aquello que no puede ser calculado ni medido: la alegría, el amor, el sufrimiento, la dignidad, en otras palabras, el mismo tejido de nuestras vidas. Traducción propia.

diferencias entre los países subdesarrollados y las razones por las cuales el desarrollo no se produce. Mucho más tarde, en el nuevo milenio, impacta en organizaciones como las Naciones Unidas, cuyas estrategias inicialmente se orientaron principalmente a direccionar recursos de los países desarrollados hacia los en vía de desarrollo con el objetivo de aumentar su crecimiento económico. Hacia mediados de la década del '70 se introduce el concepto de “otro desarrollo” vinculado a la satisfacción de necesidades y como eje central la armonía con el medio ambiente y el desarrollo humano. Sin embargo, las revisiones sobre el concepto de crisis del desarrollo recién impactaron a nivel internacional cuando al verificar el incumplimiento de los ODM pactados para 2015, se abre la necesidad de repensar el desarrollo y su crisis desde una perspectiva más amplia e inclusiva.

Los sucesivos fracasos de las políticas para el desarrollo constituyen una evidencia del problema, tanto en la definición conceptual del desarrollo como en los mecanismos utilizados para alcanzar tal fin. Ello reafirma al pensamiento complejo como el camino teórico-metodológico para comprender esas limitaciones, a partir de una transformación del pensamiento que nos oriente a interpretar las cosas en su contexto y en el planeta, porque la crisis más aún en el presente, ha tomado una escala planetaria, vinculada a los problemas o amenazas globales -salud, demografía, medioambiente, desarrollo- y al poder para autodestruirse de cada individuo y de cada sociedad.

La propia definición compleja de crisis en el pensamiento morinista, distanciándolo de su significado clásico, hace referencia a una ruptura de tendencias y/o exacerbación de una o varias contradicciones y discontinuidades, opuesta a la visión lineal; que involucra amplios grados de incertidumbre, indeterminación, acción, decisión, cambio y transformación y por lo tanto, una regresión de la predictibilidad. Más aún, se trata de una policrisis que emerge de distintas formas (cultural, civilizacional, crisis de la felicidad, crisis del desarrollo) a escala planetaria.

Propone reemplazar la exigencia unilateral de crecimiento por una compleja que comprenda no sólo lo que es necesario que crezca sino también lo que es imperioso que disminuya. La crisis de la idea de progreso conduce a romper con el pensamiento clásico de un progreso lineal, ineludible, de una proyección determinista y de certidumbre histórica, y a la necesidad de realizar una reformulación epistemológica, especialmente en el campo de las ciencias sociales y humanas. Ello conduciría hacia un metadesarrollo, a través del principio auto-eco-organizador del auto-desarrollo del hombre y de la sociedad., por lo cual no sólo se centra en el desarrollo humano, sino que es multidimensional porque

reemplaza la concepción del progreso como certidumbre por incertidumbre histórica, regenerativa puesto que el desarrollo es degradable y busca expandir las autonomías individuales y las participaciones comunitarias a la vez. El camino que se emprende para alcanzarlo no es otro que un trayecto errante porque es la itinerancia la forma de movernos en el camino; una aventura donde el final no está garantizado, donde el futuro es inédito e impredecible.

En conclusión, en el actual sistema-mundo, en el que las relaciones económicas estructuran las relaciones internacionales como nunca antes, es indispensable para el campo epistemológico de la disciplina incorporar una perspectiva compleja que le permita expandir sus fronteras de pensamiento, en un contexto en que las desigualdades estructurales entre los países, resultarán siempre potenciales problemas de conflicto. En este sentido, creemos formular un aporte para fortalecer la perspectiva interdisciplinaria de las relaciones internacionales.

Bibliografía

1. Agusti, Wagensberg (eds.) (1998) *El progreso. ¿Un concepto acabado o emergente?*. Volume 52 of Metatemas Series. Barcelona: Tusquets.
2. Amín, Samir (1986) *El desarrollo desigual*. Obras Maestras del Pensamiento Contemporáneo. Barcelona: Planeta Agostini.
3. Amín, Samir (1988) *La desconexión: hacia un sistema mundial policéntrico*. Madrid: IEPALA.
4. Ashworth, William (1977 [1952]) *Breve historia de la economía internacional. Desde 1850*. Título original de la primera edición en inglés *A short History of the International Economy. Since 1850*. España: FCE.
5. Ayllón Pino, Bruno y Dolcetti, Michele (2014) “El Buen Vivir del Ecuador: crisis del desarrollo y cooperación internacional” en *Mural Internacional*, V. 5, N°1, JAN-JUN, pp. 28-37.
6. Baran, Paul Alexander (1959 [1957]) *La economía política del crecimiento*. Título original de la primera edición en inglés *The Political Economy of Growth*. Trad. de Nathan Warman. México: FCE.
7. Barbé, Esther (1989) “El estudio de las Relaciones Internacionales: ¿Crisis o consolidación de una disciplina?” en *Revista de Estudios Políticos* (Nueva Época). N° 65, Julio-Septiembre, pp. 173-196.
8. Barbé, Esther (2007 [1995]) *Relaciones Internacionales*. Tercera Edición. Madrid: Tecnos.
9. Bartolomé, Mariano C. (2006) *La seguridad Internacional post 11-S. Contenidos, debates y tendencias*. Instituto de publicaciones navales, Bs As: IPN Editores.
10. Bauman, Zygmunt (2010) *La globalización: Consecuencias humanas*. Bs As: FCE.
11. Bédarida, F. (1989 [1988]) “Las ciudades. Población y explosión urbana” en *Historia de las Civilizaciones 10: El Siglo XIX. las Contradicciones del Progreso*. Dir. por Asa Briggs y publicada bajo el título *The Nineteenth Century* en inglés por Thames and Hudson Ltd. de Londres, México: Alianza. Pp. 146-183.
12. Blaney, David L. & Inayatullah, Naeem (2008) “International Relations from below” en Christian Reus-Smit y Duncan Snidal, eds., *The Oxford Handbook of International Relations*. New York. Oxford University Press, pp. 663-674.
13. Bledel, Rodolfo (1957) *Política económica de los países insuficientemente desarrollados*. Cursos y conferencias. Centro de Estudios de Derecho. Argentina: F.U.L.P.
14. Bock, Kenneth (1988) “Teorías del progreso, el desarrollo y la evolución” en *Historia del análisis sociológico*. Tom Bottomore y Robert Nisbet (Comp.). Bs. As: Amorrortu.

15. Briggs, Asa (Dir.) (1989 [1988]) *Historia de las Civilizaciones 10: El Siglo XIX. las Contradicciones del Progreso*. Publicada bajo el título *The Nineteenth Century* en inglés por Thames and Hudson Ltd. de Londres, México: Alianza.
16. Bunge, Mario (1980) *Ciencia y Desarrollo*. Bs As: Siglo XX.
17. Burucúa, José Emilio y Glatzman, Gerardo Martin (1997) *Pensamiento científico: historia de la idea del progreso*. Bs As: Ministerio de Educación y Cultura, CONICET.
18. Bury, John (1971 [1920]) *La idea del progreso*. Madrid: Alianza. Título original: *The idea of progress. An inquiry into its origin and growth*. Londres: Macmilland and Company.
19. Cardoso, Fernando Henrique (1968) *Cuestiones de sociología del desarrollo en América Latina*. Santiago de Chile: Universitaria.
20. Cardoso, Fernando Henrique, Faletto, Enzo (1973) *Dependencia y desarrollo en América Latina*. Bs As.: Siglo XXI.
21. Castoriadis, Cornelius (1986) *El desarrollo. De su Apología a su Crisis*. Argentina: Docencia.
22. Ciurana, Emilio Roger (1999) *Reflexiones sobre el progreso y el desarrollo. Sobre la idea occidental de "progreso" y "desarrollo" El reflejo de un modelo de pensamiento reductor y simplificador así como de una determinada antropología*. Conferencia realizada en el marco del Instituto Internacional para el Pensamiento Complejo (IIPC). Cátedra Itinerante UNESCO "Edgar Morin" (CIUEM). Noviembre-Diciembre.
23. Comeliau, Christian (1995) "Les dilemmes du développement" en *The UNESCO courier: a window open on the world*; XLVIII, 10; p. 20-23. Disponible en: <http://unesdoc.unesco.org/images/0010/001012/101202fo.pdf#nameddest=101209>
24. Comte, Augusto (1982) *Discurso sobre el espíritu positivo*. Novena edición. Título original *Discours sur l'esprit positif*, publicado en 1844. Bs As: Aguilar.
25. Condorcet, Jean-Antoine-Nicolas de Caritat marquis de (1798 [1795]) *Esquisse d'un tableau historique des progrès de l'esprit humain*. Cuarta edición, Paris: Agasse.
26. Connell Smith, Gordon (1971) *El sistema interamericano*. México: FCE.
27. Corominas, Joan (1976) *Breve diccionario etimológico de la lengua castellana*. Madrid: Gredos.
28. Darby, Phillip (2008) "A Disabling Discipline?" en Christian Reus-Smit y Duncan Snidal, eds., *The Oxford Handbook of International Relations*. New York: Oxford University Press, pp. 94-105.
29. de Salazar Serantes, Gonzalo (2003) "Las fuentes de la investigación en las relaciones internacionales" en *Revista CIDOB d'Afers Internacionals*, Paris, diciembre 2003 – enero 2004, núm. 64, pp. 193-208.
30. De Rivero, Oswaldo (2001) *El mito del desarrollo. Los países inviables en el siglo*

XXI. Perú: FCE.

31. De Valbuena, Manuel (1817) *Diccionario Universal Latino-Español*. 3ª Ed. Madrid: Imprenta Real.
32. Del Arenal, Celestino (1994) *Introducción a las Relaciones Internacionales*. Chile: Tecnos. Disponible en: <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/27039.pdf>
33. Díez de Velasco Vallejo, Manuel (2009) *Instituciones del derecho internacional público*. Decimoséptima edición. Madrid: TECNOS.
34. Domar, D. Evsey (1946) “Capital Expansion, Rate of Growth, and Employment” en *Econometrica*, Abril, Vol. 14, Nº 2, pp. 137-147.
35. Dos Santos, Theotonio (1976, 2017) “La crisis de la teoría del desarrollo y las relaciones de dependencia en América Latina” en *La Dependencia Político Económica de América Latina*, 8va. Ed., México: Siglo XXI. Disponible en versión digital en *Colección Clásicos Recuperados*, octubre de 2017, Biblioteca Virtual de CLACSO, Buenos Aires: CLACSO, ISBN 978-987-722-264-7: http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/se/20171110035406/Dependencia_politico_economica.pdf
36. Drekonja-Kornat, Gerhard (1993) “Autonomía periférica redefinida: América latina en la década de los noventa” en María Mercedes Gómez, Gerhard Drekonja-Kornat, Juan Gabriel Tokatlian y y Leonardo Carvajal H., *Redefiniendo la autonomía en política internacional*, Documentos ocasionales, Centro de Estudios Internacionales (CEI) de la Universidad de los Andes, Nº 31, Julio-Septiembre. Bogotá: CEI.
37. ECOSOC (2005). El “postdesarrollo” como concepto y práctica social, in: Mato, D., Políticas de economía, ambiente y sociedad en tiempos de globalización. Caracas: Facultad de Ciencias Económicas y Sociales, Universidad Central de Venezuela.
38. Ekelund, Robert y Hébert, R. (1992) *Historia de la teoría económica y su método*. 3ra. Ed., Mc Graw Hill.
39. Engels, Friedrich (1981 [1884]) “Origen de la familia, la propiedad privada y el Estado a la luz de las investigaciones de Lewis H. Morgan” en *Obras Escogidas* (en tres tomos) de C. Marx y F. Engles. Tomo 3, págs. 203-352. Moscú: Progreso. Disponible en: <http://www.javeriana.edu.co/personales/jramirez/PDF/Engels-Origen%20de%20la%20familia.pdf>
40. Escobar, Arturo (2007) *La invención del Tercer Mundo*. Colombia: NORMA.
41. Escobar, Arturo (2011) “Una minga para el postdesarrollo” en *Signo y Pensamiento* 58. Comunicación y desarrollo. Tensiones entre hegemonías y emergencias. Vol. 30, enero – junio, Nº 58, pp. 306-312.
42. Escudé, Carlos (1992) *Realismo Periférico. Fundamentos para la nueva política exterior argentina*. Bs As: Planeta.
43. Fernández Buey, Francisco (1995) *La crisis de la idea de progreso. Del optimismo burgués al pesimismo postmarxista*. Semiosfera: humanidades-tecnologías / Universidad Carlos III de Madrid. Instituto de Humanidades y Comunicación

- "Miguel de Unamuno". ISSN: 1134-3974. Primavera-otoño, n. 3/4, pp. 5-22.
44. Ferrater Mora, José (1992) *Diccionario de filosofía*. Sexta reimpression. Madrid: Ed. Alianza.
 45. Ferrer, Aldo (2006) *De Cristóbal Colón a Internet. América Latina y la globalización*. Bs As: FCE.
 46. Frank, André Gunder (1991) *El subdesarrollo del desarrollo. Un ensayo autobiográfico*. Caracas: Nueva Sociedad.
 47. Friedmann, George (1977) *La crisis del progreso*. La edición original francesa titulada *La crise du progrès, 1936* fue publicada por Gallimard, Paris. Barcelona: Laia S. A..
 48. Furtado, Celso (1968) *Desarrollo y subdesarrollo*. Bs As.: Eudeba.
 49. Furtado, Celso (1974) *El mito del desarrollo económico y el futuro del tercer mundo*. Bs As: Ediciones Periferia.
 50. Galbraith, John Kenneth (1998) *Historia de la economía*. 8ª Ed. Barcelona: Ariel Sociedad Económica. El título original es *Economics in Perspective. A critical History*, cuya primera edición fue en 1987.
 51. Gallino, Luciano (2005 [1978]) "Sociología del desarrollo económico" en *Diccionario de sociología*. pp. 288-294. El título de la primera edición en italiano es *Dizionario de sociologia*. Bs As: Siglo XXI.
 52. García, A.; Laurelli, E.; Rosa, P. (2010) "El camino recorrido por la concepción de desarrollo: Discusiones y prácticas" en *Geograficando*. UNLP, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Departamento de Geografía ISSN 1850-1885, Vol. 6, N° 6, pp. 37-56. Disponible en: http://www.fuentesmemoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.4742/pr.4742.pdf
 53. Gilpin, Robert (1992 [1987]) *La economía política de las relaciones internacionales*. Bs As: GEL.
 54. Gudynas y Acosta (2011) "El buen vivir o la disolución de la idea de progreso", pp. 103-110 en *La medición del progreso y del bienestar. Propuestas desde América Latina*. Mariano Rojas (Coord.) Foro consultivo científico y tecnológico, AC, México DF (México),. Disponible en: <http://www.gudynas.com/publicaciones/capitulos/GudynasAcostaDisolucionProgresoMx11r.pdf>
 55. Harrod, R. F. (1939) *An Essay in Dynamic Theory. The Economic Journal*, Vol. 49, No. 193. (Mar., 1939), pp. 14-33.
 56. Hecker, Eduardo y Kulfas, Matías (2005) *Los desafíos del desarrollo. Diagnósticos y propuestas*. Bs As.: Capital Intelectual, colección Claves para todos.
 57. Hirschman, Albert O. (1980) "Auge y ocaso de la teoría económica del desarrollo" en *El Trimestre Económico*. pp. 1055-1077. México: Fondo de Cultura Económica.

58. Hirschman, Albert O. (1986) "En contra de la parsimonia: Tres formas fáciles para complicar algunas categorías del discurso económico" en *Colección estudios Cieplan* N° 19, Junio, Estudio N°115, pp. 135-147.
59. Hitler, Adolf (1983) *Mi lucha*. Bs. As.: E.T.C..
60. Hobbes, Thomas (2009). *Leviatán o la materia, forma y poder de una república eclesiástica y civil*. Argentina: FCE.
61. Hobsbawm, Eric (2010) *La era del capital, 1848-1875*. 6ª ed., 2ª reim.. Bs. As.: Crítica. El título original es *The age of capital, 1848-1875*, Weidenfeld and Nicolson, Londres.
62. Hobsbawm, Eric (2003) *Historia del siglo XX*. Cuarta edición. Bs. As.: Crítica.
63. Hobsbawm, Eric (1998) *La era de la revolución 1789-1848*. Bs As: Crítica.
64. Hoffmann, Stanley (1991) *Jano y Minerva. Ensayos sobre la guerra y la paz*. Bs. As.: Grupo Editor Latinoamericano (GEL). Colección Estudios Internacionales.
65. Illich, Ivan (2002) "Necesidades" en *Letras Libres*. Marzo, pp. 12-20. Fecha de consulta 06/07/16. Disponible en: <http://www.letraslibres.com/revista/convivio/necesidades>
66. Kaplan, Marcos (1969) *La formación del Estado Nacional en América Latina*. Chile: Universitaria.
67. Kennedy, John Fitzgerald (1961) *Discurso inaugural del Presidente John Fitzgerald Kennedy*. Discurso inaugural presidencial del día 20 de enero de 1961. Disponible en: <https://www.jfklibrary.org/JFK/Historic-Speeches/Multilingual-Inaugural-Address/Multilingual-Inaugural-Address-in-Spanish.aspx>
68. Keohane R. & Nye J. (1995 [1977]). *Poder e Interdependencia. La política mundial en transición*. Bs As: Grupo Editor Latinoamericano (GEL). Colección Estudios Internacionales.
69. Koselleck, Reinhart (2012) *Historia de los conceptos. Estudios sobre semántica y pragmática del lenguaje político y social*. Madrid: Trotta.
70. Krasner, Stephen D. (1989 [1985]) *Conflicto estructural. El Tercer Mundo contra el liberalismo global*. Bs. As.: Grupo Editor Latinoamericano (GEL). Colección Estudios Internacionales.
71. Krasner, Stephen D. (2001) *Soberanía, hipocresía organizada*. Bs. As.: Paidós.
72. Lascano, Marcelo R. (1984) *Desarrollo Económico. Teoría, historia, política*. 2da. Ed. Bs. As.: FORUM.
73. Le Monde Diplomatique (2008) *Primer Diccionario Altermundista*, ATTAC. Bs As.: Capital Intelectual.
74. Legro, Jeffrey & Moravcsik, Andrew (1999) "Is anybody still a realist?" en *International Security*, Vol. 24, N°2, Fall, pp. 5-55.
75. Lewis, W. Arthur (1958) *Teoría del desarrollo económico*. México: FCE.

76. Lewis, W. Arthur (1968) *Teoría de la planificación económica: los fundamentos de la política económica*. México: FCE.
77. Locke, John (1973). *Ensayo sobre el gobierno civil*. Madrid: Aguilar.
78. Manzo, Kate (1991) “Modernist discourse and the crisis of development theory” en *Studies in comparative international development*, N° 26, pp. 33-36.
79. Marradi, A.; Archenti, N. y Piovani, J. I. (2007) *Metodología de las Ciencias Sociales*. Bs. As.: Emecé.
80. Meadows, D.H.; Meadows, D.L.; Randers, J; Behrens, W. (1972) *Los límites del crecimiento: informe al Club de Roma sobre el predicamento de la Humanidad*. México: FCE.
81. Mesa, Roberto (1980) *Teoría y práctica de las relaciones internacionales*. Madrid: Taurus.
82. Mingst, Karen (2007 [2006]) *Fundamentos de las Relaciones Internacionales*. México: CIDE.
83. Mkandawire, Thandika (1990) “The crisis in economic development theory” en *Africa development*, CODESRIA, Vol: 15, N° 3/4, pp. 209-230.
84. Mochón, Francisco y Beker, Víctor A. (1997) *Economía. Principios y aplicaciones*. Segunda Edición. Madrid: Mc Graw Hill.
85. Morgan, Lewis H. (1946) *La sociedad primitiva o investigaciones en las líneas del progreso humano desde el salvajismo hasta la civilización a través de la barbarie*. Buenos Aires: Lautaro. Título original *Ancient Society* (1877).
86. Morgenthau, Hans (1992 [1948]) *Política entre las Naciones: La lucha por el Poder y la Paz*. BsAs: GEL.
87. Morin, Edgar (1988). *El Método. El conocimiento del conocimiento*. Madrid: Cátedra.
88. Morin, Edgar (1995) *Sociología*. Madrid: Tecnos.
89. Morin, Edgar (2002) *Los siete saberes necesarios para la educación del futuro*. Bs As: Nueva Visión.
90. Morin, Edgar (2006) *Tierra Patria*. Con Anne Brigitte Kern. Bs As: Nueva Visión.
91. Morin, Edgar (2007). *Articular los saberes. ¿Qué saberes enseñar en las escuelas?*. Bs As: Universidad del Salvador.
92. Morin, Edgar (2008a [1990]) *Introducción al Pensamiento Complejo*. Bs As: Gedisa.
93. Morin, Edgar (2008b [1999]) *La cabeza bien puesta. Repensar la reforma. Reformar el pensamiento*. Bs As: Nueva Visión.
94. Morin, Edgar; Attali, J.; Castoriadis, C.; Domenach, J. M.; Massé, P.; Mendès, Cándido (Dir.) y otros (1979) *El mito del desarrollo*. Barcelona: Kairós.
95. Morin, Edgar; Ciurana, Emilio Roger; Motta, Raúl Domingo (2002) *Educación en la era planetaria*. Salamanca: Universidad de Valladolid.
96. Morin, Edgar y Patrick Viveret (2011) *¿Cómo vivir en tiempos de crisis?*. Bs As: Nueva Visión.

97. Morin, Edgar (2012) *La Voie. Pour l'avenir de l'humanité*. Paris: Pluriel.
98. Morin, Edgar y Stéphane Hessel (2013) *El camino de la esperanza: una llamada a la movilización cívica*. Bs As: Paidós.
99. Munck, Ronaldo (2010) "La teoría crítica del desarrollo: resultados y prospectiva" en *Red Internacional de Migración y Desarrollo*, traducción del inglés por Luis Rodolfo Morán Quiroz, ene., vol.8 no.14, Zacatecas, versión impresa ISSN 1870-7599. Disponible en: http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1870-75992010000100003. Fecha de consulta: 22 de febrero de 2017.
100. Myrdal, Gunnar (1974) *Teoría económica y regiones subdesarrolladas*. México: FCE.
101. Naciones Unidas (1945) *Carta de las Naciones Unidas*. San Francisco, Estados Unidos.
102. Naciones Unidas (1961) *Resolución 1710 (XVI). Decenio de las Naciones Unidas para el Desarrollo. Programa de cooperación económica internacional*. Asamblea General, 1084ª, sesión plenaria, 19 de diciembre de 1961.
103. Naciones Unidas (1982) *Convención de las Naciones Unidas sobre el Derecho del Mar*. Disponible en: http://www.un.org/depts/los/convention_agreements/texts/unclos/convemar_es.pdf
104. Naciones Unidas (1986) *Declaración sobre el derecho al desarrollo*. Resolución de la Asamblea General de las Naciones Unidas, A/RES/41/128, 4 de diciembre de 1986. Disponible en: <https://undocs.org/es/A/RES/41/128>
105. Naciones Unidas (1988) *Nuestro futuro común*. Comisión Mundial del Medio Ambiente y del Desarrollo. Madrid: Alianza.
106. Naciones Unidas (2000) *Declaración del Milenio*. Res. A/55/L.2. , 8 de septiembre de 2000. Fecha de consulta: 13/05/2016. Disponible en: <http://www.un.org/spanish/milenio/ares552.pdf>
107. Naciones Unidas (2002) *Conferencia Internacional sobre la Financiación para el Desarrollo*, celebrada del 18 al 22 de marzo en Monterrey N.L., México. Fecha de consulta: 13/05/2016. Disponible en: <http://www.un.org/es/conf/ffd/2002/>
108. Naciones Unidas (2015) *Transformar nuestro mundo: la Agenda 2030 para el Desarrollo Sostenible*. A/70/L.1., 18 de septiembre de 2015.
109. Naciones Unidas (2014) *Alternative Development Strategies for the Post-2015 Era*. Editado por Alonso, José Antonio; Cornia, Giovanni Andrea y Vos, Rob. New York: Bloomsbury.
110. Naciones Unidas (2018) www.un.org
111. Neuman, Stephanie G. (Ed.) (1998). *International Relations Theory and the Third World*. Nueva York: St. Martin's Press.
112. Nisbet, Robert (1986) "La idea de progreso" en *Revista Libertas*, N° 5, Octubre. Instituto Universitario ESEADE. Disponible en: http://www.eseade.edu.ar/files/Libertas/45_2_Nisbet.pdf

113. Nisbet, Robert (1996) *Historia de la idea de Progreso*. Barcelona: Gedisa. El título original de la obra es *History of the idea of progress*, publicada en 1980 por la editorial Basic Books, Inc..
114. Ortega Carpio, María Luz (1994) *Las ONGD y la crisis del desarrollo. Un análisis de la cooperación con Centroamérica*. Madrid: IEPALA.
115. Oviedo, Norma (2012) *Enfoques sobre la historia de las ciencias*. Ficha de Cátedra de Introducción al Conocimiento Científico. Profesora del Departamento de Historia. Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales. Universidad Nacional de Misiones, Argentina.
116. Pablo VI. Vaticano II. (1967) *POPULORUM PROGRESSIO a los obispos, sacerdotes, religiosos y fieles de todo el mundo y a todos los hombres de buena voluntad sobre la necesidad de promover el desarrollo de los pueblos*. Carta Encíclica del 26 de Marzo de 1967. Disponible en: http://w2.vatican.va/content/paul-vi/es/encyclicals/documents/hf_p-vi_enc_26031967_populorum.html
117. Papp, Desiderio (1988) *Breve historia de las ciencias. Desde la antigüedad hasta nuestros días*. Bs As: Emecé.
118. Pollard, Robert A. (1990) *La seguridad económica y los orígenes de la Guerra Fría (1945-1950)*. Bs As: GEL.
119. Prebisch, Raúl (1964) *Nueva política comercial para el desarrollo: informe de Raúl Prebisch a la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo*. Bs As: FCE.
120. Puerto Sanz, Luis Miguel (2008) *Economía para el Desarrollo*. España: La Catarata.
121. Robert Gilpin (1992 [1987]) *La economía política de las relaciones internacionales*. Bs. As.: GEL. Colección Estudios Internacionales.
122. Roberts, John (1989 [1988]) “II. Revolución y progreso. La política y la sociedad desde 1789 hasta 1851.” en *Historia de las Civilizaciones 10: El Siglo XIX. las Contradicciones del Progreso*. Dir. por Asa Briggs y publicada bajo el título *The Nineteenth Century* en inglés por Thames and Hudson Ltd. de Londres, México: Alianza. Pp. 57-109.
123. Rodríguez, O. (1980) *La teoría del subdesarrollo de la CEPAL*. México: Siglo XXI.
124. Rojas Mullor, Mauricio (2011) “Progreso, desarrollo, pobreza, exclusión social y migraciones” en *Cuadernos de la EPIC*, Publicación periódica de la Escuela de Profesionales de Inmigración y Cooperación de la Comunidad de Madrid, N°6, Noviembre. Disponible en: <http://www.madrid.org/cs/Satellite?blobcol=urldata&blobheader=application%2Fpdf&blobheadername1=Content-disposition&blobheadername2=cadena&blobheadervalue1=filename%3DCuaderno+EPIC+6+Progreso.pdf&blobheadervalue2=language%3Des%26site%3DPortalInmigrante&blobkey=id&blobtable=MungoBlobs&blobwhere=1310815592711&ssbinary=true>

125. Rostow, Walt Whitman (1962) *Industrialización y crecimiento económico*. Bs As.: Facultad de Filosofía y Letras.
126. Rostow, Walt Whitman (1963 a) *Desarrollo económico*, [s.n.], [s.l.].
127. Rostow, Walt Whitman (1963 b) *Las etapas del crecimiento económico: un manifiesto no comunista*. México: FCE.
128. Rousseau, Jean-Jacques (1992). *Discours sur l'origine et les fondements de l'inégalité parmi les hommes*. Paris: Flammarion.
129. Rousseau, Jean-Jacques (1999). *El contrato social*. Madrid: Edimat Libros.
130. Sachs, Wolfgang (Ed.) (1996 [1992]) *Diccionario del desarrollo. Una guía del conocimiento como poder*, Perú: PRATEC, primera edición en inglés, 399 pp. Disponible en: <https://www.uv.mx/mie/files/2012/10/SESSION-6-Sachs-Diccionario-Del-Desarrollo.pdf>
131. Salomón González, Mónica (2002) “La teoría de las Relaciones Internacionales en los albores del siglo XXI: diálogo, disidencia, aproximaciones” en *Revista CIDOB d'Afers Internacionals*, no. 56, dic.2001/enero 2002, pp. 7-52.
132. Santo Tomás de Aquino (1966). *Suma Teológica*. Colección Austral, N°310. Séptima edición. Madrid: Espasa Calpe, S. A.
133. Sauvy, Alfred (1952) “Trois Monde, une planete” en *L'observateur*. N°18 agosto, p. 14. Francia.
134. Savater, Fernando (2009) *Las contradicciones del progreso*. Conferencia realizada en la Cátedra Globalización y Democracia, el día 30 de abril de 2009. Chile: Universidad Diego Portales.
135. Sen, Amartya (1998) “Capital Humano y capacidad humana” en *Cuadernos de Economía*, v. XVII, N° 29, Bogotá, pp. 67-72.
136. Schultz, Theodore W. (1960) “Capital formation by Education” en *Journal of Political Economy*, 68 (6), Chicago: The University Chicago Press, pp. 571-583.
137. Schumpeter, Joseph A. (1957 [1911]) *Teoría del desenvolvimiento económico*. Bs As.: FCE.
138. Solow, Robert M. (1956) A Contribution to the Theory of Economic Growth en *The Quarterly Journal of Economics*, Febrero, Vol. 70, No. 1., pp. 65-94.
139. Streeten, Paul (1978) “Basic Needs: Some Issues” en *World Development*, Banco Mundial, Vol. 6, N° 3, pp. 411-421. Great Britain: Pergamon Press.
140. Streeten, Paul (1979) “Del crecimiento a las necesidades básicas” en *Finanzas y Desarrollo*, vol. 16, n°3, septiembre, Washigton, pp. 28-31.
141. Taylor, Frederick Winslow (1919 [1911]) *The Principles of Scientific Management*. New York and London: Harper & Brothers Publishers.
142. Touraine, Alain (1999) *¿Podremos vivir juntos?, iguales y diferentes*. Sao Paulo, Brasil: FCE.

143. Truman, Harry (1949) *Truman's Inaugural Address*. Discurso inaugural del 20 de enero de 1949. Fecha de consulta: 27/07/16 Disponible en: https://www.trumanlibrary.org/whistlestop/50yr_archive/inagural20jan1949.htm
144. Unceta, Koldo (2003) “El sistema de cooperación frente a la crisis del desarrollo” en la *Revista de Economía Crítica*, nº 1. Abril de 2003, pp. 189-200. Disponible en: http://www.revistaeconomiacritica.org/sites/default/files/revistas/n1/11_cooperacion.pdf
145. Valcárcel, Marcel (2006) “Génesis y evolución del concepto y enfoques sobre el desarrollo.” en *Documentos de investigación del Departamento de Ciencias Sociales*, Pontificia Universidad Católica del Perú. Junio. Lima, Perú. Disponible en: <http://www.uv.mx/mie/files/2012/10/SESION-6-Marcel-Valcarcel-Desarrollo-Sesion6.pdf>
146. Vieytes, Rut (2004) *Metodología de la investigación en organizaciones, mercado y sociedad: epistemología y técnicas*. Bs. As.: De las ciencias.
147. Wallerstein, Immanuel (1998 [1991]) *Impensar las Ciencias Sociales*. Madrid: Siglo XXI.
148. Wallerstein, Immanuel (coord.) (1996) *Abrir las ciencias sociales*. México: Siglo XXI.
149. Walt, Stephen M. (1998) “International Relations: One World, Many Theories” en *Foreign Policy*, No. 110, Special Edition: Frontiers of Knowledge. Spring, pp. 29-32+34-46. URL: <http://links.jstor.org/sici?sici=0015-7228%28199821%290%3A110%3C29%3AIIROWMT%3E2.0.CO%3B2-3>
150. Waltz, Kenneth (1979) *Theory of International Politics*. Addison-Wesley Publishing Company, Inc.
151. Weinberg, Gregorio (1998 [1996]) *La ciencia y la idea de progreso en América Latina, 1860-1930*. Argentina: FCE.
152. Wendt, Alexander (1999) *Social Theory of International Politics*. Cambridge: Cambridge University Press.
153. Zaid, Gabriel (2004) “La fe en el progreso” en *Letras libres*, ISSN 1405-7840, Año nº 6, Nº 71, pp. 20-22. Disponible en: www.letraslibres.com/mexico-espana/la-fe-en-el-progreso
154. Zaid, Gabriel (Sin fecha) “El mito del progreso” en *El Colegio Nacional*. México: El Colegio Nacional. pp. 465-475. Disponible en: <https://www.ivanillich.org.mx/mitoprogreso.pdf>